

Nº 11

DEPARTAMENTO CULTURAL, HISTÓRICO Y DE EXTENSIÓN DEL EJÉRCITO

DICIEMBRE DE 2015

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR Nº 11 SANTIAGO, DICIEMBRE 2015

Jefe del Estado Mayor General del Ejército GDD Miguel Muñoz Farías

JEFE DEL DEPARTAMENTO CULTURAL, HISTÓRICO Y DE EXTENSIÓN DEL EJÉRCITO

CRL. GABRIEL RIVERA VIVANCO

JEFE DE LA SECCIÓN PATRIMONIO Y ASUNTOS HISTÓRICOS TCL. PEDRO HORMAZÁBAL ESPINOSA

EDITOR

TCL. Pedro Hormazábal Espinosa

Edición y revisión Claudia Arancibia Floody Camila Pesse Delpiano

ISSN 0719-2908

IMPRESO EN LOS TALLERES DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 151816

LAS COLABORACIONES Y OPINIONES VERTIDAS EN ESTA PUBLICACIÓN SON DE EXCLUSIVA RESPONSABILIDAD DE SUS AUTORES Y NO REPRESENTAN NECESARIAMENTE EL PENSAMIENTO NI LA DOCTRINA INSTITUCIONAL.

ÍNDICE

ARTÍCULOS RELATIVOS AL PERÍODO DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

1.	LA CAMPAÑA DE LOS 18 DÍAS EN TARAPACÁ. (Ligera relación de los acontecimientos que tuvieron lugar desde el 2 hasta el 19 de noviembre de 1879 y terminaron con la derrota de San Francisco).	7
	TCL. Lisandro I. Quiroga	
2.	RECUERDO DE LAS BATALLAS DE CHORRILLOS Y MIRAFLORES ESCRITA POR EL CORRESPONSAL DE LA PATRIA. Anónimo	23
3.	INFORME DEL CORONEL D. JOSÉ VELÁSQUEZ SOBRE ARTILLAMIENTO DE LOS PUERTOS DE LA REPÚBLICA. 4 DE DICIEMBRE DE 1884CRL. José Velásquez Bórquez	97
4.	DOCTRINA DE EMPLEO DE LA CABALLERÍA EN EL SIGLO XIX. ¿VIGENTE AL INICIO DE LA GUERRA DEL PACÍFICO? MAY. Ricardo Kaiser Onetto	123
AF	RTÍCULOS MISCELÁNEOS	
5.	NUESTROS "PICKELHAUBEN" ALEMANES Y SUS PLACAS HERÁLDICAS Ricardo Jara Franco	155



Artículos relativos al período de la Guerra del Pacífico

LA CAMPAÑA DE LOS 18 DÍAS EN TARAPACÁ¹

(Ligera relación de los acontecimientos que tuvieron lugar desde el 2 hasta el 19 de noviembre de 1879 y terminaron con la derrota de San Francisco).

TCL. Lisandro I. Quiroga²

I.

Los hechos que afectan a los intereses de un pueblo deben, sin duda, ser conocidos por él, tanto más necesariamente cuanta mayor sea la influencia que aquellos ejerzan. Solo así ese pueblo soberano puede darse cuenta de su estado y situación; solo así puede apreciar y juzgar la conducta de los hombres que obran por él, ya en los elevados puestos de la jerarquía social, ya en el humilde pero honroso lugar del soldado

Testigo ocular y actor, aunque en un rango subalterno, en la última batalla que acaba de librarse en San Francisco con éxito desgraciado, creo de mi deber hacer una ligera, pero verídica exposición de lo que he visto. Aquel suceso es de una gravedad tal, que el honor y los sacrificios de dos grandes pueblos de Sudamérica se han visto por él seriamente comprometidos y justamente la opinión de ambos reclama informes de más o menos exactitud que la ponga en camino hasta encontrar una explicación satisfactoria de las causas que lo produjeron. Las mismas contradicciones que he encontrado en la manera de ver las cosas pasadas en un teatro que está apartado de aquí por un desierto de ciento setenta leguas; los falsos rumores que todavía se esparcen, esa desconfianza quizás no inocente con que se recibe la narración obligada que hacemos los que hemos venido derrotados; la inconciente condenación que pretenden hacer recaer sobre todo un Ejército y sobre cada uno de sus individuos, esos hombres apasionados que, sin ánimo para abandonar sus comodidades en bien de la patria, tienen sin embargo mucho veneno para emponzoñar la reputación, de los que todo lo sacrifican, en aras del patriotismo; todo esto me parece ser razón demás para presentar al criterio de mis conciudadanos este pequeño trabajo.

No encontrará la historia en él un manantial copioso que la ilustre sobre el acontecimiento de que se trata, pues sin haberme dado todavía el suficiente descanso, ni haberme limpiado de la frente el polvo del desierto, me concreto a hacer una abreviada apuntación.

Pero como un hecho nunca es aislado y el de San Francisco precisamente no es otra cosa que el lógico desenlace de los que le precedieron, importa conocer también estos. Por eso me permitiré hacer un

¹ Transcripción de Folleto titulado "La campaña de los 18 días en Tarapacá" del teniente coronel Lisandro I. Quiroga, Imprenta de "El Heraldo", Cochabamba, 1880. El original se encuentra en la Biblioteca Nacional. (Se modernizó la ortografía)

Teniente coronel del Ejército boliviano.

bosquejo de la campaña de diez y ocho días que, desde el desembarco de los chilenos en Pisagua, principió el Ejército del Sur. Seré breve y sencillo en mi exposición, pues no quiero formar polémicas sino tan solo decir la verdad desnuda, de la cual pueden arrancarse por espíritus reflexivos y desapasionados las conclusiones y el juicio que debe recaer sobre los hechos y los actores.

П

Es sabido que desde la pérdida del Huáscar y el heroico sacrificio de su comandante, las costas bolivianas y peruanas quedaron definitivamente sometidas a la fuerza naval del enemigo. Debía este intentar necesariamente un desembarco para adelantar sus operaciones, y tan vulgar se hizo esta creencia que el último soldado del Ejército la abrigaba con entera seguridad.

Mas la única cuestión díficil de resolver era saber el punto donde se verificaría la empresa a que los chilenos se iban preparando con tanta actividad. Desde las inmediaciones del Callao hasta las de Iquique, la extensa costa del Perú ofrecía ciertamente infinitos puntos vulnerables, por cualquiera de los cuales bien podía suponer se presentase en un momento impensado la Armada enemiga. De aquí la diferencia de pareceres, creyendo los unos que al chileno convenía desalojarnos primeramente de Iquique e ir después avanzando hacia el norte, haciendo una gradual conquista de territorio. Suponían otros que el desembarco se haría en el norte; pues que el enemigo sacaba más inmediatos resultados por un ataque contra Lima, fuente de los recursos del Perú. Y en fin, con mayor acierto calculaban los más que el plan enemigo no podía ser otro que el de cortar la comunicación del Ejército del Sur con el cuartel general de Tacna; lo que se obtenía ocupando Pisagua, Mejillones del Perú o las ensenadas intermedias. Esta hipótesis se robustecía diariamente con nuevos datos; entre ellos la frecuente presencia de buques chilenos en estos puertos que, a no dudarlo, eran objeto de un detenido estudio militar.

Convencidos, pues, nosotros de la proximidad de un ataque *no se tomó sin embargo medida ninguna*, que tendiese a contrarrestarlo. El Ejército del Sur, continuaba diseminado a grandes distancias, la administración de provisiones, notablemente descuidada, desde el principio de la campaña, no recibió reforma que manifestase el deseo de una prudente economía, ni se trató de aumentar siquiera los ya agotados almacenes; no se trató de completar por lo menos la organización de ese Ejército del Sur, que si bien constaba de preciosos cuerpos armados de rifles, no poseía artillería, que como se sabe es el arma que decide los grandes choque en la táctica moderna. Es increible, pero evidente, aunque el general Daza celoso por el buen trato de los soldados, envió telas y calzado para todos los cuerpos bolivianos, no se creyó conveniente distribuirlos, y cuerpos hubo como el Batallón Aroma, cuyos infelices soldados derramaban la ropa a pedazos, mostraban los pies desnudos, al mismo tiempo se almacenaba con no inocente disimulo aquellas telas y aquel calzado. De esta indolencia hostil muy especialmente podría acusarse al general Villamil, que no cuidando jamás de averiguar siquiera las necesidades de la tropa solo se acordaba de ofender la dignidad de cada de sus individuos, inculpando a los artesanos en públicas arengas por haber ido a la campaña. ¿Para que sirven, decía, estos artesanos?

No se hicieron siquiera estudios topográficos del territorio que en breve iba a ser el teatro de los combates. Bajo tales precedentes y direcciones ¿cómo se podía asegurar el rechazo del enemigo cuando él se presentase en cualquier puerto de Tarapacá en son de combate?

La distribución del Ejército aliado era la siguiente:

En Pisagua estaban los batallones bolivianos Victoria e Independencia y contaban ambos menos de mil hombres, que al lado de dos pequeños cañones de ciento diez, debían defender ese puerto y la caleta de Junín. En Mejillones del Perú se hallaba el Batallon Aroma con cerca de quinientas plazas; débil fuerza para repeler, *sin cañones*, cualquier agresión formal sobre este puerto y las ensenadas de paco y rabo de ballena. Los demás cuerpos del Ejército estaban entre Iquique, el Alto de Molle y otros puntos mediterráneos del sur, con excepción del Batallón Vengadores que ocupaba la Oficina de Germania, a pocas cuadras de Agua Santa.

En los últimos días de octubre nos visitaba en Mejillones el general Villamil y al tratar del asunto, advirtiendo que su división era la más comprometida, puesto que defendía Mejillones y Pisagua, en breves palabras su plan de defensa que consistía en la reconcentración de los cuatro cuerpos que formaba la división en el puerto que fuese atacado: si lo era Pisagua, allá acudía el Vengadores por el camino del tren en una hora y media y el Aroma por tierra en cinco horas; si el puerto atacado era Mejillones bastaban seis horas para que lo protejiesen por tierra el Vengadores desde Germania y el Victoria e Independencia desde Pisagua. De manera que en el término máximo de seis horas, una masa de dos mil hombres se podía oponer al enemigo en cualquiera de los puertos que fuese atacado. Nos aseguramos que ellos pudiesen impedir un desembarco y hacer frente *con rifles a la artillería naval*; pero si sostenemos que habrían sido más que suficientes para detener el progreso de las operaciones de un Ejército ya desembarcado; el cual se habría quedado en la costa sin poder ganar los altos, en los que en breve tiempo se hubiese reunido el grueso del Ejército.

III.

Tal era nuestra situación y condiciones al amanecer el dos de noviembre, cuando se presentaron frente a la bahía de Pisagua veinte y dos buques chilenos y sin formalidad ninguna, a pesar de haber allí casas consulares, principiaron el bombardeo cuyos detalles son casi conocidos ya por la opinión pública.

Tocó casualmente a los generales Buendía y Villamil estar presentes en aquel combate; porque llegaron al Hospicio el día anterior en un paseo que por primera vez se proponían hacer a los diversos puestos militares de la costa.

Era de presumir que al convencerse los generales de la indudable y decidida intención que tenía el enemigo de desembarcar con esa formidable expedición, se pensase en un plan cualquiera, para recha-

zarla. Los medios estaban a su mano, pues, había comunicación telegráfica con todos los cuerpos del Ejército inclusive el Aroma, que estaba en Mejillones, cuya línea no hacía veinte días que se había estrenado. Por eso es que desde los primeros momentos en que se sintió el nutrido cañoneo de Pisagua y al ver la Escuadra chilena de la que se desprendieron cuatro buques a Junín, el primer jefe del Aroma, extrañando no recibir orden ninguna, telegrafió, consultando lo que debía hacer, y yo mismo destacado con una fuerza en el Alto de Mejillones, viendo como de un mirador los movimientos del enemigo, consultaba por mi parte con el coronel Antezana. Mas, este recibió por toda contestación la de "espere" pasaron los momentos y las horas y esa palabra de "ESPERE", no se rompió, hasta que nuevas y reiteradas consultas, de las que casi todas quedaban sin respuesta, alcanzaron arrancar a las *doce* del día la orden "*de que el Aroma mandase al Alto sus municiones*"; las que efectivamente me las remitió el coronel Antezana; esperando él siempre las ansiadas órdenes.

Por su parte el Batallón Vengadores recibió la orden de marchar, a una hora ya extemporánea, tanto que cuando a las doce del día llegaba al Hospicio, era ya su presencia inútil y aún peligrosa; porque poco faltó para que fuera cortado por una división de más de tres mil chilenos, que desembarcados en Junín, le tomaba la retaguardia.

A las tres de la tarde cesó el fuego de Pisagua, sin que nosotros recibiesemos aviso ni órden alguna. Era casi indudable que el desembarco se verificó, pero pendiente el Batallón Aroma, y su destacamento del Alto, de las órdenes ofrecidas, nada podía hacer sino permanecer en sus posiciones. Ya comprendía el peligro inminente que este cuerpo corría; pues nada más fácil habría sido al enemigo que desalojarme de mi puesto apenas guarnecido por ochenta hombres, con una fuerza doble, y dueño de ese Alto cortar toda retirada al batallón. Por eso formé a mis soldados y les manifesté mi resolución de que pereceríamos combatiendo contra cualquier fuerza, antes que dejar estas posiciones, única puerta de salvación de nuestros compañeros. En cuatro o cinco horas podía el enemigo venir de Junín y sin embargo pasó mayor tiempo. Cerró la noche, avanzó, sin novedad, hasta que a las doce de ella, llegó el coronel Antezana conduciendo el batallón, muy contrariado porque recién a las nueve de dicha noche se le había telegrafiado de Jazpampa, ordenándosele que se retire, sin pérdida de tiempo a Agua Santa.

Seis horas pasaron desde la ocupación de Pisagua por los chilenos hasta esta orden. ¡Y había telégrafo del Hospicio a Mejillones!... Algo más, en días posteriores cuando sobre esto hablábamos con el general Villamil, un jefe peruano, notable por su valor, el teniente coronel Recabarren, le recordó que cómo los generales se olvidaran del Aroma, él (Recabarren), había hecho el parte en nombre del general Villamil y después se lo había avisado diciéndole: "Mi general, se ha olvidado usted del Aroma y por eso acabo de hacer este parte a su nombre". El general convino en la verdad de este hecho.

Y sin embargo, tan inminente fue el peligro que corrió el Batallón Aroma, que cuando nos incorporamos al Ejército en Pozo Almonte, todos los jefes nos daban el parabien, asegurando que habían creído este cuerpo perdido.

IV.

Después de una trabajosa marcha en que la falta de bestias, de vituallas y de agua fueron dificultades que tuvimos que combatir con mil esfuerzos, llegamos el día tres a las dos p.m. a Agua Santa, y en ese mismo instante llegaban por el tren el Batallón Vengadores, que no había tomado parte en el combate de Pisagua, y los restos del Victoria que estaba reducido a la cifra de ciento ochenta hombres, incluso once soldados que apenas quedaban del Independencia. Los demás habían quedado unos en el campo, otros dispersos; pues la retirada del Hospicio había sido tan desordenada que se practicó a pie, no obstante haber tres locomotoras y muchos carros, que en lugar de quedar como quedaron para el enemigo, habrían servido para conducir con orden y comodidad las fuerzas nuestras. Todavía en el camino se dejó a muchos soldados cuando pudieron ser conducidos por una máquina encontrada en Jazpampa, y esos soldados y aún muchos jefes y oficiales vinieron a incorporarse en toda la tarde del tres y parte del cuatro, viajando a pie.

Desde nuestra reunión con el general Buendía pudimos notar la decidida intención que él y el general Villamil tenían de seguir la retirada hasta Pozo Almonte, catorce leguas al sur de Agua Santa. Esta idea, en concepto de todos los jefes subalternos que allí habíamos, era la más errónea y desastrosa.

Agua Santa poseía un almacén de provisiones, capaz de abastecer a diez mil hombres durante un mes, tenía una condensadora de agua que, según las palabras del mismo general Buendía, bastaba para cincuenta mil hombres, por último, su situación y posiciones de defensa que era una fortaleza, lo hacían el lugar más propio para Cuartel General del Ejército del Sur. Allí debía, sin duda, operarse la concentración de este, sin riesgo de ningún género.

Algunos de los jefes pensábamos todavía que en vez de la retirada al sur, la medida mejor aconsejada consistía en retroceder al norte, hasta Jazpampa, donde teníamos la ventaja de mantener nuestras comunicaciones telegráficas con Arica y Tacna, impidiendo el ingreso de los chilenos que se habrían visto encerrados en el Hospicio, y donde, en fin, las dos máquinas que todavía poseíamos del tren nos surtirían de víveres y de agua y facilitarían la reunión del Ejército en brevísimo tiempo.

Si los generales se hubiesen dignado escuchar la opinión de los jefes de Cuerpo, habríamos encontrado a todos convencidos de estas ideas. Pero allí había una dictadura tan absoluta, que nuestros votos permanecian siempre mudos, o eran rechazados si se manifestaban.

Superando nuestro patriotismo, sin embargo, a cualquier otra consideración, una tarde, la del cuatro, representabamos ante el general Villamil, la necesidad que había de desechar toda idea de retirada, poniendo en práctica cualquiera de estas dos ideas: o nuestra permanencia en Agua Santa, o bien nuestra retromarcha a Jazpampa. Después de estériles razonamientos, el general Villamil se encasilló en la incomprensible consideración de "no querer entrar en contradicciones con el general en jefe".

La funesta retirada estaba tan resuelta, que esa misma mañana se hizo volver a Pozo Almonte a dos batallones peruanos, que estaban ya a media legua de Agua Santa y con los que habríamos engrosado respetablemente las fuerzas allí existentes.

Dicen que el miedo es el peor consejero y en las circunstancias dadas, se comprobó esa verdad. El miedo a un inmediato choque de armas nos hacía retirar a catorce leguas del desierto. ¡Y sin embargo no se tomaba ninguna de las precauciones que la táctica, ni la simple prudencia, prescriben para evitar una sorpresa! La noche del tres llegó un escuadrón del Regimiento Guías, sin que nadie lo sintiese y penetró hasta la casa de Agua Santa, causando su presencia al amanecer, una impresión de sorpresa a todos. No se pensaba siquiera en mandar una avanzada ni a dos cuadras del campamento...

Llegó el día cinco en que se procedió desde temprano a preparar la marcha a Pozo Almonte. Se distribuían las brigadas de bestias a los cuerpos, cuando algunos hombres demasiado aprensivos, notaron hacia el norte el polvo levantado por uno de esos torbellinos tan frecuentes en el desierto, y poniendo a un lado todo disimulo a su aprensión dieron voces de alarma, anunciando que el enemigo se nos venía encima. Otros hombres de más calma y serenidad vieron la realidad de este incidente; pero sus advertencias no alcanzaron a tranquilizar a los señores generales, que repitiendo los gritos de alarma, precipitaron la retirada y creían confirmada la noticia por un tren en que un coronel Macías se venía a todo vapor de San Antonio, a donde había ido a traer provisiones y donde asustado con el mismo rumor abandonó hasta a un mayor y seis soldados que le acompañaban.

Se verificó, pues, aquella vergonzosa retirada con el mayor desorden y confusión, dejando municiones, armamento, etc. Solo el Batallón Aroma pudo conducir todos sus pertrechos.

La confusión aumentaba con el conmovedor espectáculo que se ofrecía al ver la consternación de las numerosas familias de Pisagua, Mejillones y las oficinas que huían a pie. Caminaban con nosotros, ancianos, mujeres y niños de todas condiciones, llenando el aire con sus lamentos, y teníamos el pesar de ver que quedaban fatigados en la espesa arena del desierto, sofocados por su quemante sol.

Para colmo de desacierto, las autoridades de Agua Santa, pusieron fuego al almacen de provisiones; inutilizaron la hermosa condensadora de agua y rompieron las máquinas del tren. Ese incendio importó ya un verdadero suicidio; pues, si el peor enemigo que teníamos que combatir era la sed y el hambre, ¿qué otro nombre puede darse a tan bárbaro acto?

Entre tanto, ningún chileno se aproximó ese día cinco, ni a las vecindades de Agua Santa. Me será permitido creer que ni pensaba el enemigo pasar entonces de Jazpampa. Solo al siguiente día, cuando tuvieron conocimiento de nuestra vergonzosa retirada, aventuraron mandar un destacamento de *doscientos* hombres. A la sazón una avanzada de cien hombres de caballería mitad bolivianos y mitad peruanos, se hallaba en Germania comandada por el comandante peruano Sepúlveda. Este jefe tuvo la imprudencia de

hacer desensillar sus caballos y dispersar su gente, que en pelotones de seis, ocho o diez, fue hasta Agua Santa. De los escombros del incendio sacó el desgraciado Sepúlveda, algunas botellas de licor con las que se embriagó la tropa. El mismo comandante Sepúlveda, deseoso de tomar algunas copas mandaba a un paisano a Negreiros por cerveza, cuando este regresa velozmente y le avisa que se aproxima el enemigo. Sepúlveda logra montar unos pocos soldados y los despliega en guerrilla; pero no pudo organizar su fuerza, la cual se vió agobiada por el mayor número. Con imprudente arrojo se sacrificó el mismo y su avanzada fue envuelta y destruida, habiendo perecido veinte y siete soldados.

Los dispersos en su fuga encuentran como a tres leguas al general Buendía que se aproximaba con los dos regimientos: "Húsares de Junín" y "Húsares de Bolivia". Preciosa ocasión se le presentaba a nuestro General en Jefe para tomar un inmediato desquite, atacando con su fuerza de más de seiscientos hombres a los *doscientos* enemigos que, estaban confiados en su victoria. Pero no sé por qué se desechó esta ocasión siendo cierto que la caballería aliada, dio media vuelta, viniendo a refugiarse hasta el campamento de Pozo Almonte.

V

Indudablemente la noticia de este fracaso causó profunda impresión en el Ejército, y los comentarios que se formaron fueron tantos, como nocivos a la disciplina; la cual reposa esencialmente en la fe que al soldado inspira la buena dirección, el talento y el valor del general que le comanda.

En Pozo Almonte se procedió a hacer la concentración de fuerzas y hay que decir que este lugar era el más inadecuado para el objeto. Sin comodidad ninguna para el alojamiento de tropas, el Ejército extendido en un campo arenoso y ardiente, estaba también sometido a los rigores de un constante y cegador viento. Como posición militar tampoco tenía Pozo Almonte una buena defensa en caso de ataque del enemigo.

Permanecimos, pues, en aquel punto desde el día seis, sin que mejorase un ápice nuestra situación. Los pocos víveres se agotaban sin esperanza de reemplazarlos y la tropa se extenuaba con el escaso alimento que consistía en dos onzas de papas, tres de arroz y un pedazo de charqui.

Por otra parte, estábamos a oscuras acerca del enemigo, sin saber dónde ni cómo se encontraba. Nuestra policía militar era nula, al mismo tiempo que la del enemigo nos observaba y hasta nos hostilizaba en nuestro mismo campamento. Recuerdo que el día once una máquina que se calentaba en la central, al sur de Pozo Almonte, para traer víveres y gente, voló con el maquinista a consecuencia de una porción de pólvora que una mano oculta mezcló con el carbón. Ni un bombero, ni un espía teníamos que nos diera dato alguno sobre la situación de las fuerzas enemigas.

Hasta en nuestro mismo servicio de campamento se notaba tal descuido, que el siguiente hecho, casi increíble, lo va a manifestar. La noche del doce se envió una avanzada del Batallón Vengadores, a próxima

distancia y se la situó en un corralón, que antes había servido para repasar pólvora, donde aún existían costras de esta sustancia. El fuego de un cigarro inflamó aquello y apenas los soldados pudieron poner en salvo sus personas, quemándose a nuestra vista las municiones y veinte y cinco rifles.

Todos estos desgraciados accidentes principiaron a despertar la desconfianza y descontento, comprometiendo la misma moralidad y disciplina del Ejército. Eso lo veíamos bien los jefes subalternos y no distinguíamos en el nublado horizonte una esperanza de que la situación mejorase. Solo el anuncio de la aproximación del general Daza tranquilizó algún tanto a los soldados, y verdaderamente que si ella se hubiese verificado, habría cambiado la faz de los sucesos; pues, los prestigios de aquel habrían devuelto al soldado esa ciega confianza en su jefe, tan necesaria para asegurar la victoria.

Supimos efectivamente que merced a las comunicaciones que se mantenían con Tacna por el cable submarino que existía entre Arica e Iquique, y que era un secreto para los chilenos, se había concertado un magnífico plan basado en la incorporación del general Daza antes o durante la batalla, a nuestro Ejército, con las fuerzas que él traía y la artillería que a nosotros nos faltaba casi por completo. Desgraciadamente este plan cuyas ventajas no se ocultan a nadie se malogró por el funesto e inexplicable regreso de Camarones, que se vió después fue una de las principales causas de desaliento y del desastre de San Francisco.

Desde el trece principió a movilizarse el Ejército en busca del enemigo, y el catorce salíamos de Pozo Almonte; los últimos cuerpos muy trabajosamente por la falta de medios de movilidad.

El día diez y seis, el Ejército todo descansaba en Ramírez hasta las seis p.m., en que emprendimos marcha sobre Agua Santa. Nuestra Vanguardia que la formaban dos columnas ligeras, compuestas de compañías entresacadas de diferentes cuerpos, marchaban a una legua y media de distancia y como aquel era un inmenso campo abierto, resultó de esta separación que el Ejército estaba a merced de una sorpresa y la vanguardia por su parte no tenía apoyo en caso dado. Esto lo notamos con profundo sentimiento, el coronel Gonzales y tres jefes a quienes nos cupo esa noche hacer la ronda, y que al practicar nuestros reconocimientos lamentabamos tan completo y reprensible abandono.

Marchábamos aquella noche ya algún rato, cuando se sintió en la distancia la detonación de un tiro de rifle. Este pequeño incidente bastó para alarmar al general Villamil que inmediatamente mandó hacer alto a su división, la cual venía a retaguardia de todo el Ejército. Nos previno a los jefes que hiciéramos quitar las cubre llaves de los rifles y que todos ocupasen sus puestos acompañando estas órdenes con un tono de gravedad que nos hizo creer que el enemigo estaba ya a nuestro frente. Nuestra parada fue de más de una hora, al cabo de cuyo tiempo, sin que hubiese habido novedad ninguna que justifique tales temores, continuamos nuestra marcha. Pero a la sazón estabamos ya separados del resto del Ejército, que durante nuestra larga parada, había seguido en marcha. Este incidente era de mayor gravedad, pues toda una división quedaba extraviada en el extenso desierto en que estabamos metidos. Y sin guías que nos señalasen

el camino, expuestos estabamos durante toda la noche a encontrarnos de improviso con nuestros mismos compañeros y batirnos suponiéndonos recíprocamente enemigos.

Una feliz casualidad nos incorporó al amanecer cerca ya de Agua Santa.

VI

Llegamos al amanecer del diez y siete a este lugar, y el primer espectáculo que se nos presentó a la vista fue el de los cadáveres de nuestros compatriotas de la avanzada de Sepúlveda que yacían en el número de veinte y siete inclusive su jefe; insepultos, desde la tarde del seis. Parece que los chilenos cometieron este acto de barbarie y aún arrastraron sobre el camino estos cadáveres, por impresionar a la tropa, que con ello no tuvo otro sentimiento que el de una profunda indignación.

Nos hicieron acampar aquel día desafiando el ardor de los rayos del sol. El sufrimiento de los soldados subió a un grado extremo de exageración; pues casi ninguno de los cuerpos bolivianos muy especialmente el Batallón Aroma, recibió una gota de agua que humedeciese los labios resecados de jefes oficiales y soldados. Más bien los cuerpos del Perú tuvieron ese auxilio y con abundancia; tanto que algunos soldados nuestros, los más sedientos, recibían en un plato, las gotas de agua que se derramaban al llenarse las cantinas de aquellos.

Y sin embargo a la media legua había en Negreiros pozos de agua, que como más tarde sucedió, abastecían a todo el Ejército. Caída la tarde, recién se pensó en este cambio de campamento, que efectivamente se realizó a las cuatro p.m.

Un incidente nos contristó demasiado, al tiempo de salir de Agua Santa. Indisculpable indolencia hubo en el Estado Mayor General, al no tomar en todo ese día medida alguna para la inhumación de Sepúlveda, Gómez y su valientes compañeros, y todavía al alejarnos de ese lugar, quedaban los cadáveres tendidos en el suelo hasta que movido de un generoso sentimiento humanitario, el coronel Granier, pidió la comisión de enterrarlos, empleando su batallón, en esa caritativa obra.

En Negreiros permanecimos la noche del día diez y siete y gran parte del día diez y ocho, a la verdad, en condiciones menos malas que los días anteriores. El alimento escaso; pero tuvimos agua.

A las cuatro de la tarde se dio orden de marcha y a ella acompañó el general Villamil una proclama a su división en que le dijo: "que no habiendo ya víveres ningunos, debíamos ir a buscarlos en el campamento enemigo; que la situación nos estrechaba entre el hambre y el combate". Confidencialmente nos expresó a los jefes que se tenía comunicaciones del general Daza, quien estaba ya próximo a incorporársenos, y que a la sazón ya habría atacado algún puesto enemigo. "El enemigo, nos agregó, está estirado como un gusano desde Pisagua a Santa Catalina, y ese gusano lo corta por la mitad el Ejército de Tacna".

Nuestra salida de Negreiros fue solemne. Un sublime sentimiento de entusiasmo se apoderó de todos los ánimos, moviéndolos como por un solo resorte. La fraternidad del Perú y Bolivia, pocas veces encontrará una hora de más elocuentes manifestaciones. Las bandas militares del Perú entonaron el himno boliviano; las nuestras el del Perú, permaneciendo durante su ejecución todos con la cabeza descubierta, y después de atronadores *vivas* a la Alianza llenaba el aire. Por fin los comandantes generales de división y los jefes de cuerpo se dieron un abrazo que simbolizaba el de los pueblos hermanos que representaban.

Pasado ese momento de indescriptible fraternización emprendimos la marcha, revelándose en el semblante de cada soldado, la resolución más firme de llegar de una vez a las manos con ese enemigo a quien hacía tantos días se deseaba encontrar en leal combate.

En esta marcha experimentamos los mismos inconvenientes que veníamos ya sufriendo por causa del descuido y falta de acierto del Estado Mayor General. Por no tener un guía que nos señalase el camino, anduvimos toda aquella noche dando mil rodeos que prolongaron nuestra marcha fatigosa; pues, habiendo solo de tres a cuatro leguas entre Negreiros y Santa Catalina, caminamos más de doce. Nuestro destino estaba librado al ocaso en aquel desierto y cien veces cruzamos por los mismos parajes expuesto a caer a cada instante en medio de las posiciones enemigas. Por felicidad nuestros adversarios, no suponiéndonos sin duda tan mal dirijidos, no nos dieron un golpe que habría terminado con el Ejército.

A las cuatro de la mañana ibamos a tropezar con Santa Catalina sin advertirlo, y es en aquel punto donde se presumía vulgarmente que estaban los chilenos. El coronel Juan Balsa, boliviano, hizo notar el grave peligro que corríamos al General en Jefe, y por sus indicaciones cambiamos el rumbo variando a la izquierda para salvar una pequeña colina y llegar a retaguardia a Santa Catalina. La creencia de que el enemigo estaba acampado en esta oficina repetimos, que no pasaba de ser una presunción vulgar: porque no teníamos aviso ninguno al respecto, y sin embargo haciendo de ella un hecho evidente y seguro, el General en Jefe y su jefe de Estado Mayor General concertaron su plan de operaciones.

VII.

Al rayar el alba llegábamos efectivamente subiendo una pequeña eminencia a ocupar la parte noroeste de Santa Catalina, con la firme persuación de parte de los generales de que cortábamos al enemigo su retaguardia. Llevados de esta convicción, el general Buendía y su Estado Mayor General se adelantaron a divisar con sus anteojos de campaña, la indicada oficina que estaba a seis o siete cuadras de nosotros. Pero como estaba desierta en vano martirizaban su vista, sin que brotasen del suelo esos enemigos. Mucho tiempo pasaron en tal afán, hasta que el ejército les hizo advertir a voces, que ese enemigo que no se hallaba en Santa Catalina; estaba más próximo en su costado izquierdo ocupando a tres cuadras las alturas de San Francisco.

Los generales no lo querían creer, a pesar de lo que observaban los sentidos. Los batallones formados, al reverbero de las armas con los primeros albores del día, el movimiento que se notaba y hasta los cañones que coronaban la cumbre del cerro, apenas fueron suficientes para convencer a los generales de la realidad de los hechos.

Entonces, a una voz, los jefes, oficiales y soldados del Ejército pidieron el ataque. De verdad que esto era lo que teníamos que hacer con mil probabilidades de buen éxito. Nuestros mismos errores de la noche habían desconcertado al enemigo, a cerca de la dirección que tomabamos y de nuestro plan e intenciones; de manera que nuestra repentina aparición al amanecer al frente de ellos era una sorpresa de la que debíamos aprovechar.

Sabíamos bien que los chilenos, dueños de ferrocarril y telégrafo de Pisagua, podían en poco tiempo concentrar sus fuerzas y presentarnos toda su masa; lo que nosotros habríamos evitado *con un inmediato ataque*. Por último, ¿cuál otro fue el pensamiento que movió a nuestro General en Jefe, a hacernos marchar con precipitación sobre el enemigo, si era el de *atacarlo inmediatamente?*

El ataque pronto, instantáneo, no era pues solo una buena idea, un excelente consejo, era además la consecuencia lógica de los sucesos, el desarrollo necesario de nuestras operaciones. Por eso es que todos los jefes insistíamos, rogábamos, suplicábamos que se llevase adelante.

En cuanto al plan, se indicaban muchos, más o menos buenos. El coronel Antezana, uno de los más empeñosos por el ataque, aconsejaba flanquear al enemigo y hasta citaba el ejemplo de la Batalla de San Juan, cuyas posiciones eran según él parecidas a las de San Francisco. Otros jefes, estaban por que se tomase la retaguardia al enemigo, para dejarlo aislado en sus atrincheramientos y cortarle desde luego toda comunicación con Pisagua.

En fin, cualquier plan habría sido bueno y aceptable y ninguno de los jefes se apasionaba del suyo. Lo único que ellos pretendían era que se resolviese el ataque.

Pero todas las instancias y las reflexiones fueron rechazadas por una fría y tenaz negativa, la que no aceptaba deliberación. Si la dictadura que hasta entonces se había observado en el mando del Ejército del Sur, nos fue muchas veces funesta, a la sazón era imperdonable. Hasta en los ejércitos rusos se consulta a los jefes y se toma su parecer; se les reúne en consejos de guerra que resuelvan las cuestiones graves, pero allá solo el general Buendía y su jefe de Estado Mayor General quisieron asumir la *exclusiva responsabilidad* de los sucesos y por eso cerraron sus oídos a todo consejo e indicación.

Todavía se iba a cometer un monstruoso error y era aproximarnos al campamento que se nos designaba, situado a tiro de rifle de las posiciones enemigas *en columnas cerradas*; lo cual nos exponía a ser exterminados por la artillería. Más bien, el general Nicanor Flores, que como otro Cimon, se presentó a

ofrecer sus servicios sin tener puesto en el Ejército, reparó este error y lo previno a tiempo haciendo desplegar en *batalla* a los diferentes cuerpos.

Decepcionados al ver desperdiciarse la única hora que fue oportuna para atacar los atrincheramientos enemigos, instábamos a que siquiera se practicase un reconocimiento. Contábamos con una hermosa división de caballería de cerca de mil quinientos hombres, que podía recorrer el campo sin peligro. Cada jefe podía hacer ese reconocimiento; pero tampoco esta idea fue más feliz que la anterior.

Nos obligaron pues, a permanecer inertes bajo los rayos abrasadores de aquel horrible sol y pasó el Ejército *todo el día* sin comer, completándose el aniquilamiento, ya producido por las trasnochadas y la escasez anteriores. Gracias a que en la oficina del Porvenir, situada al pie de San Francisco, pudimos encontrar un poco de agua, que probablemente reservaban los chilenos para sus bestias.

Entre tanto éramos testigos impasibles del *refuerzo que recibían los chilenos de Pisagua*, en varios trenes que llegaron a nuestra vista; presenciábamos que abrían zanjas, montaban sus cañones y terminaban en fin la obra de sus fortificaciones. Calculamos en *siete mil hombres* la fuerza que de esta manera se les incorporó. De manera que cada minuto ellos eran más fuertes y nosotros nos íbamos más extenuados. Esto lo sabía sin duda bien el enemigo y por eso pudiendo hacerlo, no rompió sus fuegos sobre nosotros.

Cuando abrumados por el hambre y el sol, nuestros infelices soldados estaban en una especie de sopor, bajo los pabellones de sus rifles, a las tres p.m. se nos aproximó el coronel Suárez y personalmente a cada cuerpo anunció que se *había resuelto atacar aquella tarde*, formándonos en consecuencia en columnas de ataque. La primera línea de las tres en que estaba dividido el Ejército, ocupaba nuestra derecha y sus columnas se formaron en la pampa que se extiende hacia el este. La segunda línea se adelantó por el costado izquierdo nuestro, o derecho enemigo permaneciendo atrás la línea de reserva.

Como hubimos ya avanzando en actitud hostil sobre el enemigo y estabamos a una cuadra del pie del cerro, nos mandaron hacer alto y el jefe de Estado Mayor General que estaba con los cuerpos que formabamos la segunda línea, llamó a consulta los primeros jefes de cuerpo. Nos detuvimos más de media hora hasta que después de aquellas deliberaciones tan extemporáneas, se volvió el coronel Suárez a dirigir a cada cuerpo y en un discurso breve nos dijo: "que la hora era avanzada para completar aquella tarde la victoria: para lo cual convenía postergar el ataque para el siguiente día en que al amanecer subiríamos a las posiciones enemigas: que mientras tanto fuesemos a descansar y tomasemos el rancho que se nos iba a distribuir...". Estas palabras fueron un hielo arrojado al corazón de cada soldado; pues, todos estaban deseosos de combatir. Tan imprudente retirada, después de haber avanzado en son de batalla, produjo desaliento

A mérito de esta contraorden regresamos a nuestros campamentos y formamos pabellones. Pero la primera línea lejos de ejecutar este mismo movimiento, continuó avanzando de frente. En pocos minutos

llegó al cerro y cuando menos lo creíamos comprometió la batalla. ¿Era que aquella fuerza desobedecía las órdenes de Estado Mayor General a que este se descuidó en comunicarle la contraorden de ataque?... Yo creo que es lo segundo, porque si hubiese desobedecido aquella fuerza, habría debido ya acusarse a sus jefes.

La cuestión de si el general Buendía estaba a la cabeza de esta línea, creo que no sería fácil resolver. Nadie lo vió durante el combate, pero después de pasado todo, lo encontramos tras las paredes de Santa Catalina, a diez cuadras del campo de batalla. A Suárez tampoco se le vio afrontarse ante las balas enemigas.

Indecible era nuestra vacilación al presenciar aquel incidente tan fuera de preverse. Un momento nos figuramos que el objeto de la primera línea era simular un ataque falso, o alguna escaramusa para engañar al enemigo. Pero el combate continuaba ya recio y formal y había que convencerse de su realidad.

En estas circunstancias se presentó en el campamento del Batallón "Aroma", el general Villamil, solo, sin ayudantes y dirigiéndose al primer jefe, le dio la siguiente orden: "coronel Antenaza, ahora es, pues, tiempo de que entre usted con su "Aroma" a combatir". Se le preguntó cuál era el plan y de qué manera se ejecutaría su órden, y el tan solo replicó diciendo: "al cerro - al cerro".

El Batallón "Aroma" entonces tomó sus armas y con todo orden, ejecutó el mandato; cargando al enemigo por el costado derecho suyo e izquierdo nuestro. En el momento en que desplegábamos para romper el fuego, una partida de veinte a veinte y cinco rifleros *nuestros*, se venía a replegar, huyendo de una baja colina que está tras de San Francisco y donde en ese momento principiaba un rudo cañoneo sobre nosotros. Se alarmó el general Villamil, suponiendo que esta caballería *era enemiga* y que cargaba para acuchillarnos; por lo cual dio la orden de que *formásemos cuadro;* medida que los jefes la observamos como imprudente, pues en cuadro dos bombas, habrían bastado a destruir el batallón.

Así es que continuabamos desplegados y principiamos a combatir. No vino ninguna otra fuerza en nuestro apoyo y nos vimos obligados a aclarar las filas para llenar toda la línea de batalla por aquel costado. A los diez minutos de que empeñamos el combate, el Batallón "Vengadores" se presentó a nuestra retaguardia y tras él, el Victoria y dos compañías del Paucarpata, haciendo estos cuerpos un fuego mortífero, los unos sobre los otros y todos sobre el "Aroma" que avanzó hasta medio cerro.

De la primera línea, entre tanto, solo el Batallón Illimani boliviano y parte de "Húsares de Bolivia", siguieron trepando el cerro hasta ponerse a dos o tres varas de los cañones enemigos. Pero faltó *apoyo* a estos valientes soldados, y dejando multitud de muertos tuvieron que desandar su camino glorioso.

Todos los otros cuerpos del Ejército aliado permanecían en inexplicable inacción, durante las dos horas y media que nos batíamos.

En lo más intrincado de la lucha, la emboscada chilena, oculta en las *calicheras*, nos salió de frente y a quema ropa nos acribilló a balazos, no bastando, sin embargo esto, a desconcertar a nuestros soldados que agotaron *las ochentas balas* que cada uno tenía en sus cananas, o vieron reventar sus rifles caldeados. Las ametralladoras que coronaban el cerro, los cañones de calibre que estaban situados en la baja colina que he expresado y más de catorce mil rifles, nos hacían entre tanto un fuego tremendo

Se tocó retirada y retirada, medida que la conceptué oportuna, pues era menester suspender este ataque *descabellado* y *absurdo*, sin plan, sin idea, sin concierto de ningún género, en el que los pocos cuerpos que he mencionado, las columnas ligeras, y los batallones peruanos Ayacucho y Zepita, eran los únicos que combatían, mientras el resto del Ejército permanecía inerte espectador.

Pero que sorpresa fue la mía cuando al volver a nuestro campamento con los soldados que recogimos, encontramos que todo ese lucido Ejército que tantos bríos manifestó, estaba a la desbandada en el campo, en un circuito de más de tres leguas. El parque fue lo primero que nos abandonó, y por eso cuando pedíamos municiones no hubo quien no las remitiese.

A pie yo, porque mi bestia me la habían muerto en el campo de batalla, y con una ligera lesión en el brazo izquierdo, no sabía qué hacer, cuando tropecé con el escuadrón "Franco tiradores", a cuyo jefe don Julio Carrillo le insté, para que apoyase nuestra retirada. Me lo prometió, y efectivamente fue a situarse cerca de Santa Catalina, mientras yo con el comandante Felipe Morant me incorporaba al coronel Antezana y al teniente coronel Sainz, a quienes les participé el ofrecimiento del señor Carrillo. En consecuencia reunimos a los soldados que pudimos y casi a la hora del crepúsculo emprendimos nuestra retirada; siendo los últimos en dejar el campo.

A las pocas cuadras nos encontramos con el general Buendía, estaba con pocos ayudantes a su lado, quien, manifestó una completa vacilación cuando se le preguntó lo que debíamos hacer.

VIII

Nuestros soldados estaban desmunicionados y en la posible eventualidad de una persecución por parte del enemigo, era seguro que nos habría acabado de destruir. Pero a la media legua de nuestro camino encontramos ya algunos cajones de munición, que hicimos abrir. Por otra parte, esa temida persecución no tuvo lugar; pues aquel día el enemigo no tenía consigo su caballería, que había marchado al camino de Camarones con objeto de atajar el probable arribo del general Daza y su Ejército.

Nuestra marcha a Tarapacá durante aquella noche fue fatal por el estado de postración en que estaban los soldados a causa del hambre y de la sed. Recién a las siete a.m. del día veinte llegamos a aquel pueblo, a donde pocos momentos después llegó el general Buendía y donde encontramos a un gran núme-

ro de dispersos; no a todos porque especialmente los peruanos habían emprendido por el camino de Sipisa y el de Camiña.

Permanecimos durante el día veinte en Tarapacá y supimos que el general Buendia convencido de la imposibilidad de reorganizar el Ejército, siguió su camino a Pachica con el general Villamil. Allí nos fuimos también nosotros y en efecto encontramos a los generales.

Cuando el siguiente día veinte y uno, salimos de Pachica, el general Buendía, a quien se aproximó el coronel Antezana a pedir nuevamente órdenes, contestó "que las pidiese al general Villamil", quien se había adelantado ya por la quebrada a Chusmisa, adonde proseguimos nosotros.

Después de un día de permanencia en Chusmisa en que nos propusimos esperar a los soldados extraviados en las pampas, continuamos nuestra marcha el veinte y tres con dirección a Bolivia yo, según la órden que recibimos del primer jefe de mi cuerpo, y este a Tacna, en cuyo camino le precedió el general Villamil en unión de muchos jefes peruanos.

Habría sido imposible permanecer más tiempo en aquellos lugares por la falta absoluta de víveres. El hambre nos impelía a seguir adelante.

Mi viaje, a través de cerca de *doscientas leguas* en su mayor parte de desierto, conteniendo las tendencias de desborde de una tropa aburrida, amparando las poblaciones del tránsito de los desórdenes a que se entregaban los dispersos de otros cuerpos y con otras mil penalidades, solo pude sobrellevarlos con el estímulo de prestar ese servicio más a mi país.

Que decepción, sin embargo, ha producido en mi alma la injusta y ligera apreciación que de todos estos sucesos se ha hecho por personas y corporaciones que debieran proceder siempre con más calma y meditación en sus juicios. Que los órganos de prensa cedan a las primeras impresiones de narraciones apasionadas; que círculos más o menos volubles hagan comentarios sin datos evidentes, todo eso pasa, porque las opiniones de la prensa y la de esos círculos no llevan el indeleble carácter de un fallo que debe trasmitirse a la historia. Lo extraño, lo incomprensible es que un cuerpo oficial, como el municipio hubiese dejado abatir el sagrado cetro de su probidad por el soplo de envenenadas pasiones, lanzando un anatema contra los patriotas hijos de Cochabamba que durante la campaña y en el campo de batalla agotaron los esfuerzos de que es capaz un hombre para llenar su deber.

Pero la verdad tiene que resplandecer un día u otro porque las sombras de que se pretende rodearla se disiparán.

Por lo que respecta al calumnioso parte del coronel Suárez, en que una prevención mal disimulada ha movido a aquel jefe a imputar a todo el Ejército boliviano que combatió en San Francisco no solo cobardía

sino también traición y perfidia, no creo necesario reputarlo. La mentira y la calumnia se dejan conocer a través del velo de hipocresía de que quieren cubrirse.

El coronel Suárez quizás ha querido apelar de este indigno medio para enaltecer el valor de sus soldados. No lo necesitaba pues jamás el honor de un pueblo se apoya en la deshonra de otro, mucho menos cuando ambos fraternizan y tienen que fraternizar. ¿No se ofendería Bolivia por las injurias que se hicieran al Perú? ¿Y cuál sería el nombre con que apellidásemos al boliviano que tratara de imprimir el sello de baldón e infamia en la frente del Perú? Ese crimen de esa alianza solo la concebiriamos como fruto de intrigas pérfidas de Chile, y a los jefes como el coronel Suárez o escritores como don Fernando Casós, no les daríamos más calificativos que el de enemigos de la fraternidad Perú Boliviana. ¡Cuidado que un día u otro recayesen sobre ellos acusaciones más graves y tal vez más fundadas que las que tienen la ligereza de formular!

La verdad de nuestra narración quizá no sea del todos creída, pero invocamos para apoyarla el testimonio de Dios, el de nuestra conciencia y el de los ocho mil hombres que asistieron a la jornada de San Francisco, de los cuales los mismos hijos del Perú que compartieron de nuestros afanes y decepciones no cerraran los ojos a la evidencia como no lo cerraban cuando lamentaban con nosotros los errores y desaciertos de la dirección encomendada al general Buendia, y preveían siempre un resultado fatal como el que tuvo lugar.

(Firmado)
Lisandro I. Quiroga
Cochabamba diciembre 31 de 1879

RECUERDO DE LAS BATALLAS DE CHORRILLOS Y MIRAFLORES ESCRITA POR EL CORRESPONSAL DE LA PATRIA¹

Anónimo

BATALLA DE CHORRILLOS 13 DE ENERO DE 1881.

Las armas del país han obtenido el triunfo más esplendido en la gran batalla librada ayer y ganada por nuestro bizarro y abnegado Ejército. Su valor inquebrantable no ha sido nunca desmentido, es verdad, desde la primera hasta la última jornada de las que hasta hoy han tenido lugar en la guerra; pero puedo asegurar a usted con la conciencia plena de los hechos presenciados por mí en esta ocasión, que solamente un exceso de valor sobrehumano y una adoración ciega y fanática por el pabellón de la patria, ha podido conducir nuestro Ejército a una victoria que bien pudo creerse imposible.

¡Chile debe estar en esta vez más orgulloso que nunca de la calidad de sus hijos, y si los manes de los héroes antepasados, que ha contado la leyenda y que ha divinizado la poesía, se levantaran para contemplar a esta pléyade gloriosa que forma el Ejército chileno, quedarían asombrados de tan desconocido valor y tan sublime heroísmo!

No es esto un arranque de mero entusiasmo patriótico; no es la calificación fría y reflexiva de los hechos consumados; de todos los hechos entregados ya a los libros de la historia, para ejemplo de abnegación y enseñanza de virtudes cívicas al mundo contemporáneo y a las generaciones venideras.

Paso a relatar la gloriosa jornada de Chorrillos con todos los detalles que la antecedieron.

~~~~~~

Mi correspondencia anterior fue cerrada creo que el día 11 del presente, y por consiguiente, fiel a mi tarea de relatar con la mayor prolijidad posible los sucesos de esta campaña, continuaré mi narración desde el mismo día en que ella fue interrumpida.

La Patria. Año XVIII, № 5.366 (lunes 24 de enero de 1881) y № 5.367 (martes 25 de enero de 1881) incluyendo sus respectivos suplementos vespertinos. Valparaíso. Imprenta de "La Patria" — Calle del Almendro. 1881. El texto transcrito se encuentra en la "Relación completa de las batallas de Chorrillos y Miraflores" escrita en el teatro de la guerra por el corresponsal de "La Patria". 47 p. Tabla.

Este texto forma parte de las investigaciones y transcripción de los relatos de la Guerra del Pacífico de escasa difusión e inéditos. Trabajo encargado por el Departamento de Historia Militar del Ejército al profesor Sergio Villalobos y al licenciado Patricio Ibarra en el año 2006-2007.

El 11 encontrábase el Ejército en Lurín: el General en Jefe practicaba personalmente otro reconocimiento sobre Chorrillos, decidido, al parecer, a emprender por ese punto el ataque. Un consejo de jefes fue reunido en ese día, y entiendo que, a pesar de que las líneas enemigas parecían más vulnerables por la vía de la Rinconada, camino de Manchay, se resolvió caer sobre Chorrillos, atacando de frente al corazón del enemigo.

Inter corrían así los sucesos en el orden militar, un hecho curioso y también digno de la historia sucedía entre los chinos. Estos veían aproximarse la hora de una batalla decisiva, que para ellos debía ser de gran trascendencia, porque del resultado pendía su propia libertad. Los chinos, raza esclava y sujeta a la ley de los antiguos parias en el Perú, veían en el triunfo de Chile su redención, la recuperación de sus perdidos derechos para trabajar como hombres libres, amparados por las leyes comunes. Y tenían razón: el consulado portugués, que por un tratado internacional se llama protector y representante de los asiáticos en el territorio peruano, no desempeña en realidad otro papel con relación a ellos que el de triste instrumento de la más vergonzosa esclavatura. Según los contratos escritos con que los chinos son importados al Perú, estos tienen derecho para ser protegidos por las leyes nacionales del país.

Esas leyes (hablo de las peruanas) sea dicho de paso, son indisputablemente buenas en el orden civil y en el penal, prohíben y aun califican de crimen al hecho naturalmente vedado de hacerse uno justicia por sí mismo; más en el Perú, y mediante la práctica de corrupción que en él reina sobre todas las cosas, los chinos no tienen otros jueces que sus amos: estos poseen degradantes cárceles hechas ex profeso con todo lujo de inhumanidad y barbarie, para encerrar en ellas a su antojo a los desdichados asiáticos, cargándolos de cadenas e infligiéndoles toda clase de martirios, los que acaban al fin por ocasionarles una muerte cuya agonía suele durar años. Nunca la legación portuguesa se ha conmovido ante los gritos de dolor y tormento de sus miserables protegidos; siempre ha contemplado con placentera sonrisa el autoritarismo de los amos de las haciendas y solo tuvo bríos para alarmarse y para hacer valer su carácter de protector cuando creyó que la división chilena al mando del coronel Lynch daba libertad a los chinos y les arrancaba las cadenas del tormento en el norte del Perú.

Con estos antecedentes, bien podrá penetrarse el lector del interés de la colonia asiática del Perú respecto de la presente guerra.

Esa colonia, en número de seiscientos cincuenta y ocho individuos, se había reunido en su Pagoda de San Pedro de Lurín, en el día arriba indicado; en una especie de capilla de regular extensión, que se veía alumbrada, a pesar de no ser de noche, por cuatro faroles chinos de varios colores y adornada por un altar solo, en que figuraban tres estatuas o retratos de madera, a manera de los que suelen verse en los altares de nuestras propias iglesias. La estatua o santo del medio representaba a *Kuongkong*, especie de Marte en la religión de los colonos, y figuraba a un hombre de grande estatura, luenga y espesa barba, y rostro de color rojo, con una enorme espada en la mano derecha, que, según, la creencia de los fieles, era manejada por su *Kuongkong*, no obstante pesar más de mil libras. El santo de la derecha representaba a

un jóven imberbe y de rostro blanco, a quien creían hijo de *Kuongkong*. y le llamaban *Yong-long*, y el de la izquierda, especie de ayudante de su referido dios de la guerra, era negro y de grandes ojos blancos: tenía también espada y se llamaba *Affay*.

Ante esta rara trinidad, un chino ofició algo que parecía misa, y en seguida procedió a degollar un gallo, símbolo de la guerra, cuya sangre depositó en una redoma. Por esa sangre beliciosa juraron los chinos ser su deseo y sus votos que las armas de Chile salieran victoriosas, y así se lo pidieron a *Kuongkong*, con todo respeto, bebiendo en seguida la sangre mezclada con agua. Todos, los seiscientos cincuenta y ocho colonos, alcanzaron parte del mistificado líquido.

Terminada la ceremonia, el chino *Quintín Quintana*, jefe elegido por la colonia misma, pronunció un largo discurso, en que habló de la esclavitud reinante en el Perú y de la próxima libertad e imperio de las leyes comunes.

El día 11 transcurrió sin ninguna otra novedad.

En la tarde se repartieron algunos miles de pantalones al Ejército y pares de botas.

El 12 se anunció temprano la proximidad de la marcha sobre Chorrillos, noticia que fue recibida con gran satisfacción en todos los cuerpos. Los soldados, sin más conocimiento que el de, "se dice", empezaron a registrar sus armas y relimpiarlas con afán.

A las once del día las cornetas anunciaron orden general, y una hora más tarde corría por los campamentos la siguiente proclama:

"A los señores jefes, oficiales, clases y soldados del Ejército:

Vuestras largas fatigas tocan ya a su fin. En cerca de dos años de guerra cruda, más contra el desierto que contra los hombres, habéis sabido resignaros a esperar tranquilos la hora de los combates, sometidos a la rigorosa disciplina de los campamentos y a todas sus privaciones. En los ejercicios diarios y en las penosas marchas a través de arenas quemadas por el sol, donde os torturaba la sed, os habéis endurecido para la lucha y aprendido a vencer.

Por eso habéis podido recorrer con el arma al brazo casi todo el inmenso territorio de esta república, que ni siquiera procuraba embargar nuestro camino. Y cuando habéis encontrado ejércitos preparados

para la resistencia detrás de fosos y de trincheras, albergados en alturas inaccesibles, protegidos por minas traidoras, habéis marchado al asalto, firmes, imperturbables y resueltos, con pasos de vencedores.

Ahora el Perú se encuentra reducido a su capital, donde está dando desde hace meses el triste espectáculo de la agonía de un pueblo. Y como se ha negado a aceptar en hora oportuna su condición de vencido, venimos a buscarlo en sus últimos atrincheramientos para darle en la cabeza el golpe de gracia y matar allí, humillándolo para siempre, el germen de aquella orgullosa envidia que ha sido la única pasión de los eternos vencidos por el valor y la generosidad de Chile:

Pues bien: que se haga lo que se ha querido: si no lo han aleccionado bastante sus derrotas sucesivas en el mar y en la tierra, donde quiera que sus soldados y marinos se han encontrado con los nuestros, que se resigne a su suerte y sufra el último y supremo castigo.

¡Vencedores de Pisagua, de San Francisco y de Tarapacá, de Ángeles, de Tacna y Arica: adelante!

El enemigo que os aguarda es el mismo que los hijos de Chile aprendieron a vencer en 1839 y que vosotros, los herederos de sus grandes tradiciones, habéis vencido también en tantas gloriosas jornadas.

¡Adelante! ¡A cumplir la sagrada misión que nos ha impuesto la patria! Allí, detrás de esas trincheras, débil obstáculo para vuestros brazos armados de bayonetas, os esperan el triunfo y el descanso, y allá, en el suelo querido de Chile, os aguardan vuestros hogares, donde viviréis perpetuamente protegidos por vuestra gloria y por el amor y el respeto de vuestros conciudadanos.

Mañana, al aclarar el alba, caeréis sobre el enemigo, y al plantar sobre sus trincheras el hermoso tricolor chileno, hallareis a vuestro lado a vuestro General en Jefe, que os acompañará a enviar a la patria ausente el saludo de triunfo, diciendo con vosotros: ¡viva Chile! — Manuel Baquedano".

~~~~~

A las 4 p.m., las tropas se veían en grandes afanes. Los tambores y cornetas sonaban por todas partes, y los soldados corrían a sus filas vestidos de parada, alegres y entusiastas.

A las 4.50 p.m., las tres divisiones del Ejército estaban formadas en sus campamentos; algunas rucas de las improvisadas por los soldados para guarecerse del sol, ardían para no dar más sombra. Sus moradores las despedían para siempre...

En esos momentos tenía lugar en el campo del Atacama una escena imponente y solemne. El regimiento estaba formado en dos columnas paralelas, con las armas presentadas, y por el medio de ellas, al son de la marcha regular, eran paseados dos hermosos estandartes. El más sencillo se veía el más bello: no

era más que una hermosa bandera nacional de riquísima seda, con la estrella bordada de hilos de plata. Aquel precioso estandarte era el obsequiado por el intendente de Atacama al regimiento de este nombre, y llegaba la hora de bautizarlo con el sacrificio de la sangre.

Me parecía que este acto majestuoso no significaba otra cosa que el juramento de pelear hasta vencer o morir por la patria!

Grande alegría reinaba en todos los cuerpos del Ejército. Se sentían gritos y vivas por todas partes. Me imaginaba estar en medio de los transportes de una gran victoria.

En el campo del Chillán sucedía otra escena digna también de mencionarse.

El campamento del Chillán era muy hermoso. La tropa tenía formada una calle recta y ancha de rucas de rama construidas en líneas paralelas: en el centro de la calle habían arreglado una fuente redonda, como de tres metro de diámetro, rodeada de un pequeño brocal, defendido por una raya de palitos colocados con perfecta asimetría, que imitaban una reja moderna. Esta fuente estaba rodeada de árboles grandes, que ya se veían secos, pues los soldados los habían plantado hacía muchos días, y entre los árboles y la verja tenían sofás rústicos con asiento de totora. Allí pasaban las tardes los oficiales de la brigada del coronel Gana, quizás consagrando sus recuerdos a su familia y a la tierra natal...

En el día y hora a que me refiero, la tropa del Chillán tenía invadido el recinto. Iban a sacar la bandera chilena que cobijaba la fuente para llevarla consigo al combate. En medio de la multitud, un soldado tomó la palabra. No pude saber cómo se llamaba. Dijo a sus compañeros de armas que llegaba la hora de triunfar sobre los enemigos y que los invitaba a pelear hasta morir o vencer. "No hay que desbandarse en casos apurados, les decía; si algunos nos vemos cortados y solos, matémonos más bien con nuestro propio rifle, antes que caer en manos del enemigo. Solamente no entraremos victoriosos a Lima los que quedemos tirados en el campo de batalla".

Vivas y aplausos estruendosos pusieron fin a esta escena, después de la cual la tropa corrió a sus pabellones, al llamado de los tambores, para ponerse en marcha.

A las cinco p.m. empezó a desfilar la primera división, pasando por el puente de Lurín, camino de Chorrillos, y en seguida el resto del Ejército. La segunda y tercera divisiones tomaron camino más a la derecha, porque, según el plan de ataque, las tres divisiones debían caer a una misma hora sobre la línea

de fortificaciones enemigas, atacando una la izquierda, otra al centro y la última la derecha o apoyando esta última a la anterior.

Las fuerzas de reserva la formaban los regimientos 3º de Línea, Valparaíso y Zapadores.

El total del Ejército en marcha sobre las fortificaciones de Chorrillos, era compuesto como sigue:

| EJÉRCITO CHILENO EXPEDICIONARIO
El 12 de enero de 1881 | | | | | |
|---|---|---|------------|-----------------|------------|
| CUERPOS | | Disponible | Artillería | Infantería | Caballería |
| l ^a División | 2ª Brigada de Artillería Regimiento Granaderos Id. 2º de Línea Id. Atacama Batallón Melipilla Regimiento Colchagua Id. Talca Regimiento 4º de Línea Id. Chacabuco Id. Coquimbo Id. Artillería de Marina | 477
462
924
1.078
400
773
1.054
882
923
891
377 | 471 | 6.420 | 462 |
| 2ª División | Artillería Cazadores Buin Esmeralda Chillán Lautaro Curicó Victoria | 374
401
984
966
1.032
1.111
968
569 | 374 | 5.630 | 401 |
| 3ª División | Artillería Carabineros Batallón Naval Regimiento Aconcagua Id. Santiago Batallón Bulnes Id. Valdivia Id. Caupolicán Regimiento Concepción | 519
388
877
1.064
972
479
493
416
665 | 519 | 4.966 | 388 |
| Reserva | Id. 3º de Línea
Id. Valparaíso
Id. Zapadores
Batallón Quillota | 1.079
828
703
500
23.129 | 1.364 | 3.110
20.126 | 1.251 |

Antes de pasar más adelante y de empezar los detalles de la batalla, considero conveniente dar una idea general del campo donde iba a operarse y aun de la misma acción, porque conociendo el conjunto, puede uno más fácilmente hacerse cargo de sus parcialidades.

Desde Lima hasta Chorrillos se extiende un valle cerrado de un lado por el mar y del opuesto por una línea curva de cerros y lomas que, partiendo desde la misma ribera del océano, van formando una especie de cintura hasta llegar a los cerros del este de Lima. Esta cintura es en mucha parte irregular en su dirección, pero en toda su longitud se ve bordada de picos, morritos y contrafuertes, dejando algunas veces abras más o menos extensas, pero siempre sobre terreno elevado. Dichos cerros son todos sumamente arenosos y forman en sus faldas una serie de ondulaciones y pequeños llanos medanosos, que se ven entrepuestos desde el borde de Chorrillos hasta Lurín.

Por el lado de este último punto, es decir de Lurín, la larga cadena de morros redondos y de caprichosas formas cierran el horizonte hacia Chorrillos, dejándolo a sus espaldas, sea que se mire desde las pequeñas obras o sea de las alturas que se encuentran esparcidas en la ancha faja eminente que la natura-leza tiene colocada desde el uno al otro valle.

Para marchar de Lurín a Chorrillos, una vez que se pasa el punto del río que corre por la orilla norte de aquel, hay varias vías, siendo la más conocida y corta la llamada de Conchan, que oblicua a la izquierda y sigue por la orilla de la playa. Los otros caminos van siempre por entre grandes abras y hondonadas, que forman llanuras o quebradas estrechas, las cuales se hallan rodeadas de lomas y cerros que se suceden casi sin interrupción.

Se comprenderá por lo dicho cual es la naturaleza del terreno que tenía que recorrer el Ejército para llegar a encontrar al enemigo, que le cerraba la entrada al valle de Chorrillos guareciéndose en trincheras y reductos formados en todas las alturas desde la orilla del mar hasta más allá de legua y media o dos leguas al interior.

La línea de defensa de los peruanos tenía apoyada su derecho en el morro Solar, montaña elevadísima y extensa, apenas accesible por dos o tres puntos, llena de desfiladeros y pendientes escarpados, sobre todo por el lado del mar, que baña su gran base cortada a pique.

Arriba de este enorme cerro, en puntos estudiadamente elegidos para dominar todo en frente y su izquierda, había inexpugnables fuertes artillados con ricas ametralladoras horizontales de oscilación, y con cañones de campaña y algunos de grueso calibre.

La serie de fortificaciones en este enorme morro empezaba en el punto que mira hacia Lurín por la orilla del mar y terminaba en el mismo puerto de Chorrillos, con un gran fortín de costa cuyos cañones estaban también abocados para el sitio del combate.

A la izquierda del gran cerro (derecha para nosotros) seguía una cadena de alturas sucesivas que iban semicircunvalando el valle una larga distancia, hasta el mismo Monterrico Chico, dejando en intervalos pequeñas abras, y otras más extensas en algunos parajes, sobre todo al término de la derecha nuestra. Dichas alturas están formadas por verdaderos morros redondos y elevados, muchos de ellos de arena pura y por consiguiente de muy difícil ascenso. En partes se veían algunos claros, mas estos estaban cubiertos perfectamente por otros morros colocados más hacia Lurín o más hacia Chorrillos, de manera que, a la distancia, siempre se veía una arista uniforme de alturas con solo las eminencias formadas naturalmente por los picos más altos.

Al oeste de Chorrillos y sobre el mismo valle, hay un caserío o hacienda llamada San Juan, guardado también por el mismo cordón, y mucho más a nuestra derecha de tal lugar, se veía otro cerro tan alto como el morro Solar, sirviendo al parecer de contrafuerte izquierdo a la línea enemiga: estaba defendido por fuerzas de infantería y no se bien si también por artillería.

Alguien ha dicho que este cerro debía ser vecino del de San Bartolomé, que sirve de cabecera a la pampa y valle de Ate. Pero tengo yo datos para no creerlo así y la geografía me hace pensar de distinta manera. No puedo darme cuenta tampoco del nombre o lugar del mencionado morro, ni he tenido el tiempo necesario para estudiarlo. Me limito a señalar su ubicación en la extrema izquierda del enemigo con quien se ha combatido, al término de sus fortificaciones, mucho más al oeste de San Juan.

Réstame indicar otras especialidades más de la localidad del combate.

Entre el elevado morro Solar y el arranque de la cuchilla de fortalezas naturales defendidas con el arte y las armas enemigas, de que he hecho mención, hay una incisión angosta por donde pasa un acequión o estero desde el valle de Chorrillos para Villa, hacienda y caserío que es el confín del llano estrecho de la playa por el lado sur de la gran altura. Desde el punto de esa incisión arranca otra cuchilla corta y en rumbo oblicuo a la primera, hacia el valle mismo, que tenía excelentes trincheras, ametralladoras y cañones en sus alturas; cañones y ametralladoras dispuestas para ofender al agresor de los otros fuertes de vanguardia, y para hostilizarlos dentro de estos mismos con un fuego mortífero, en el caso de que consiguiese tomárselos.

Puede decirme que esa nueva cuchilla, sobre cuya cima había varios órdenes de trincheras, estaba destinada para ser el apoyo y el refugio de los más a vanguardia, y la doble cerradura de la puerta de entrada del camino para Chorrillos.

El estero o acequión expresado es el llamado río Surco, que da también agua a los terrenos de Villa-Bajo, donde se ven unas hermosas casas de campo y algunos potreros seguidos de un totoral que avanza al sur y se prolonga hasta el mar.

El plan de batalla, según oí decir, era atacar de sorpresa al enemigo al amanecer del día trece por tres puntos a la vez; por el lado de Chorrillos la primera división, por el lado de San Juan la 2ª y más a la derecha de este la tercera. Otros me han asegurado, y esto es más autorizado, que la primera y segunda divisiones debían atacar por los puntos indicados, debiendo la tercera apoyar en todo caso la derecha de la segunda.

Suponíase que en Chorrillos estuviese acumulada la mayor resistencia, pero era calculado que, forzando la segunda división con el apoyo de la tercera, la línea enemiga debía correrse a nuestra izquierda, avanzando a vanguardia, para envolver de ese modo al ejército enemigo que debía concentrarse o estar muy reconcentrado a su derecha.

Esto habría podría haberse hecho con facilidad, en mi concepto, si no hubiesen mediado circunstancias imprevistas. La primera fue que la tercera división extravió sin duda el camino a causa de no conocer bien el terreno y de la poca claridad de la noche, porque no pudo tomar parte en la grande acción de la mañana, y lo segundo, porque el ataque de la segunda división se empezó una hora y minutos más tarde que el de la primera. A haber empezado ambas en la madrugada simultáneamente, las fuerzas de la segunda división habrían caído sobre Chorrillos una hora antes de la en que efectuó su llegada, y la gran batalla habría terminado con una hora menos de sacrificio.

SANCE SANCE

En estas observaciones inherentes a los mismos hechos del relato, no hay la menor sombra de un cargo, que no sería justo hacerlo. Se marchaba por un terreno desconocido, y aún la 2ª división tuvo que hacer una variante en la vía designada de antemano para evitar encontrarse con una pequeña fuerza enemiga que se hallaba en una quebrada más adelante en un punto llamado la Cruz. Era necesario evitar el encuentro, a fin de no desbaratar el plan de la sorpresa y del ataque.

Todavía ocurrió otra circunstancia excepcional. Un sirviente de la ambulancia se quedó dormido en el camino durante la marcha. La división con que marchaba le ganó mucho trecho y cuando despertó se lanzó en pos de ella para alcanzarla.

Pero el desdichado perdió también el camino y fue a caer en poder del enemigo, quien por este medio pudo apercibirse de la proximidad de nuestro Ejército, con el tiempo suficiente para ordenarse y distribuirse dentro de sus fortificaciones y esperarlo con los rifles tendidos sobre el mampuesto.

×××××××

La primera división, al mando del coronel Lynch, empezó el combate a las 4.55 a.m. por mi reloj, y a las cinco y minutos según otros relojes, (que siempre todos andan alocadamente desiguales), atacando

al enemigo por cuatro puntos distintos a la vez: por el lado del morro Solar, cuyas fortificaciones no se conocían, y por tres morros admirablemente fortificados que se veían de frente, a la derecha del gran cerro, y por donde seguía toda la línea de defensa.

La segunda división, al mando del general don Emilio Sotomayor, rompió sus fuegos sobre los cerros del frente de San Juan, a las 6.30 a.m., una hora y minutos después que la primera, atacando cuatro fortalezas en la cima del cerro y una serie de trincheras, ordenadas también en las alturas.

A esa hora, a las 6.10 a.m., el combate era general en toda la línea desde el contrafuerte de la derecha hasta el contrafuerte de la izquierda de la inmensa serie de reductos, fosos y trincheras enemigas, defendidas por veintiocho mil soldados peruanos con ricas armas de precisión y con un gran número de cañones y ametralladores.

cacacaca

El campo de la acción representaba en totalidad tres secciones, interceptado por las ondulaciones, lomas y cuchillas del terreno, en todas partes pesado y arenoso. En la sección de la izquierda, delante de la división Lynch, por el lado de la playa, operaban los regimientos Coquimbo y Melipilla, según sus instrucciones sin ser visibles para el resto del Ejército hasta el momento en que ascendiesen sobre el morro Solar. Operaba también con grande eficacia por ese lado, desde el mar, nuestra escuadra.

Saltando a la derecha la hondonada de Villa, que es muy angosta, en la pampa dispareja que precede el pie de los morros fortificados, obraba el resto de la división Lynch, ayudada por una brigada de artillería de montaña y una sección de campaña, cuyos proyectiles describían un ángulo agudo con el vértice en el corazón de los mismos fortines, ángulo que casi llegó a ser recto una vez que fueron apagados los fuegos de la izquierda de esta sección, porque la artillería de montaña se corrió entonces a una pequeña altura para abrazar de un modo oblicuo los fuertes de la derecha.

La artillería de campaña, en una lindísima situación, en que precedía a la reserva, oblicuó también sus punterías a la derecha a medida que los cañones enemigos iban quedando mudos en la izquierda.

La tercera sección, donde operaba la división segunda, la componía un extenso llano a cuyo frente se veían tres morros parados y acordonados por círculos de fuego de todas armas. A la derecha de este llano veíase un cerro enorme y elevadísimo, no sé si artillado.

Nuestra artillería de montaña y campaña estaba dividida allí en tres secciones, en línea paralela a la de batalla primero, y después en posiciones que fue tomando con admirable tino y discreción.

El combate de la segunda división duró próximamente dos o tres horas, al cabo de las cuales sus cuerpos vencedores, en orden perfectamente regular, pasaron al valle de Chorrillos por San Juan, y en seguida se lanzaron sobre la izquierda del enemigo por el flanco del este, en protección de la división de Lynch que peleaba con gran encarnizamiento y valor desde la primera hora del alba, teniendo desalojados a los peruanos de todas sus posiciones y reducidos ya solo al morro Solar como su última guarida.

Dada esta idea general, proseguiré con los detalles.

La primera división, que llevaba consigo una brigada de artillería de montaña al mando del mayor Gana, tenía que hacer el camino más corto por llevar la vía más recta hacia el enemigo.

El camino era sumamente pesado hasta una legua más afuera de Lima, muy difícil, casi inaccesible para la artillería de campaña; pero esta marchó, no obstante, no sé si por la misma vía, pues en la mañana del combate vi, sobre una eminencia colocada a corta distancia del enemigo, a una sección de ella (creo que dirigida por el mismo coronel Velásquez, no estoy seguro) hacer un fuego certero, copioso y eficaz, que cooperó en mucho al buen éxito de la jornada.

Volviendo a la marcha de la noche, aquella se hacía con toda felicidad. Como la primera división iba en cuatro secciones, según su plan de ataque, llevaba el orden siguiente, principiando de izquierda a derecha.

- 1º Batallón Melipilla y Regimiento Coquimbo.
- 2º Regimiento 4º de Línea y Chacabuco.
- 3º Regimientos Atacama y Talca.
- 4º Regimientos 2º de Línea y Colchagua.
- 5º A retaguardia de la sección central marchaba la artillería de montaña, protegida por el Batallón de Artillería de Marina.

La primera sección de las expresadas, compuesta del Melipilla y del Coquimbo, debía operar sobre el término del ala derecha del enemigo, y las otras tres sobre los tres morros respectivamente que se veían ocultando la entrada a Chorrillos en una misma línea o cordón de cerros.

Antes de pasar más adelante es caso de hacer aquí algunas observaciones.

Los reconocimientos practicados con antelación sobre el enemigo estaban muy lejos de dar una idea cabal acerca de sus fortificaciones. Se sabía que ellas comenzaban desde los cerritos de Chorrillos y se

prolongaban hasta San Juan y Monterrico Chico, cerca de dos leguas, coronando todas las alturas del tránsito; pero si bien es verdad que por la distancia se veía al parecer un solo cordón de cerros, determinado por una sola arista, y se creía que tras de él, todo era valle y llanura expedita y sin fortalezas, es lo cierto que la cosa era muy distinta. Se consideró que los morros fortificados que cubrían a la simple vista de Chorrillos hallaban término a corta distancia hacia la derecha, siendo por allí flanqueables. Eso decía la realidad de la perspectiva y la condición excepcional de la topografía. Obstáculos naturales ocultaban al ojo del observador la verdad de la situación y la magnitud formidable de la empresa que iba a acometerse.

Las divisiones que marchaban hacia la derecha tenían que encontrar también alturas elevadas, medanosas y difíciles, morros empinados y apenas accesibles coronados por trincheras y fosos y defendidos por cañones y ametralladoras y líneas triples de fuego de fusilería hecho desde los mismos fosos y atrincheramientos que ocultaban el enemigo, sirviéndole de seguro parapeto.

El terreno es muy onduloso de Lurín a Chorrillos, y por eso el primer cordón de cerrillos bajos que se divisaban a su frente ocultaban la multitud de los más altos que tenían aun a retaguardia. El mismo color igual de todos los panizos producía a corta distancia una confusión que se explica perfectamente.

Al costado derecho, hacia San Juan, había un abra, pero esta se hallaba también guardada en toda su extensión por un foso transversal, por un parapeto formado con la tierra extraída de él mismo.

~~~~~

A las 8 p.m. del día 12, hallándose la primera división en descanso, sobre la arena, llegó un soldado de Granaderos a Caballo, que venía del costado derecho por la vanguardia, y dio parte de que una tropa enemiga se encontraba apostada a corta distancia, en un bajo, por cuyo motivo se había retirado el mayor Pantoja, que estaba con cuarenta hombres en observación. No acababa el granadero de dar su parte cuando llegó un cabo con dos soldados de caballería a comunicar la misma noticia.

Acto continuo el coronel Urrutia, jefe de Estado Mayor de la división, salió con dos ayudantes y los mismos granaderos para observar personalmente lo que ocurría.

Una hora más tarde, Urrutia regresó sin haber visto ni encontrado enemigo alguno. Era evidente que este se había retirado.

Un instante después se continuó la marcha, desplegando a vanguardia una guerrilla del 2º de Línea por la derecha y otra de 4º de Línea por la izquierda.

El Regimiento Coquimbo y el Batallón Melipilla no eran visibles en ese momento para el resto de su división; ambos iban por el camino de la playa en pos de su ya señalada misión.

Y a propósito de misión, como al frente de Chorrillos se habían reconocido solo tres morros sobre un solo cordón de cerros, todos guardados por las fuerzas enemigas, llevaban también designada en misión las demás fuerzas de la tercera división, del modo siguiente:

El 4º de Línea y el Chacabuco debían tomarse el morro de la izquierda, que veíamos mucho más acá del Solar; el Atacama y el Talca debían apoderarse del centro, y el segundo de línea y el Colchagua del de la derecha. El Batallón de Artillería de Marina debía proteger en todo caso la artillería de montaña.

Cerca de las 11 p.m., el General en Jefe mandó a su ayudante de campo, teniente coronel don Wenceslao Bulnes, en dirección al camino que traía la división Lynch, en busca de la caballería, para hacerla tomar el rumbo conveniente, pues ya tardaba. La noche era escasa de luz, porque la luna se hallaba velada por nubes, aunque poco espesas.

Bulnes encontró tres soldados de caballería, así que se halló distante de sus compañeros, y creyéndolos de los nuestros, se acercó a ellos y les preguntó: ¿De qué cuerpo son ustedes? Los fantasmas no le respondieron, y empeñando la brida, desaparecieron.

¿Quiénes eran ellos?

No se supo. Acaso eran enemigos que, conocedores prácticos del terreno, espiaban nuestros movimientos con orden de no hacerse visibles y de no disparar.

El ayudante, sin poder hallar la verdad en el asunto, prosiguió en su comisión.

A la misma hora, la primera división hizo alto, casi a tiro de cañón del enemigo. Parecía indudable que iba extraviando el rumbo, cargándose mucho sobre la derecha, a causa de los inconvenientes de la noche y por no saber bien la colocación de las posiciones enemigas respecto del morro Solar, que se distinguía escasamente.

Hubo un aumento de indecisión sobre si se continuaría de frente o se oblicuaría a la izquierda; pero felizmente el manto de nubes se rasgó en un punto por un instante, y entonces pudo verse con claridad. El rumbo que se llevaba no era correcto y, por lo tanto, se enmendó hacia la izquierda convenientemente.

Sacrana Sacrana

La segunda división había tomado un camino más a la derecha, como dije, que algunos han llamado de *Astocongo*, para llegar por él al punto de su destino, es decir, a la pampa que precede la línea de cerri-

llos fortificada de San Juan, donde se encontraban dos grandes divisiones o partes del Ejército peruano, compuestas de un número considerable de batallones. Pero al llegar a un punto llamado La Cruz, donde hay realmente una cruz grande sobre peana de adobes, que está a la entrada de una quebrada, se supo que en el interior de esta había tropa enemiga. Entonces se tomó rumbo un poco a la izquierda para salvar la quebrada, teniendo que hacer por fuerza un poco más largo el camino.

~~~~~

Desde la noticia, que no pudo verificarse de un modo satisfactorio, de haberse avistado alguna fuerza enemiga, en la primera división se hizo desplegar dos grandes guerrillas, una del 4º de Línea, por la izquierda, y otra del 2º de Línea, por la derecha, las cuales tomaron delantera como de 300 metros.

Un poco más adelante, los regimientos se mandaron desplegar en batalla, siempre en su mismo orden de colocación, porque ya se aproximaba la hora de emprender el asalto sobre las fortificaciones enemigas, que se dibujaban claramente sobre el horizonte, merced a su altura y gran extensión.

Eran las 4.55 a.m. del día 13, y estando a unos 800 metros de los tres morros ya mencionados, los peruanos rompieron sus fuegos de súbito, continuándolos con toda profusión, sin ser contestados por los nuestros. Estos seguían avanzando con doblada rapidez, sin detenerse ante el cordón de fuego compacto que bordaba la extensa arista de las alturas.

Estrechada la distancia a quinientos metros, a las 5.6 más o menos, un viva a Chile general atronó el espacio, y el estruendo de los fuegos de artillería e infantería apagó al punto todos los ecos humanos.

La brigada de artillería de montaña que marchaba con la primera división y la de campaña que había tomado posiciones, colocada aquella en una pequeña planicie, y a unos 1.500 o 2.000 metros de los cordones enemigos, y esta en una falda, a 3.000 metros lo sumo, enviaban una granizada terrible de granadas a los fuertes, con excelentes punterías.

Nuestros bravos soldados tuvieron que descender y ascender por una ondulación rápida y sumamente arenosa del terreno, al pie de los cerros fortificados, para comenzar recién el ascenso a estos, en dirección a las trincheras.

Una ligera camanchaca impedía ver con toda claridad los movimientos que se ejecutaban. Los cañones y las ametralladoras, vomitaban torrentes de plomo cuesta abajo sobre los nuestros, haciéndonos muchas bajas; pero ni amainaba el empuje de estos ni cedía el ardimiento de aquellos.

Los proyectiles Peabodys, que de detrás de las trincheras salían con elevación, cruzaban el campo en todas direcciones, silbando por el espacio, y solo de vez en cuando se alcanzaba a percibir algún grito

de entusiasmo o algún doloroso ¡ay! de los heridos, que bordaban ya las faldas de los mortíferos cerros, defendidos tenazmente por el fuego, por la arena floja que hacía penosísimo y lento el ascenso, por la extraordinaria rapidez de su pendiente natural, y en fin, los innumerables *polvorazos* o torpedos automáticos diseminados en su frente.

Ni un solo hombre se veía ceder ante el peligro de la muerte; parece que cada uno corría en disputa con su compañero sobre el premio del honor.

La artillería de montaña al mando del comandante Wood, en número considerable de piezas, había avanzado por otro camino de la derecha para atacar al enemigo de consuno con la segunda división, y había llegado al punto de su destino, es decir, al campo donde debía operar, en hora todavía temprana. Se hace necesario, para darse cuenta de los hechos, recordar bien primero el referido terreno.

A la derecha siempre de los cerrillos donde debía obrar la primera división, y dejando un abra entre esta y aquellos, hay tres morteros consecutivos, quedando uno de ellos, el de más a la derecha, un poco a la retaguardia de los otros dos. Los tres están precedidos por el lado de Lurín de una extensa pampa desierta y arenosa, que la dominan por completo con sus cañones. El cordón que forma dichos cerros muere al lado del noreste, en otra pampa o grande abra, al fin de la cual se levanta una serranía considerable.

Además de los tres morros expresados, que debemos llamar tres reductos magníficos, se ve hacia el oeste un cerro elevado, que se alza enfrente del abra última de las citadas.

Marchando de Lurín en dirección a las alturas de que hablo, que oculten tras de sí el caserío y hacienda de San Juan, hay que cruzar necesariamente la pampa de que ya he hecho mención.

El comandante Wood, para no obrar con imprudencia, habiéndose anticipado mucho a las demás fuerza, se detuvo a la entrada de la pampa, a donde llegó antes de amanecer, y una vez que amaneció, entró por ella a colocarse en posiciones convenientes, en circunstancias que ya se aproximaba la segunda división al mismo sitio.

~~~~~~

Los fuegos de fusilería habían principiado en la parte de la izquierda, por donde atacaban las fuerzas de Lynch, cuando los peruanos divisaron claramente, mediante la luz del alba, y desde los tres morros de que he dado idea, la artillería de Wood.

Verla y empezar a dispararle tiros de cañón, todo fue uno.

Word tomó en primer lugar las mejores posiciones a tres mil metros, más o menos, de las trincheras, y en seguida principió a enviar magníficas contestaciones a los disparos del enemigo con toda la profusión posible.

Bajo los fuegos de nuestra rica artillería avanzó lentamente la segunda división, oyendo el encarnizado fuego de los que se batían bravamente a la izquierda.

La marcha desde la entrada al llano, se dispuso de esta manera:

- 1º El Regimiento Buin 1º de Línea, desplegado en guerrilla.
- 2º El Regimiento Esmeralda, desplegado de la misma manera.
- 3º El Regimiento Chillán, todo en guerrilla.
- 4º Los regimientos Lautaro, Curicó y Victoria, el primero de los cuales fue a ocupar el cerro alto y apartado de la derecha, el 2º dos eminencias artilladas contiguas a la izquierda y el tercero quedó a retaguardia esperando órdenes para obrar.

#### 

La reserva del Ejército, compuesta de los regimientos 3º de Línea, Valparaíso y Zapadores apareció a retaguardia, entre la división Lynch y la Sotomayor, la 1ª y la 2ª lista para proteger a cualquiera de ambas. Marchaba con aire marcial, formando un ángulo recto, con un frente hacia la línea de batalla y cargándose hacia la derecha.

Delante de la reserva vi en una altura a nuestra artillería de campaña, arrojando un torrente de granadas al enemigo y cargando primero sus fuegos sobre la izquierda y después sobre la derecha. Sus tiros iban a cortar de un modo oblicuo las trincheras enemigas, en tanto que las de montaña las cortaban de frente.

### 

Podría observárseme, en vía de censura, el que no haya hablado hasta aquí de la tercera división del Ejército. La razón es que no le ha tocado aún tomar parte en la gran batalla. Enviada por un camino hacia la derecha, a fin de apoyar los movimientos de la 2ª, no le cupo en suerte encontrar enemigo formal a su paso. Marchó y marchó, de modo que dando vuelta por el poniente del cerro que trepó el Lautaro y pasando por el lado derecho de la grande abra que comenzaba al término de nuestra línea, avanzó al valle sin ser casi visto por sus demás compañeros.

Ignoro yo a qué horas pasaría la altura de nuestra línea; pero algunos de sus oficiales me han dicho que adelantaron durante lo rigoroso del fuego, con el ánimo de ir a cortar la retirada que el enemigo pu-

diera hacer para Lima; cosa que no pudo efectuarse, pues antes de tomadas las últimas fortificaciones, escaparon del bajo de Chorrillos cuatro mil hombres de la reserva de Lima, que no entraron en el combate.

No puedo garantir en lo absoluto este hecho, pues su noticia la debo a individuos de los mismos prisioneros peruanos.

El primer Batallón del 4º con el primero del Chacabuco formaban una sola línea, delante de la cual, a doscientos metros más o menos, marchaba en otra línea paralela, siendo una y otra en orden disperso, el segundo batallón del Chacabuco y el segundo del 4º, para tomar a viva fuerza el fuerte de la izquierda, que mira a Villa, según el plan de ataque del coronel Lynch y sus órdenes impartidas. El enemigo había roto sus fuegos de fusilería sobre ellos desde una larga distancia, en tanto que los nuestros, arma al brazo, avanzaban bajo su protección, reservándose contestar a los disparos enemigos desde una distancia conveniente.

Cuando ya se encontraron a unos quinientos metros, a lo más, nuestra gran guerrilla de dos batallones hizo su primera descarga y continuando con un fuego graneado vivísimo, se echó cerro arriba con el mayor arrojo. A media falda, si bien es cierto que nuestra primera línea, sobre todo, había tenido ya muchas bajas también lo que es que la segunda línea se le había incorporado por la fuerza de su entusiasmo, sin que nadie pudiera contenerla, porque no quería, sin duda, renunciar la gloria de llegar junto con la primera a las alturas.

El empuje de la tropa de ambos regimientos fue tal y su tesón tan extraordinario, que cuando el bravo Atacama luchaba contra la pesadez de la arena a unos ciento cincuenta metros de la cima del gran fuerte del centro, aquellos coronaban el morro que se les había confiado, dejándolo sembrado de cadáveres enemigos. En él había ocho piezas de artillería, cañones de bronce, sistema Grieve, de retrocarga, incluso dos excelentes ametralladoras.

Una llamarada súbita y roja, como de fuego de bengala, anunció la llegada de los nuestros a la cima y el abandono del reducto hecho por los peruanos, anuncio que la fue señal que los fuertes que guardaban la cabecera de Villa, separándola de Chorrillos, colocados también sobre otro orden de cerrillos que formaban una línea oblicua de trincheras sucesivas a la línea de fuertes atacados, según lo dije en otro lugar, para que esa segunda línea de fuertes, digo, rompiera sus fuegos sobre los vencedores, desde puntos evidentemente dominantes.

El 4º y el Chacabuco se encontraban triunfantes dentro de un fuerte formidable cuyas trincheras formaban un ángulo casi recto, con sus lados llenos de curvas en su larga prolongación; mas la abertura de esos lados dejaba adrede todo el reducto en descubierto para los nuevos fuertes desde donde se hacía fuego sin descanso a los vencedores.

Estos comprendieron en el acto la habilidad de la defensa enemiga, y sin inquietarse por ello, se echaron cerro abajo para el lado del valle de Chorrillos, a fin de trepar por el punto más inmediato y sobre el ala derecha del nuevo orden de fortificaciones, con el ánimo de cortar la retirada a los de la izquierda. El combate volvió a trabarse terrible. Los fuegos estaban tan vivos como en el principio y nuevas piezas de artillería enemiga funcionaban con inexorable ardor. Eran las 5.45 a.m.

#### 

Dejemos un momento en su segunda jornada a los vencedores del primer reducto, y corrámonos un poco hacia la derecha. El Atacama tiene delante de si una larga trinchera enemiga de más de dos cuadras, en forma de una línea serpenteada, que parece un arco de flecha indígena de Norte América. Para llegar hasta ella hay que subir una ceja de médano donde los soldados se entierran hasta más arriba del tobillo. Algunos de ellos, para buscar más firmeza en el andar, se han quitado las botas, sin curarse de que una bala enemiga les quitara también la vida.

La caminata de la noche, la falta de sueño, lo pesado del médano que estaban trepando, todo se conjuraba a favor de los peruanos y contra la naturaleza inquebrantable de nuestros invencibles rotos. Pero ellos seguían y seguían, animados por su admirable fuerza de voluntad y el estímulo de sus jefes.

Lentamente, pero con una imperturbabilidad digna de elogio, y en medio de un infierno de balas arrojadas por ricas armas de precisión desde la enorme trinchera, los atacameños y los talquinos ganaron al fin la cresta del pesadísimo y empinado arenal, quedando como a una cuadra del baluarte enemigo. Desde allí mismo, y aunque el terreno era aún ascendente, se lanzaron al paso de trote sobre el extenso reducto...

La carnicería fue horrorosa... pero diez minutos más tarde, una llama roja como la que brotó del fuerte ocupado por el 4º y el Chacabuco, anunció que los peruanos eran desalojados por los nuestros. Un ¡viva Chile! atronó el espacio, y el glorioso tricolor nacional se destacaba gallardo y orgulloso en el centro de los parapetos.

Inmediatamente se rompió desde un gran fuerte que se divisaba al frente, y en punto más elevado, un abundantísimo fuego de fusilería dirigido directamente a los atacameños y talquinos, que se habían echado cuan largos eran a descansar de su fatiga.

Aquellos valientes estaban materialmente rendidos.

Se dieron un descanso bajo un fuego que parecía sostenido por miles de tiradores, haciéndose sordos a las instigaciones de su jefe para continuar la difícil tarea que habían tomado sobre si. Era una imprudencia, una enorme imprudencia echarse al reposo en situación tan sumamente grave, dando al enemigo

ocasión de aprovechar a mansalva e impunemente la excelencia de sus armas... Pero bien sabían nuestros rotos que, poniéndose ellos de pie, ninguna ventaja sería comparable con la de la pujanza y valor del soldado de Chile.

El jefe del Atacama, comandante Dublé, les dio el grito de ¡arriba!, enseñándoles la bandera de la patria, y los que tan rendidos acababan de mostrarse, poniéndose rápidamente en pie, se lanzaron con su ardor jamás desmentido en demanda de las alturas.

Los atacameños y los talquinos formaron desde ese momento una sola legión, confundiéndose, por decirlo así, en un solo cuerpo.

En esos mismos momentos doscientos cincuenta hombres del Batallón de Artillería de Marina, al mando del sargento mayor Carvallo, los acompañaba por el costado derecho, quedando otros doscientos al mando del comandante Vidaurre cubriéndoles la retaguardia en actitud de protección.

Jefes, oficiales y soldados trepaban impávidamente a consumar su obra de triunfo, cuando el hermoso estandarte tricolor (obsequiado por el Intendente de Copiapó al 2º Batallón del Atacama, según se me ha dicho) fue rociado con la sangre generosa de uno de los soldados que lo escoltaban. Una granada enemiga dio en el pecho al valeroso atacameño, destrozándolo completamente, para bañar con su sangre roja el blanco puro de la noble insignia.

El Intendente de Atacama puede estar orgulloso de la honra de su obsequio: el quería que le sirviera de bautismo al sahumerio de la pólvora en el campo de batalla, y tuvo por agua la sangre mil veces bendecida de los mártires y de los héroes de la patria.

Veinte minutos más tarde el gran fuerte de la altura ostentaba triunfante sobre sus cañones el tricolor de Chile. Todo el reducto era ocupado por los del Atacama, del Talca y de la Artillería de Marina, los enemigos habían huido, dejando amontonados los cadáveres al pie de sus trincheras, sobre un pavimento espeso de cápsulas disparadas y de municiones intactas.

Una bala de rifle, durante la ascensión a la cima, había rozado ligeramente la oreja izquierda del jefe del Atacama, causándole apenas un pequeño rasguño.

Eran las seis de la mañana.

×××××××

A esta hora, el fuego de fusilería era general en toda la línea enemiga. Los regimientos Buin, Esmeralda y Chillán, corridos los dos últimos, el primero a la izquierda y el segundo a la derecha del que les

precedía, formaban una línea extensísima y recta que cubría todo el frente de los tres morros enemigos y cuyo centro ocupaba el coronel Gana, jefe de la brigada. Colocados en esta posición, el Buin se dirigía rectamente a tomarse el cerro fortificado del centro, el Chillán el de la derecha y el Esmeralda el de la izquierda.

Era un lujo sorprendente de disciplina y de serenidad aquella marcha marcial, uniforme e imperturbable de los tres regimientos, (dos mil novecientos hombres de infantería, más o menos), que ni detenían el paso ni apresuraban el compás en medio de de una granizada de balas de rifle y de cañón que de todo el cordón enemigo les disparaban con inesperado afán. Ellos avanzaban y avanzaban, arma al brazo, hasta colocarse al pie de los cerros de que debían apoderarse.

Por fin, a las seis diez minutos rompieron también sus fuegos.

En esta misma hora, el 2º de Línea seguido del Colchagua calan bayoneta sobre el enemigo ya en la cúspide de su tercer fuerte de la izquierda. Un tiro de cañón es el último que suena, confundido casi con el estruendo de un polvorazo cuyas llamas iluminan el espacio, y a su luz roja se despliega el glorioso estandarte sobre las trincheras ¡ganadas por el sacrificio y el heroísmo de sus abnegados hijos!

El valiente soldado José Manuel Oñate es el primero que salta al interior del fuerte.

Pero la toma de esta fortaleza no era sino el prólogo del sangriento drama. Acto continuo de su ocupación por los nuestros, inmediatamente que la llama rojiza del polvorazo anunció su abandono por los peruanos, una granizada de balas cayó sobre él desde otra trinchera no menos formidable, colocada en una altura dominante inmediata que seguía a retaguardia.

La lucha volvió así a empeñarse de nuevo con mayor ardor contra tropas enemigas de refresco y las replegadas del fuerte recién tomado.

Los parapetos peruanos no podían servir a los nuestros ni para tomar tras de ellos un pequeño descanso. Estaban construidos de manera que en ningún caso pudieran utilizarse con el fin de ponerse a cubierto de los fuegos del siguiente fuerte dominante.

Aquello era espantoso, era terrible. Cada victoria, cada acción heroica, cada jornada sangrienta y encarnizada, resultaba ser forzosamente el preámbulo de otra mucho más cruda, mucho más difícil, ¡mucho más cruenta y horrorosa!

Nuestros soldados se veían siempre acosados y al frente de las alturas arenosas, donde la planta se enterraba y apenas era posible ascender, más por eso no se desmayaban. El sudor amasado con el polvo tenía desfigurados sus rostros, agitada su respiración, entrecortado su aliento, cansados sus miembros. Ellos no se detenían, y abandonando tras de sí la fortaleza tomada, continuaban con paso marcial. Sin atolondrarse, sin arredrarse, sin alarmarse, sin dar la menor muestra de vacilación ni desaliento a estrechar y desalojar, a matar al enemigo en sus nuevas y más formidables posiciones.

El Buin, el Esmeralda y el Chillán por una parte, y el Lautaro y Curicó por otra, se batían entre tanto, avanzando animosos y a pecho descubierto y cuesta arriba, a trepar sobre las trincheras, desde las cuales salían torrentes de fuego y millares de millares de balas mortíferas.

Nada les detenía ni les amedrentaba ante su voluntad inquebrantable de derrotar a los peruanos, sobreponiéndose a todo el poder que les daban sus formidables muros.

En momentos en que el Buin subía y subía con el aire marcial chileno, un ayudante del ministro de Guerra, el mayor don Alberto Stuven, recorre las filas y dice:

- ¡A nombre del ministro: el grado de capitán al primer soldado que clave la bandera en la cima del fuerte!

Acto continuo un sargento, Rebolledo, cuyo nombre se me escapa, desenvuelve su banderola de guía, la enarbola en alto, y al paso regular, se lanza en demanda de la gloria.

La hermosa banderola debía hacerle el blanco de los fuegos enemigos; pero él no se altera por eso. Al contrario: con el estoicismo más sorprendente, marcha, marcha, marcha, precediendo el triunfo de sus indomables compañeros y sirviéndoles de guía.

La palabra es insuficiente para pintar arrojo tan temerario: aquel fantasma de la guerra tenía atraídas sobre sí todas las miradas de los observadores: los anteojos no le perdían de vista, y no faltaba quien exclamase:

- ¡Que imprudencia! ¡Llevar la bandera tan avanzada!

Ni flaquearon las piernas ni trepidaron las manos al heroico sargento, y llegó impertérrito, el primero siempre, hasta el último atrincheramiento, y gritando en medio del estruendo aterrador de la pólvora, ¡viva Chile! plantó su bandera, produciendo el pánico y la confusión del enemigo que, medio minuto después, abandonaba el formidable reducto perseguido por las bayonetas de los vencedores.

El Esmeralda entre tanto, marchaba a dar cumplimiento a su difícil misión.

La misma serenidad, el mismo arrojo y abnegación.

Los peruanos se defendían con denuedo, con temeridad desconocida, y no les escarmentaba la pérdida de sus demás posiciones.

Arrojaban iracundos una lluvia espantosa de fuego sobre el valeroso regimiento, cuyas bajas aumentaban por instantes; pero a medida que los fuegos se hacían más recios y desesperados por la proximidad, mayor era la decisión y más grande la voluntad de los *esmeraldinos* (como se llaman entre sí) para dar un día de gloria a la patria.

La distancia entre ambos pertinaces combatientes fue estrechándose en medio del estruendo unísono e interminable de los disparos de cañones, ametralladoras y rifles, hasta que llegó el momento de poner término a la acción...

Los fuegos de parte de los nuestros parecieron apagarse, pero un instante después, ellos, a bayoneta calada, trepaban por diferentes puntos, por todas partes las trincheras del reducto, y se lanzaban en persecución del enemigo que huía cerro atrás en la confusión más grande y fusilado por la espalda.

Entre tanto, al Valparaíso y al 3º les tocaba también su buen jirón de gloria común.

El comandante Martínez, de Zapadores, mandaba la reserva, y en conformidad con órdenes superiores, ordenó correrse al 3º de Línea a la izquierda y al Valparaíso a su derecha, guardando los Zapadores el centro; movimiento ejecutado creo en actitud de protección a los demás cuerpos empeñados en la batalla.

Como entre las alturas asaltadas había claros más o menos extensos, detrás de los cuales se veían siempre nuevas y multiplicadas eminencias fortificadas, cúpoles al 3º de Línea y al Valparaíso hacer también su fatiga. El primero de los dos cuerpos nombrados encontró una larga trinchera enemiga, de la cual no tardó en apoderarse a sangre y fuego, después de un combate reñidísimo, yendo más tarde a confundirse en mucha parte con sus demás covencedores de la izquierda.

El Valparaíso marchó en la dirección que se le había señalado, y encontró cerrado su paso por un reducto defendido también por cañones enemigos. Enfrentarlo, desplegarse en batalla e irse a fuego vivo sobre él, todo fue uno.

La resistencia fue tenaz, pero superior el empuje y resolución de los agresores, que bien pronto se encontraron dueños del fuerte y con el paso franco hacia el valle que tenían delante, al cual se dirigieron cayendo los primeros a su campiña. En ella había también tropas enemigas en desorden, que parapetadas

en tapias ocultas en el seno de los bosques disparaban sobre los valientes del Valparaíso: mas los rotos porteños no se cuidaban mucho de las balas peruanas, por que habían encontrado un entretenimiento agradable a su paso: habían encontrado un sandial, y querían refrescarse un poco de sus fatigas y apagar su sed. ¡Realizaron su propósito con una serenidad solo propia de nuestros soldados, y en seguida ahuyentaron a los acobardados y deshechos enemigos que habían estado molestando!

Casi acto continuo llegaron allí también los Zapadores, los cuales marcharon los primeros, un momento después, a ayudar a la primera división en su ardua tarea, dirigiéndose a tomar el gran fuerte de Chorrillos por la falda norte de la última cuchilla del morro Solar que lo sustenta.

El Lautaro había trepado ya el elevado cerro de la derecha y desalojado de allí a sangre y fuego al enemigo, en combinación eficaz con nuestra bien dirigida artillería, en tanto que el Curicó era dueño de las posiciones fortificadas que le cupo atacar y que atacó y tomó sin trepidar.

Los bravos del Buin y del Esmeralda hacían flamear el tricolor triunfante sobre los morros artillados y atrincherados, con dobles cinturas de fuego, que les fuera designado de antemano, y el Chillán había cumplido gloriosamente su brillante comisión con el mismo denuedo y empuje de sus demás compañeros, pues no parecía sino que todos eran émulos de sus virtudes entre sí; y procuraban imitarse mutuamente en sus grandes pruebas de valor y de sacrificio.

El enemigo fue arrollado y vencido en todas sus posiciones del ala derecha, a pesar de su firme resistencia, de sus constantes refuerzos, del doble sistema de orden de defensa de sus posiciones, y de hallarse nuestros soldados en la hora del combate, trasnochados, rendidos y fatigados con su larga y pesada marcha a pie desde Lurín.

### SANCE COMM

En la entrada del valle de San Juan, que es uno con el de Chorrillos, donde los peruanos tenían su depósito de reservas, ocurría al mismo tiempo otra escena no menos sangrienta y digna de admiración.

Nuestras caballerías, en su afán de hallar la oportunidad de cargar sobre el enemigo y de cooperar eficazmente al mejor éxito de nuestras armas, obedeciendo también a ese empeño espontáneo que ostentaban todos los individuos del Ejército para glorificar a Chile en momentos de tan durísima prueba, habían tomado Carabineros por el flanco derecho y Granaderos por el izquierdo, a gran distancia de los morros fortificados que defendían las avenidas de San Juan, y ganado el lado de este valle por donde el enemigo en derrota debía necesariamente retirarse a una u otra parte.

Los Carabineros de Yungay, al entrar al valle, divisaron a su derecha la caballería peruana; pero esta huyó en el acto, al simple amago de dirigirse hacia ella.

Volvieron entonces bridas nuestros bizarros jinetes, siempre por la costa del llano, en dirección a la retaguardia de los que se batían sobre los morros, y divisaron luego a su derecha una cantidad de tropas de la reserva peruana en unos potreros, tropa que rompió sobre ella sus fuegos de fusilería parapetándose tras de las murallas.

El comandante Bulnes y su segundo el comandante Alcérreca, ansiosos de arrollar a los enemigos bajo la planta de sus caballos, mandaron inmediatamente a la carga dos escuadrones por dos puntos distintos. Una acequia anchísima y profunda les impedía desde luego el paso; pero la fuerza de la voluntad de los jinetes y el brío de los corceles, que parecían comprender a sus nobles amos, salvó en el aire este primero y grave inconveniente...; mas encontraron en seguida el de paredes que les cerraban el camino.

¡Oh! ¡Querer es poder! Y nada era bastante a detener en su empeño a los dos denodados comandantes y su valeroso regimiento. ¡Adelante! Se dijeron; y las paredes fueron rotas en varias partes, a caballazos aquí, a sable y a empellones más allá; y los carabineros, después de haber soportado largo rato y con no pocas pérdidas el fuego desesperado de los peruanos frescos de la reserva, penetraron en el recinto extenso que los abrigaba.

Entonces empezó el combate de arma blanca. Los sables de nuestros heroicos carabineros, perfectamente alistados, cortaban sin compasión cráneos, cerebros, caras, orejas, gargantas, brazos, hombros, y en pocos minutos el potrero quedó sembrado de cadáveres sin cuento. Tras una pared se rompió otra, y pasando de este potrero a aquel, los Carabineros de Yungay destrozaron, anonadaron, concluyeron una gran parte de la reserva peruana.

Otro tanto hacían a su vez los Granaderos en sitio semejante que tomaron de su cuenta, más a la izquierda de los de Yungay, manifestando igual empuje y bravura para dar el triunfo y la gloria a las armas de la patria, sembrando la alfombra verde del valle de cadáveres mutilados por el golpe tremendo de sus sables.

Desgraciadamente, los Granaderos anduvieron menos afortunados, aunque no menos meritorios y eficaces, pues tuvieron la desgracia de ver caer a su animoso comandante don Tomás Yávar, herido mortalmente en medio de la carga.

# ~~**~~**~~

Nada he dicho aún de los valientes coquimbanos ni de los decididos hijos de Melipilla, que también han ejecutado sus escaramuzas y tenido gran parte en el sangriento drama de esta batalla colosal. Son tan múltiples los acontecimientos, tan diversos los puntos atacados, tan vastas e innumerables las pruebas de valor y de patriotismo que se presentaban en todas partes, que es difícil poder guardar una síntesis correcta en el desarrollo de los sucesos.

Es justificable que incurra en omisiones, que se me escapen episodios hermosos, que me turbe, que me confunda; ¡porque mi cabeza es un océano de recuerdos y mi corazón un mundo de emociones y de satisfacciones por la inmensa gloria que acaba de ganar Chile!

El Regimiento Coquimbo y el Batallón Melipilla, ambos al mando del jefe del 1º por ser más antiguo, marcharon por el camino de la playa, como dije al principio, con el punto ya designado de sus operaciones.

El camino en cuestión, al llegar cerca de la desembocadura del río Surco que pasa por Villa, se interna y sigue para Chorrillos, dejando las casas de Villa a la izquierda. Pero los dos regimientos expresados no siguieron el camino en esta última parte, y tomaron por la orilla del mar siempre, pisando verdaderamente sobre el agua, o sobre la arena que la ola dejaba mojada al retirarse.

Villa, según ya lo dije y lo repetiré, es una hacienda de potreros que tiene unas casas de campo de primera clase: casas sumamente espaciosas, rodeadas de rejas de fierro y jardines, de dos pisos y con un elevado mirador en forma de cúpula o de rotunda.

El valle de Villa es una faja angosta y larga de vegetación; principia a la orilla del mar por un espesísimo totoral de veinte cuadras de anchura, más o menos, y continúa hasta Chorrillos hasta terminar sin pie de unas lomas, en una ensenada de potreros, de seis a siete cuadras de latitud. Por la orilla derecha de esa ensenada es por donde va el camino real.

Los peruanos no querían otra cosa que defender ese camino y todas sus avenidas posibles, de manera que tenían encerrado a Villa entre trincheras construidas a la derecha, al frente y una parte de la izquierda. Villa está en un bajo circunvalado por cerrillos y lomas, siendo las de la izquierda, formadas por el faldeo del elevado morro Solar.

Hacia esta parte había una gran trinchera defendida por cuatro cañones imitación Krupp, y una ametralladora de bronce, destinada como he dicho antes, a impedir nuestra marcha por el costado derecho y a proteger y coadyuvar la resistencia de los demás fuertes.

No se imaginaron los peruanos que fuerza alguna nuestra viniese por la orilla del mar a estrellarse con el casi inaccesible morro Solar, ni creyeron tampoco que nuestra escuadra se cuidase gran cosa de Villa. He ahí su error, que les costó bien caro.

Cuando el 4º de Línea y el Chacabuco se batían contra el primer fuerte de la izquierda, fuerte que miraba a Villa, recibió fuegos vivísimos de flanco, por el lado del valle; fuegos que no debía contestar, porque habría tenido que desbaratar todo su plan. Pero así que vino el día mientras el Coquimbo y el

Melipilla procuraban ganar la retaguardia de las trincheras que había a la falda del morro, según lo he explicado, nuestra escuadra lo bombardeaba con fuego oblicuos sobre el centro, de ametralladora y cañón, arrojándose granadas que iban a caer dentro del mismo parapeto, que causaban por supuesto grandes estragos al enemigo.

El Coquimbo, intertanto, había desplegado una guerrilla de cien hombres por la retaguardia de la tal trinchera, y cerro abajo, mientras se tomaban posiciones más dominantes con el resto de la fuerza.

Los cholos comprendieron que su situación era pésima, pues tenían enemigos de tierra por dos partes distintas, fuera de las bombas y ametralladoras con que los acosaba la escuadra. Entonces, y sin esperar más, como viesen que el 4º de Línea y el Chacabuco se dirigían al trote sobre los cerrillos fortificados de la cabecera de Villa, abandonaron a toda prisa sus posiciones, dejaron la extensa trinchera sembrada de cadáveres, y se corrieron sobre su izquierda a replegarse a las fortalezas que amagaban ya los dos cuerpos expresados.

Los cuatro cañones quedaron en aquel punto, abandonados, exceptuando la ametralladora, que la arrastró a la cincha, sin duda por ser muy liviana, un oficial peruano.

Desembarazados de este enemigo y bajo los fuegos que desde las alturas del morro Solar dirijan los cholos a los del 4º y Chacabuco, el Coquimbo y el Melipilla contramarcharon por la falda del empinado morro, en demanda de algún punto posible descenso.

El morro Solar es un cerro enorme, cortado en algunas partes a piques, lleno de quebradas y cuchillas que arrancan de un mismo centro y terminan a corta distancia en desfiladeros escarpados. Solo tiene dos subidas que no pueden tampoco llamarse fáciles, en razón de su rapidísima pendiente: la primera es un camino construido exprofeso para la guerra y de tal manera, que nadie podría subir por él bajo los fuegos de la cima: este camino va formando *zigzags* demasiado largos, pendientes y perfectamente simétricos; y en toda su extensión estaba dominado por dos ametralladoras bávaras y dos cañones de retrocarga, artillería de campaña, que se veían en una parte saliente de la cumbre y hacia la derecha. El otro camino baja desde la cumbre por sobre el lomo de una cuchilla y va a terminar en el fuerte de costa que se llama propiamente el morro de Chorrillos, situado a la orilla sur del mismo pueblo. Por esta vía es por donde habían subido las ametralladoras y cañones de grueso calibre que tenían en diferentes partes, las más dominantes de la cima del gran cerro.

Era cosa de maravillarse ver como habían podido llevar gruesa artillería a tanta altura y por pendientes tan rápidas. Yo no he atinado a explicármelo: he visto el camino ancho y sin curvas, en partes muy poco menos que a pique: de trecho en trecho este camino tenía en el centro fuertes machos de madera

enterrados, que apenas dejaban un pie sobre la superficie, destinados sin duda a servir para la amarra de las cureñas o carro o vehículos transportadores de los cañones.

El morro Solar tenía en todo su frente de la derecha, pues el de la izquierda da al mar, tres ametralladoras bávaras de oscilación, cuatro cañones de acero de campaña y uno de a 200; y en la parte de Chorrillos en la parte que forma lo que se llama el morro de Chorrillos, tenía un cañón de a 500 y uno de 70, ambos abocados a tierra, pues habían estado haciendo fuego sin cesar a los nuestros.

Hacia el lado de Villa tenía también una ametralladora bávara que dominaba el frente y los flancos en el extremo sur del gran cerro.

Fácilmente podrá hacerse cargo el lector de la calidad de fortaleza que era el morro Solar, sobre todo si considera que estaba defendido por sus fuerzas propias y las que se le habían replegado durante el combate y derrota de las demás fortalezas. Tenía los batallones peruanos siguientes:

Guardias de Lima, Nº 1.

Cajamarca, Nº 3.

Ayacucho Nº 5.

Trujillo Nº 7

Callao Nº 9.

Jauja Nº 13.

Ica Nº 15.

Libres de Trujillo Nº 17.

Paucarpata Nº 19.

El Melipilla y el Coquimbo, que estaban muy lejos de saber la inmensa superioridad numérica que dominaba las alturas en posiciones inexpugnables, empezó su ascenso por el lado de la playa, hacia la ribera del mar, marchando con lentitud interminable y obligada. En partes los soldados tenían que clavar su yatagán para poder sostenerse, según era la pendiente del terreno, y en ocasiones tenían que lanzarse por pasos estrechos donde los lograban a mansalva las ametralladoras del enemigo.

No obstante, nuestros valientes subían y subían, en demanda de los peruanos, para luchar cuerpo a cuerpo con ellos.

Dejémoslos en su penoso camino, que es demasiado largo, que tiene descansos obligados y que parece no alcanzar nunca a la cima.

Trasladémonos otra vez a las demás fortalezas.

#### 

Dejamos al 4º y al Chacabuco batiéndose heroicamente contra la nueva serie de fortificaciones y trincheras que el enemigo tenía después de las que cubrían su línea del frente.

El jefe del segundo de estos cuerpos, coronel Toro Herrera, había sido herido por una bala de rifle que lo atravesó de flanco.

El golpe lo recibió creo que subiendo a la loma donde el enemigo tenía sus parapetos; pero eso no obstó para que siguiera siempre mandando su tropa durante una hora más, hasta que le inutilizaron sucesivamente los dos caballos que tenía de batalla. Acontecía esto cuando la segunda línea de trincheras de la cima estaba ya en nuestro poder, momento en que Toro Herrera entregó el mando de su cuerpo al segundo jefe, teniente coronel Zañartu, quien cayó un instante después herido mortalmente en el estómago.

El 4º de Línea no cejaba un paso en su ardimiento y empeño; el comandante Solo Zaldívar dirigía entonces el ataque con su imperturbable serenidad de siempre. Los peruanos, sin embargo, se resistían de una manera tenaz, y aún tenían dos hileras más de trincheras para su defensa.

La lucha era ardua, era horrorosa: nuestras bajas se habían centuplicado en un momento, a causa del nutrido fuego de ametralladora y de rifle que los cholos hacían de flanco a los nuestros, desde un fuerte del morro Solar que miraba al valle y que estaba hacía el lado de Chorrillos.

La jornada se iba haciendo a cada instante más cruenta y difícil; pero un momento después empezaron a llegar los vencedores de los demás morros, aunque sin orden de formación, a reforzar a sus compañeros: llegaban del Atacama, del 2º de Línea, del Talca, del Colchagua, de la Artillería de Marina, y con el empuje común, en un instante cayeron en nuestro poder todas las fortificaciones enemigas con sus cañones y ametralladoras, excepto las del morro Solar, que seguían fusilándonos.

### ~~~~~~

Tras de cada triunfo quedaba siempre otra batalla; y esta tenía que ser más tremenda que las precedentes, porque los combates, a pesar del triunfo, siempre debilitan la fuerza: la debilitan por las bajas, por los rezagados, por el cansancio, por la extenuación.

Iba a comenzar una lucha tremenda y desigual, casi imposible para los nuestros. Las fuerzas enemigas se habían concentrado al elevado cerro dominante de todos los demás; y acordonadas en sus alturas, y atrincheradas en derredor del fuerte de que he hecho mención, hacían un fuego de fusilería, de ametralladoras y de cañones, verdaderamente terrible, sobre los bravos rotos, que no tenían por donde avanzarlos, a no ser con sacrificios que en aquellas circunstancias eran físicamente imposibles.

La brigada de artillería del mayor Gana, que tan grandes servicios había prestado durante la batalla, cambiando varias veces de posiciones y enviando a puñados la muerte y el destrozo a las fortificaciones enemigas, se había colocado en una altura al lado de las trincheras últimamente conquistadas. Estaba, puede decirse, a tiro de rifle del fuerte peruano, y empezó a batirlo con el mismo acierto y pujanza de siempre.

Pasó una hora, pasó otra hora, y el tiroteo no cesaba un instante. Ni la fusilería ni artillería enemiga apagaban sus fuegos, ni los nuestros disminuían un punto la viveza de los suyos. La mortandad era notable en nuestras filas, y especialmente el número de heridos. Todo esfuerzo parecía imposible para hacer ceder a los peruanos: veían desde la altura que nuestro Ejército estaba adueñado hasta de sus penúltimas posiciones y trincheras, pero eso no les persuadía de la inutilidad de la resistencia, ni les aconsejaba ahorrar sacrificios estériles.

Por fin llegó para los nuestros un momento de inquietud. Las municiones de la artillería se habían agotado, y esta, obligada a apagar sus fuegos por falta de elementos, tuvo que quedar en silencio.

Los ayudantes del valiente e impertérrito coronel Lynch se desplegaron en todas direcciones en demanda de municiones de artillería y de rifle, puesto que aquellas se habían concluido y estas amenazaban también extinguirse.

No podía suceder de otra manera, que ya eran las diez y media del día, y se había peleado sin descansar un minuto, desde las 4.55 de la mañana.

Cinco horas y media de combate incesante y de disputar palmo a palmo el terreno y sus fortalezas al enemigo.

Encontróse por fortuna un cajón con cuarenta tiros de artillería de montaña, los cuales fueron traídos y aprovechados inmediatamente, disparándolos sobre el enemigo. Pero a las once no había ya con que disparar por nuestra parte... Y por la misma razón el enemigo arreciaba, centuplicaba sus fuegos con vehemencia desesperada.

Entonces nuestra artillería, que estaba siendo inútilmente fusilada, se retiró hacia un bajo, y por algunos de nuestros soldados se murmuró la desconsoladora palabra derrota... que tuvo origen en los labios

de una mujer. Los peruanos, que no perdían movimiento a sus adversarios notaron alguna confusión en nuestras filas y que nuestros fuegos eran sumamente débiles: comprendieron el agotamiento de municiones, y en el acto mandaron una fuerza de Chorrillos que viniera a flanquearnos por el bajo, en tanto que de las alturas empezaban a descender hacia los chilenos...

¡El momento era verdaderamente supremo!

#### 

Inmediatamente el coronel Lynch, jefe de la división, los coroneles Amunátegui, Martínez y Urrutia pusieron en juego toda su actividad para reorganizar las filas y tentar de nuevo el ataque. Corre para acá, corre para allá, y en pocos momentos toda nuestra línea estaba otra vez cubierta y amunicionada, aunque con muy pocos tiros por hombre. Uno o dos ayudantes habían volado en demanda de la reserva, y el combate se trabó de nuevo, dando tiempo a que el auxilio llegase.

Los enemigos que se habían destacado hacia nuestro flanco derecho retrocedieron para Chorrillos, en presencia de una compañía que se desplegó a encontrarlos, manteniéndose el fuego con los de la altura, que asimismo se replegaron rápidamente al fuerte, a donde los nuestros empezaron resueltamente a encaminarse.

### ~~~~~

Recompuesta así nuestra situación, y en lo más difícil de poder continuar su sostenimiento, aparecieron a la vista los cuerpos de la reserva, los de la segunda división, y aún los de la tercera, que no habían tomado parte en el gran combate de la mañana.

El General en Jefe mandó proteger con toda oportunidad la bizarra división Lynch y ayudarla a completar sus triunfos espléndidos obtenidos en larga sucesión desde las primeras horas del alba.

# $\sim$

El Regimiento Zapadores tomó por la falda norte de los cerros el camino que conduce a Chorrillos, trepando a poco andar por el faldeo, con el ánimo de flanquear la izquierda enemiga. El Valparaíso se echó en larga fila morro arriba por el pendientísimo *zigzag* para ganar la altura del Solar por el centro precedido por soldados de Lynch. El Santiago se dirigió camino oblicuo hacia el morro de Chorrillos, y el comandante Holley del Esmeralda, con un puñado de hombres de su regimiento, corrió como en dirección a Barranco, adelante de Chorrillos, a contener una segunda fuerza de reserva que por el tren venía de Lima en protección de los suyos.

El bizarro Regimiento Aconcagua, del cual unas dos compañías habían apoyado nuestra artillería del ala derecha en la Batalla de San Juan, llegó también al teatro de los sucesos por el lado del valle, y de esta manera, una acción general que es difícil seguir en todos sus detalles, volvió a empeñarse con brío y con ardor.

Los peruanos, reforzados por fuertes contingentes llegados de Lima antes de la cortada que atrevidamente les hizo el Esmeralda, habían cobrado nuevo aliento, contando con la inaccesibilidad del escarpado y alto cerro donde tenían sus fortalezas y parapetos.

En lo recio del combate, el general Baquedano pasó por la línea de la primera división, saludando a los cuerpos que habían peleado todo el día con tanto denuedo y heroísmo, y ese acto acrecentó el estímulo y avivó, si es posible el valor de nuestros bravos.

# SON CONTRACTOR

Entretanto, la artillería de campaña y las demás de montaña, que desocupadas en mucha parte de los triunfos en que les había cabido no poca gloria, llegaban al valle por el lado de San Juan, y se afanaba en tomar posiciones para batir los fuertes en que los enemigos tenían sus postreros atrincheramientos.

Pronto se colocaron convenientemente, y entonces, torrentes de fuego certero y mortífero volaban en descargas cerradas, hacia el castillo del puerto de Chorrillos, haciéndolo perderse a cada instante entre los torbellinos de polvo que levantaban las granadas al reventar en su seno o a su alrededor. El castillo, casi postrer baluarte y última esperanza de los peruanos, contestaba a su vez pero con la monotonía de un enfermo que agoniza y va a toda prisa decayendo.

A las 11.40 a.m., un cordón espeso de gente trepaba la cima del gran morro por el costado sur de la playa. Casi al centro de la línea se veía un hombre a caballo que llevaba en alto una gran bandera cuyos colores no se percibían con claridad a la simple vista; pero el anteojo me enseñó bien pronto que esa bandera era el glorioso tricolor chileno, conducido a las alturas y al frente del enemigo por los del Coquimbo y del Melipilla. Mas en ese numeroso y extenso grupo no iba ya el ínclito jefe coquimbano don José María Soto: había caído un momento antes, durante el ascenso, herido por el plomo de los enemigos, por cuyo accidente la fuerza obedecía al jefe del Melipilla, señor Balmaceda. Llegados a la cumbre, los dos cuerpos se desplegaron en dispersión y se trabó un combate con los elevados cholos, los cuales empezaron a oblicuar hacia el lado del mar.

Un instante después, algunos soldados y jefes de la 1ª división y el compacto Regimiento Valparaíso, empezaron a coronar también la alta cima por el lado casi opuesto, por el camino de

zigzags que se veía en frente de Villa, encerrando a los peruanos de la altura en un ángulo cuyos lados lo formaban el Coquimbo y el Melipilla, por una parte, y el Valparaíso y demás compañeros, por la otra.

Este movimiento y la aparición casi simultánea de tropas chilenas en la cima, desconcertó en el acto a los desengañados cholos, quienes, abandonando sus ametralladoras inamovibles y sus cañones de la izquierda, que había corrido a tomar el Valparaíso, huyeron por las cuchillas de las cumbres en completo desorden, precipitándose algunos por los desfiladeros a la playa, y otros ganando por el lado del mar la incorporación de los que todavía defendían el reducto del morro de Chorrillos, ayudados por tropas parapetadas dentro de la población. (Era la 1 p.m.).

Pero bien pronto se vieron por completo flanqueados en todas direcciones y con la retirada cortada. El Santiago y Zapadores caían sobre los últimos baluartes, confundidos con individuos de otros cuerpos y con mucha parte del 3º de Línea, en tanto que los fuegos de nuestra artillería apagaban del todo el de los cañones peruanos.

El triunfo fue así consumado en el morro Solar y sus empinadas y altas ramificaciones, que defendieron los peruanos con un valor que parecía desesperación y palmo a palmo, hasta que vieron a nuestros rotos frente a frente en las encumbradas cimas, guaridas donde habían creído ser invulnerables contra todo exceso de arrojo y de valor humanos.

Allí cayeron prisioneros once primeros jefes, ocho jefes segundos, y varios oficiales de los cuerpos que nos habían peleado con tanta tenacidad, encontrándose entre ellos el ministro de la Guerra del Perú, coronel Iglesias, y el coronel Piérola, hermano del dictador. Allí tomó el Santiago un estandarte enemigo, cayendo más tarde otro en poder del mayor don Alberto Stuven, ayudante de nuestro ministro de la Guerra coronel Vergara: estandarte que pertenecía, según su inscripción a los Zuavos de Lima, uno de los batallones mejores con que el dictador protegió a sus tropas del morro Solar.

He aquí la lista de los jefes y oficiales peruanos tomados en esa acción en el acto del triunfo:

Coronel don Miguel Iglesias

- " "Guillermo Billinghurst
- " " Carlos Piérola
- " " Manuel R. Cano
- " " Justiniano Borgoño
- " " Miguel Valle Riestra
- "" Juan Benavides
- " " Francisco Mendizábal
- " " Miguel Cegarra

# Coronel don Fabián Marino

" " Arnaldo Panizo

Tte. Cnl. don Benjamín Novoa

- " " Juan Fajardo
- " " José Rubio
- " " Pablo González
- " " Guillermo Mercado
- " " Arístides Mejía
- "" Juan M. Raygada
- " " Manuel Descalzo

Sgto. May. don Federico Bautista

- " " J. Vicente Villaran
- " " Manuel Arce Funes
- " " José H. López
- " " Lorenzo González
- " " Medardo L. Losada
- " " Manuel Hurtado Aza
- " " Manuel Alegre

Capitán don José G. Angulo

- " " Luciano del Castillo
- " " Moisés Mondoñedo
- " "Francisco Larrosa
- " " José Manuel Echenique
- " " Isidoro Benavides
- " " Manuel R. Cornejo
- " " Santiago González
- " " Andrés J. Campo

Subte. don Samuel Bautista

- " " Carlos E. Bustamante
- " " Carlos B. Mendizábal
- " "Germán Ortiga
- " " Juan F. Valera
- " " Guillermo Zelada
- " "Bernabé Mondoñedo
- " " Fernando Calvo
- " " Alfredo Rodríguez

Antes de pasar más delante, debo explicar por qué se encontraban los cuerpos de la 2ª y 3ª divisiones en el valle de Chorrillos, de modo que pudieran cooperar con toda oportunidad a la completación absoluta del triunfo de la división primera.

Los regimientos Buin, Esmeralda, Chillán y Lautaro, como lo dije en otro lugar, cargaron sobre una sucesión de cuatro elevados cerros perfectamente fortificados que el enemigo tenía a su derecha. El más elevado de estos cerros, el que trepó el Lautaro, no estaba artillado según algunos, pero dirigía fuegos mortíferos sobre el Buin, Esmeralda y Chillán con cañones que a mi entender, era de mucho calibre.

Nuestra bizarra artillería dirigía de vez en cuando sus descargas de granadas a la altura mencionada, en tanto que el Lautaro, bajo baterías del cerro mismo se encaminaba a las alturas.

Cuando nuestro lucido regimiento llegaba a la cumbre los fuegos eran ya débiles, debido a los destrozos causados en el fuerte por la artillería chilena. El Lautaro se apoderó del reducto a viva fuerza, con ese valor y serenidad que ha sabido desplegar siempre que le ha tocado combatir por la patria.

Al Curicó le había cabido también la suerte de tener parte en la gloria general; pues unas compañías suyas desalojaron bravamente una fuerza peruana atrincherada y artillada que guardaba la falda de un cerrillo con el ánimo de impedirnos el paso hacia el valle.

El Esmeralda y el Buin habían tomado respectivamente dos reductos formidables sobre morros con dobles cinturas de fuego sostenido desde parapetos formados exprofeso, y desalojado al enemigo de una larga sucesión de trincheras en las alturas, hasta derrotarlo absolutamente, haciéndole gran número de bajas. El Chillán asimismo había limpiado de cholos el cerro fortificado que le cupo asaltar, no siendo menos su valor y entusiasmo que el de sus infatigables compañeros.

Todos esos cuerpos, después de consumar su espléndida victoria, se dejaron caer al ancho valle de Chorrillos y se lanzaron sobre la izquierda, con el ánimo de dar también una *manito*, como vulgarmente se dice, a sus denodados compañeros de la primera división, que se batían con un tesón y bravura admirables.

El Batallón Victoria y los cuerpos que marchaban con la tercera división habían tenido hasta ese momento la mala fortuna de no participar del sacrificio común, de no tener ocasión para lucir su valor y dar saciedad a su voluntad decidida de derramar también su sangre por la patria.

La tercera división había descendido asimismo al valle hasta juntarse con la segunda y en seguida con la primera, pudiendo de este modo el Santiago y el Aconcagua tomar parte en los últimos momentos de la agonía del poder enemigo concentrado en el morro y pueblo de Chorrillos.

Desalojados los peruanos de esta última posición en el fuerte del morro de Chorrillos, (a las 2 de la tarde) se reconcentraron en el pueblo con sus últimos restos, haciendo fuego desde las azoteas, casas y ventanas, sin orden y aun creo que sin propósito ya de resistir. Más bien eran los tales fuegos de gente dispersa y acaso embriagada. Con este motivo la población fue teatro de guerra, de incendio y de muerte. Felizmente estaba deshabitada de pobladores pacíficos y convertida solo en un vasto castillo enemigo.

En algunas calles, sobre todo en las que corren al pie del morro del fuerte, se había desarrollado el incendio, producido sin duda por las bombas de la artillería y fuegos de la escuadra, que forzosamente tenían que cruzarse en la orilla norte del morro y discurrir por la población.

Nuestros soldados, diseminados en guerrilla, penetraron en las calles persiguiendo al enemigo, que no cesaba de hacerles bajas disparando a mansalva desde las ventanas, balcones y puertas, pero nunca de frente, sino siempre por detrás; cosa que producía grande irritación en los vencedores.

A las 4 p.m., aún se oían los últimos disparos. Las calles de Chorrillos presentaban un aspecto horroroso: las llamas del incendio habían tomado gran incremento, merced al excelente combustible que les ofrecían a porfía los hermosos palacios que embellecían la población. No había una sola avenida, una sola cuadra, un solo pasadizo, donde no hubiesen cadáveres de peruanos o de soldados chilenos, bien que de estos últimos era inmensamente menor el número.

En el mirador de una lindísima casa de dos pisos se veían apostados unos cuantos cholos que fusilaban a nuestra gente con toda impunidad, pero apenas dejaban ver los rifles con que disparaban de mampuesto. De un grupo de seis soldados nuestros hirieron a uno y mataron a otro en un momento: los cuatro restantes se lanzaron en demanda de venganza por sus compañeros. Penetraron en la casa lujosamente amueblada, y la encontraron solitaria. Buscaron las escalas para trepar el segundo piso, y las hallaron cortadas exprofeso.

¡Oh! aquellos hombres rugían de coraje al no encontrar camino por donde llegar hasta los enemigos. ¡Los desafiaban, los provocaban, los injuriaban, y nada!

Los peruanos estaban en el mirador, aislados adrede de los demás pisos.

¿Qué hacer? ¿Cómo dejar impunes a los que de esa manera habían discurrido su invencibilidad? Pero los rotos saben darse maña para salir siempre airosos de sus aprietos.

- ¡Ah! ¡Los de arriba! Gritó uno de ellos saliendo al patio: ¡Si no bajan las escalas, incendiamos la casa!

Óyese por respuesta la detonación de un rifle; eran los de arriba que en ese momento disparaban en otra dirección.

Media hora más tarde, la casa toda era una hoguera, y los cuatro rotos, con el arma lista observaban desde la calle al mirador.

Los peruanos estaban arriba en gran confusión, desengañados de que la cosa no era para jugar con la pólvora.

Al fin los cholos, en el último trance de la desesperación, se precipitaron balcón abajo a la calle... Se mataron como la víbora encerrada en un corral de rescoldo...

#### 

Los enemigos no tenían derecho alguno para esperar conmiseración de los nuestros, desde que no habían perdonado medio de ocasionarles tormentos cruelísimos. Con ese fin, no solo habían sembrado de polvorazos y minas los frentes de sus trincheras, sino que no habían tenido escrúpulo para colocarlas hasta en las orillas de las acequias, a fin de que se abrasen los que fueran a ellas atraídos por la sed.

Casi en todas las alturas de los cerros inmediatos al campo del combate, allí donde creían que pudiera subir el Estado Mayor o algún observador de nuestra parte, había también multitud de polvorazos preparados. Yo encontré sobre un pequeño descanso, a la derecha del fuerte más alto que tomó el Atacama, un soldado del 2º de Línea que tenía una pierna abrasada. El me avisó que estaba aquello sembrado de minas, de lo que me cercioré desmontándome y viendo las *mechitas-cápsulas* por mis propios ojos. Las había por centenares en todas direcciones.

Era necesario, para no ser víctima de las llamas, renunciar a pararse en las apachetas y en las partes dominantes más útiles para la observación.

Yo no puedo hacer un cálculo del número de minas que estallarían en el campo de batalla durante el combate: fueron muchísimas: pero puedo decir con conocimiento cierto que tenemos entre los heridos un crecido número de quemados. Uno hay que no lo está, sin embargo de pertenecer al número de bajas por causa de los polvorazos. El caso de este soldado es raro, porque habiendo estallado una mina a sus plantas, y elevándolo a una gran altura, no lo quemó. Cayó el infeliz de pie, apoyándose especialmente sobre los talones, y de la caída le ha resultado una alteración en los órganos de la vista, que le hace ver todos los objetos duplicados.

### Sacrana Sacrana

Cuando el Regimiento Santiago junto con varios cuerpos y soldados de otros regimientos permanecían en el fuerte de la costa del morro de Chorrillos, donde había un cañón de grueso calibre abocado para

el campo de batalla, y el tiroteo y el incendio tenían convertida en hoguera la población, vi los prisioneros peruanos formados en número de setecientos sesenta y siete, que, a juzgar por las insignias de los kepís, pertenecían a distintos batallones.

El Ejército de Chile estaba trasnochado y sin almorzar hasta esa hora, y a pesar de que un pedazo de pan en esos momentos podía estimarse como una gran cosa, varios de nuestros oficiales y soldados que habían podido conservar algo de comer en sus bolsillos, participaban a los hambrientos cholos, que manifestaban estar muy necesitados de alimento y que no tenían embarazo en pedirlo con humildes súplicas, tratando a nuestros soldados de "Señorcito y tatitoy".

En esos momentos vi en manos del jefe del Regimiento Santiago un estandarte peruano hermosísimo tomado al enemigo, otro en poder de un oficial del 2º de Línea, tomado también en uno de los fuertes conquistados. Creo que era del Batallón Jauja.

Nuestras tropas no carecían de almuerzo hasta esas horas, no por imprevisión del Estado Mayor; muy lejos de eso: en el día anterior se les había dado doble ración de carne a todos los cuerpos del Ejército, con instrucción de que cocieran la ración para el día siguiente, a fin de que los soldados llevasen carne cocida en sus morrales. Así fue como se hizo en efecto; pero en las faenas de la batalla, en el pesado trabajo del consecutivo ascenso de la larga serie de morros recorridos a sangre y fuego desde el alba, nuestros soldados habían arrojado sus morrales para aligerar su cuerpo y dar mayor alivio a sus fatigados miembros.

## 

Los prisioneros peruanos fueron conducidos a una casa de dos pisos, la más espaciosa de cuantas he conocido hasta ahora, que está fuera del pueblo de Chorrillos, hacia el lado del barranco, y que llamaban los cholos *Escuela de cabos*; casa con anchos corredores embaldosados superiores e inferiores, con regios escalones de mármol y magníficas y multiplicadas habitaciones. Allí se hizo también el depósito general de heridos, de modo que al día siguiente había en el interior de dicha casa no menos de cuatro mil hombres, incluso el Regimiento Esmeralda, todos desahogadamente.

### ×××××××

El Esmeralda tomó también un estandarte en esa jornada memorable, aumentando con él el gran número de los trofeos que atestiguarán a las generaciones venideras las glorias inmarcesibles que acaban de coronar la frente inmaculada de la patria.

El sargento mayor don Alberto Stuven, al hacer prisioneros a unos soldados enemigos, recibió de manos de ellos el más rico y hermoso estandarte de los conquistados en esta gran batalla; el baluarte del

RECUERDO DE LAS BATALLAS DE CHORRILLOS Y MIRAFLORES ESCRITA POR EL CORRESPONSAL...

primer batallón peruano, de la joya del Ejército de la dictadura. Tiene un escudo espléndido bordado de oro, con dos grandes piedras purpurinas, y la siguiente inscripción:

# BATALLÓN NÚMERO 1 DE LOS ZUAVOS DE LIMA

Este importante trofeo iba a ser entregado al señor ministro Vergara.

De manera que, en lo que yo sé, se tomaron al enemigo cuatro estandartes en la batalla de Chorrillos, del modo siguiente:

Uno el Santiago.

Uno el Esmeralda.

Uno el 2º de Línea

Otro, uno de los ayudantes del ministro de la Guerra.

El comportamiento de jefes y oficiales en toda la línea de la batalla ha sobrepujado a toda legítima aspiración: ¡Han sido denodados, valientes, serenos, incansables, heroicos, chilenos!

El coronel Lynch, en las ocho horas menos cinco minutos de un sangriento y no interrumpido combate hasta la toma del elevadísimo e inexpugnable morro Solar, manifestó la más inalterable sangre fría, aun en los momentos en que el cansancio y el agotamiento de municiones hizo amainar un tanto a su heroica hueste. El recorría sus líneas, siempre impertérrito, ayudado por el valeroso coronel don Gregorio Urrutia, jefe de Estado Mayor de su división, quien parece haber nacido para no arredrarse ante los peligros de la muerte.

¡Honor a ellos, porque el país les debe especial gratitud y aplauso, como se los debe a todos los jefes, uno por uno, a todos los oficiales sin distinción y a la tropa! Entrar a hacer menciones especiales de guerreros sobresalientes, sería infinito, sería exponerse a la desequidad y a la injusticia; porque era tanto el denuedo, tal el entusiasmo, tan grande los esfuerzos por el triunfo y tan universales el anhelo y el afán por la victoria en los combatientes de nuestra parte, que sobresalieron todos juntos, alcanzando de consuno la más espléndida de las victorias sobre la más inaudita línea de defensa que jamás se haya presentado en guerra alguna de las conocidas hasta lo presente!

¡Ocho horas de combate rudo y encarnizado con las más ricas armas de precisión, son una enormidad horrible de fuego y de sangre; enormidad demostrada por la práctica en sus resultados mismos, pues hemos tenido regimiento que ha experimentado diecinueve bajas de jefes y oficiales, de treinta y cinco que tenía por todos!

SANCE COME

Treinta y nueve cañones de varios calibres, inclusas trece ametralladoras de todos sistemas, fueron arrancados al enemigo al pie de sus mismas trincheras y reductos, en medio de torrentes de fuego y de una resistencia que tenía los síntomas de desesperación.

Y esta obra, tan enormemente colosal, ha sido consumada solo por una parte del Ejército de Chile, porque a la otra no le cupo la gloria anhelada de entrar en el sacrificio; gloria que le estaba deparada para dos días después, delante de los formidables atrincheramientos de Miraflores.

Este es el resumen de los cuerpos que tomaron parte en la Batalla de Chorrillos, incluso aquellos que acudieron en la hora última de la agonía del enemigo a solo presenciar su triunfo:

Cuerpos	Hombres.
Buin	984
Esmeralda	966
Chillán	1.032
Lautaro	1.111
Curicó	966
3º de Línea	1.079
2º de Línea	924
Atacama	1.078
Сһасависо	923
Talca	1.078
Colchagua	773
4º de Línea	800
Coquimbo	891
Artillería de Marina	377
Melipilla	400
Santiago	972
Zapadores	703
Valparaíso	828
Aconcagua	1.064
Caballería	850
Artillería	1.370
Total	19.169

Pero los que arrollaron verdaderamente al enemigo en todo el fragor de la batalla, reduciéndolo a solo las alturas del morro Solar, en cuya situación empezaron recién a llegar las demás tropas de refresco, fueron los cuerpos señalados con letra cursiva, más seis compañías del Curicó, y dos del Aconcagua que

protegieron nuestra artillería en la ala derecha: toda esta fuerza, que fue la que deshizo las líneas enemigas y produjo la derrota general, suma en totalidad 15.602 hombres.

Esto debe entenderse sin minorar en lo más mínimo la gloria de los que llegaron en la hora postrera del enemigo, a cooperar a su derrota en la última posición de los treinta y tantos entre reductos, morros y atrincheramientos que sucesivamente habían perdido desde la madrugada, cediéndolas a virtud del fuego, de la sangre y de la muerte, y sobre todo ¡del valor indomable de nuestros soldados, sin igual en su pujanza, en su arrojo, en su abnegación y en su heroísmo!

¡El brillo de los que tuvieron ocasión más lata y circunstancia más a propósito para arrostrar el sacrificio, no puede atenuar el de los demás generosos soldados de la patria, que corrían en demanda de victoria o de muerte!

En la nómina que precede no cité a los batallones Bulnes y Valdivia, los cuales, ardorosos en sus deseos de cooperar al más breve triunfo, el uno enviando unos cuantos hombres al campo de la ya pronunciada victoria, y el otro mandado ejecutar un movimiento parcial como para ganar delantera a enemigos que no adelantaron, procuraron alcanzar a participar del ¡viva! general del triunfo, y aun a cambiar unos cuantos tiros con los últimos restos del despedazado enemigo.

Hago estas observaciones para no dar lugar a malas inteligencias en cuanto a mi narración.

ومعر**ده معر** 

Resulta, pues, que, en suma, 15.602 hombres nuestros fueron los que verdaderamente deshicieron y derrotaron al enemigo en su inmensa línea de fortificaciones, reductos y trincheras favorecidas por la naturaleza del terreno y defendidas por veintiséis mil soldados peruanos armados de ricos rifles de precisión, con trece ametralladoras y veintiséis cañones excelentes de todos calibres, sin incluir los de parte del ala derecha y del fuerte artillado tomado por el Lautaro, porque no me ha sido posible verificar su número.

Nuestras bajas han sido necesariamente considerables, con un fuego tan vivo y prolongado: tenemos regimientos que han perdido más de trescientos hombres, y algunos más de la mitad de sus oficiales; pero por fortuna, no son tan numerosos los muertos. La mayor parte de las bajas son por heridas y no por muerte, y aun las heridas leves están en mucha mayoría sobre las graves.

Yo creo que no llegarán a mil quinientas las bajas que hemos tenido en la Batalla de Chorrillos, lo cual es una verdadera fortuna.

Los peruanos han tenido más de tres mil quinientos muertos, mucho más, entre jefes y oficiales: siempre mueren más de los que huyen que de los que se saben defender y triunfar. Yo he recorrido gran parte de la línea de fortificaciones tomadas, al día siguiente del combate, y he podido formar un cálculo que lo creo, muy cerca de la exactitud.

He visto muchísimos cholos destrozados por la metralla, cuya herida se conoce a primera vista; y esto me hace afirmar mi convicción de que nuestra artillería ha sido felicísima en sus disparos, prestando eficaz cooperación al triunfo.

Los soldados peruanos estaban generalmente vestidos de blanco, con zapatos de cuero y polainas de cordobán: otros con simples sandalias, y no pocos descalzos.

La ropa de casi todos era de dril. Algunos tenían uniforme de ese género azul de algodón que llaman *mezclilla*, y no escaseaban los de paño ordinario rosillo y también negro, aunque de estos últimos había muy pocos. Los kepís se veían de tres clases: unos de hule, tipo inglés, altos de frente y visera gacha, y otros de cartón forrado en género negro, imitando la misma forma: unos y otros con el número de bronce correspondiente al cuerpo sobre la visera. Kepís había también sin número, con una palmita dorada sobre la visera: pero estos eran de oficiales. He hablado de tres clases y solo he enumerado dos: la tercera era una especie de bonete compuesto de dos hojas cuadrilongas unidas por tres lados; el antiguo gorro de soldado, hecho de trapo, que se usaba *in illo tempore*. Estos bonetes eran siempre de dos colores, una parte mondoré, y la otra verde o amarilla, y no tenían número. Pertenecían a los soldados de artillería peruana.

### ~~~~~

Inspeccionando una de las trincheras tomadas por el Buin, vi el cadáver de un soldado de este cuerpo en actitud que me llamó la atención. Estaba medio de pie, echado de espaldas sobre la rada superior del parapeto, pisando en el pavimento. Sus brazos se veían abiertos, envolviendo convulsivamente dos cadáveres de cholos que sin duda alguna había ultimado él mismo con sus manos hercúleas; a sus pies se miraba su rifle Comblain hecho pedazos, quizás en el cuerpo o cráneo de sus mismas víctimas, y él tenía de manifiesto una ancha herida de bayoneta o yatagán en el pecho.

Aquel cuadro era sombrío y horrorizante, porque demostraba plásticamente una escena de lucha cruenta y terrible de uno contra dos, faltando el tercero que puso fin a la vida del vencedor, a la vida del chileno.

Allí se demostraba con el lenguaje mudo de la muerte el exceso inconcebible, casi sobrehumano del valor sin parangón de nuestros temerarios rotos.

همادها المادها

Otro cuadro no menos curioso observé en el fuerte tomado por el Atacama. Tres cadáveres estaban amontonados en el portalón mismo donde se hallaba un cañón de bronce, como a un metro de distancia, debajo de su cureña. Un soldado chileno yacía echado de bruces sobre la boca del portalón con la cabeza para el interior del fuerte. Sus manos colgaban hacia delante, y debajo de ellos se veía un soldado peruano acurrucado al pie del portalón mismo lleno de sangre: tendido hacia la derecha estaba otro cholo con un yatagán grueso clavado en el costado izquierdo. Los tres estaban muertos: el atacameño tenía destrozado por una bala el cráneo.

Allí había pasado también alguna escena terrible.

¿Quién había dado vuelta la cureña del cañón? ¿Cómo se habían dado muerte esos tres soldados? ¿Habían caído por el efecto de las armas de los otros combatientes?

¡Quién sabe! ¡La muerte guardaba en su mutismo la verdad de los sucesos, pero su lógica tremenda enseñaba otro rasgo sorprendente del heroísmo de los soldados de Chile!

Poco después de consumado el triunfo, descendí del morro de Chorrillos al pueblo, y en las primeras casas encontré una ambulancia peruana, donde había algunos oficiales y soldados heridos. El jefe de ella era un doctor llamado don Julio Becerra, hombre amanerado y que manifestaba tener buena educación. Él me informó de que el dictador Piérola había estado dirigiendo la batalla hasta las 12.30 p.m. hora en que, viéndolo todo perdido, se había retirado para Lima con algunos del Estado Mayor.

Con dicho médico tuve la siguiente conversación:

- Yo.- ¿Es usted peruano?
- El.- Si, señor y soy el jefe de esta ambulancia, que es la de las baterías del Solar.
- Yo.- ¿Ha salvado usted bien?
- *El.* Ya lo ve usted: hasta ahora estoy perfectamente, y no me siento afligido por lo que sucede. Es una cosa prevista desde mucho tiempo.
  - Yo.- Lo creo, sin que eso le quite el carácter de calamidad para ustedes.
- *El.* Vea usted, señor; yo soy peruano como el que más, y sin traicionar los sentimientos de mi corazón, declaro que merecemos todo lo que está sucediéndonos. Lo merecemos, sí, desde hace mucho tiempo,

desde que nuestros hombres de Estado echaron la vergüenza a la espalda y la hacienda pública por delante, con la tolerancia criminal del pueblo.

- Yo.- Caro, en verdad, suelen pagar los pueblos los desaciertos de sus gobiernos.
- *El.* Y tanto, señor, que de este hecho, ni aun nuestros nietos verán al Perú a la altura que alcanzó hace tres o cuatro años. ¡No lo verán nunca... nunca!
  - Yo.- ¿Cree usted que insistirá en dar otro combate Piérola?
- *El.* Sería locura. Anoche jugábamos rocambor con él y otros y le oí decir que, al parecer de todos los extranjeros y al decir de su conciencia, los chilenos no entrarían nunca a Chorrillos sino traían tres veces treinta mil hombres, para dejar sesenta mil muertos en su camino. Y ya lo ve usted: los chilenos están aquí; y estarán donde se les antoje. Piérola es muy caprichoso y en eso funda su nombre, y creo que hará el disparate de echar otra vez el pueblo a las astas del toro. Lo merecemos, sí señor, lo merecemos! Estas son las terribles lecciones que el tiempo nos da para el porvenir. Dios quiera que algún día deje Lima de ser capellanía de disolución y de peculado, gritería de locos y juguete de los bribones.
  - Yo.- Es decir que, en su concepto, tendremos que entrar a Lima a sangre y fuego.
- *El.* Así lo entiendo, aunque aquí había en la generalidad la creencia de que ustedes, caso de tomar a Chorrillos, se dejarían estar otra temporada, como después de Tarapacá y de Tacna, sin amagarnos.
  - Yo.- ¿Y por qué esa creencia?
- *El.* Está muy claro: porque ustedes han venido intencionalmente alargando la guerra para hacer su política interior sobre presidente, para crearse partidos, para formarse hombres adictos. No creíamos que ustedes se lanzasen formalmente sobre Chorrillos, desde que no querían acabar la guerra, y solo deseaban entretener a su país con aparatos y simulacros. Nosotros hemos contado con eso siempre, y esto es lo que nos ha dado ánimo después de nuestras derrotas para volver a la lucha, y aliento para trabajar obras colosales de defensa, y esperanza sobre todo de no ver a ustedes la cara por estos mundos.
  - Yo.- Estoy maravillado con sus razonamientos, señor doctor.
  - ¿Con que ustedes nos creían unos farsantes, que mirábamos solo a nuestra política interna?
- *El.* No soy yo el responsable, señor, de mis errores en este caso. Harto sé que la venda ha caído ya de mis ojos ante la expresión de los hechos. Son responsables los escritores chilenos que atacaban al

ministerio y que nos han tenido completamente engañados sobre este particular, y sobre las supuestas farsas de aquel.

No poca culpa tienen ellos de que esta cuestión haya demandado ahora tanta sangre...

Un instante después me despedí del médico haciéndome varias reflexiones.

El pueblo seguía ardiendo por diferentes partes.

Réstame solo, señor editor, consagrar dos palabras a nuestros capellanes y a nuestros médicos. Los primeros se mantuvieron firmes en el campo de batalla auxiliando a los moribundos. Puedo citar especialmente entre ellos los presbíteros Fontecilla y Vivanco. A este último lo felicité personalmente dentro del fuerte tomado por el Atacama, en momentos en que las balas de cañón pasaban por sobre nosotros: había prestado su caballo para que se acarreasen los heridos del rededor adentro del reducto, y salvado de la muerte a un joven oficial peruano que estaba herido: hablaba con los soldados, y a los más apurados con sus dolores procuraba consolarlos.

¡Bien por esos buenos sacerdotes!

El servicio de las ambulancias se hizo con toda actividad. La Cruz Roja se divisaba en todas direcciones, unas veces en medio del fuego, otras a retaguardia y las más en ambas partes a un mismo tiempo. Al doctor Allende Padin lo encontré con una rodilla en tierra extrayendo la bala a un soldado herido en un pie: lo vi con las manos llenas de sangre seca, huellas seguras del trabajo incesante de toda la mañana.

No se andaba unos diez pasos, sin encontrarse con el médico o con el practicante, quienes dejando curado un herido, corrían en demanda de otro. Pero estos eran tantos y estaban tan diseminados en las alturas, faldas, hondonadas y llanos, que la labor no terminaba nunca ni tenía un minuto de reposo.

Los carretones de la ambulancia habían quedado atascados en los arenales del camino, y ya las vendas empezaban a escasear. ¡Qué apuros! ¡Y tan grande la cantidad de heridos!

Unos peruanos derrotados encontraron a los expresados carretones con sus arrieros. Mataron a uno de ellos, y amarraron a los otros, para saquear los vehículos. Pero, ¡oh fortuna! tres soldados nuestros, de los rezagados por la fatiga o enfermedad, llegaron al sitio. Los cholos eran ocho y quisieron resistirse. Empeño inútil: en pocos minutos, unos cuantos de la los asaltantes volaban por sobre los médanos,

pues parecían no tocar la blanda y pesadísima arena, en tanto que otros se revolcaban ensangrentados sobre ella.

Los carretones estaban salvados y los sueltos arrieros caballeros en sus mulas.

Tras del percance llegaron algunos empleados de la ambulancia a buscar más vendas. Se proveyeron de una enorme cantidad y volvieron al campo.

Los médicos no descansaron en todo ese día: para ellos la batalla no concluyó hasta la media noche, debiendo recomenzarla al amanecer del otro día.

Los enfermos fueron transportados al depósito de heridos. Nuestros médicos y practicantes no daban a basto y se llamaron también a los de la ambulancia peruana, que se trasladaron con sus heridos al depósito general. Trabajaron bien, se portaron bien, y esto debe decirse en honor a la verdad.

Todos los peruanos debieran ser médicos y llevar bisturí en vez de espadas.

El Servicio Sanitario del Ejército merece pues, un aplauso, porque ha correspondido dignamente a las esperanzas del país. Ha prestado con oportunidad sus cuidados a nuestros enfermos y heridos, y hecho todo lo humanamente posible, y dentro de su esfera, por el bien de la patria.

NOTA. En esta correspondencia no he podido dar una cifra de las armas tomadas al enemigo, porque hasta el catorce no había materialmente habido tiempo para recogerlas. Cuanto puedo asegurar es que todos los reductos, trincheras y fuertes están sembrados de rifles peruanos, porque yo los he visto en gran cantidad, y lo mismo en todas las inmediaciones de retaguardia de la línea enemiga de batalla.

En el cuartel que tenía el Bulnes en el pueblo de Chorrillos vi como una pared formada de cajones intactos de cápsulas de rifles, más de dos mil granadas cargadas y trescientos rifles entre Peabodys y de otros sistemas; y esto sin haber recogido todavía uno solo fuera de la población.

Como en el Ejército había algunos enfermos que, por su mal estado o por la naturaleza de su enfermedad, no podían marchar al campo del honor, era necesario dejarlos en curación. Al efecto, el doctor Allende Padín había resuelto de antemano establecer un hospital fijo que sirviese con ese objeto. Hízose para el efecto y bajo su dirección, un espacioso edificio de maderas y totoras, que estuvo concluido en tres días por solo los empleados de las ambulancias, y allí fueron trasladados los enfermos.

Un personal conveniente de médicos, según su número, quedó al servicio del improvisado hospital fijo, y así quedaron aliviadas las dificultades que pudieran ocurrir.

Por otra parte, además de las ametralladoras del Ejército, habíanse desembarcado algunas otras de a bordo de nuestros buques de guerra con el fin de llevarlas para el combate de Chorrillos. Pero aconteció que se resolvió después dejarlas también en Lurín. Llevando solamente los cañones de campaña y de montaña.

Enfermos y ametralladoras no podían quedar completamente desamparados, y por esta razón, en la orden general se dispuso que quedasen dos compañías del Regimiento Curicó y cincuenta hombres del de Cazadores a Caballo, que por cierto no marcharon a la batalla y no tomaron parte alguna en ella.

Por omisión involuntaria quedó sin ser consignado este hecho en el cuerpo de la correspondencia.

Lista de los señores jefes y oficiales del Regimiento Valparaíso acampados a las puertas de Lima y salvados de los combates de Villa, Chorrillos y Miraflores:

Teniente coronel, segundo jefe, don Rafael de la Rosa.

Sargento Mayor, don Eugenio Pérez.

Capitán ayudante, don Nestor S. Ramos.

Capitán agregado, " Javier Pérez Font.

- " " Roberto Benítez.
- "" Luis Fenwick.
- " " Braulio Lorca.
- " " Alberto Prieto.
- " " Arturo Givovich.
- " "Santiago Benítez.
- " "Enrique Pérez.
- " "Randolfo Goñi.

Teniente don José M. García D.

- " "Benjamín Puerta de Vera.
- " " José A. Tornero.
- " " Manuel M. Carmona
- " " Eduardo A. Rojas.
- " " Carlos A. Redolés.

Subteniente don Enrique Pollmann.

- " " Narciso Celis Marín.
- " " Daniel Tornero.
- " " Alberto Saldivia.
- " " David Valenzuela.
- " " Juan Dueñas.
- " " Carlos Escala.

Subteniente don Guillermo Maldini.

- " " Santiago Pollmann.
- " " Luis A. de Ferrari.
- " " Luis A. Garín.
- " " Daniel A. del Pozo.
- " " Jorge Herrera.
- " " Arturo D. Condell.

Aspirantes, don Ramón Frez.

" " Manuel Manterola.

# Heridos

Capitán ayudante, don José Manuel Saldivia, leve.

Capitán, don Ismael Fajardo, id.

Tenientes "Juan G. Astorga, id.

" "Federico 2º Barahona, id.

Subteniente " Alfredo Baignol, grave.

- " " Norberto Pérez, leve.
- " " Justino Zelaya, id.
- " "Juan Antonio Silva, id.

Aspirante "Guillermo Lanyon, id.

"" Alejandro Pérez, id.

Aspirante don Juan Jullian, id.

# Muertos

Comandante don José M. Marchant.

Subtenientes "Carlos Díaz Gana.

" " Luis 2º Wargny.

Tropa, entre muertos y heridos, 360.

# BATALLÓN NAVAL

# Ilesos.

Teniente coronel, Francisco Fierro B.

Sargento Mayor, Loredano Fuenzalida.

Capitanes, Rómulo Vega.

- " Daniel Martínez.
- " Enrique Escobar
- " Guillermo Carvallo
- " Ramón Lira Opazo

- " Julio E. Jeanneret
- " Guillermo Döll.

Teniente, Alberto E. Lemm

- " Ruperto Larraín
- " Gustavo Prieto
- " Evaristo Gatica
- " Manuel 2º Rengifo

Subteniente, Galo Irarrázabal

- " Pedro E. Astorga
- " José Manuel de la Sota
- " José María Urriola
- " Carlos Renard
- " Benjamín Beytia
- " Víctor Vizcaya
- " Gerardo Rodríguez.

# Heridos

Capitán, Pedro A. Dueñas

" Roberto Simpson

Teniente, Carlos Escobar

- " Miguel Valdivieso H.
- "Santiago Blackley

Subteniente, Máximo Cardemil R.

- " Arturo Álvarez
- " Neftalí Beytia

# Muertos.

Teniente, Manuel A. Guerrero Subteniente, Ramón Lara

" Carlos López.

# ARTILLERÍA DE MARINA

# Ilesos.

Teniente coronel José Ramón Vidaurre.

" Maximiano Benavides.

Sargento Mayor Francisco Carvallo.

Capitanes Luis Sánchez Gálvez.

" Pablo A. Silva Prado

- " Gregorio Díaz.
- " Antonio Hurtado.
- " Pío Guerrero B.
- " Arturo Ruíz.
- "Francisco Amor.
- " Luis Fierro

Tenientes, Eduardo Moreno

- " Benjamín Gómez.
- " Ricardo Ekers.
- " Ramón Patiño Luna.
- "Ciro Miranda.

Subtenientes Juan Pablo Suazo.

" Belisario Ibáñez.

Subteniente Nicanor Aravena.

- " Amador 2º Montt.
- "Lorenzo 2º Beytia.
- " Antonio Sánchez Mason.
- " Mariano 2º Lorca.
- " Alejo 2º Santiago.
- "Luis E. Campillo.

Muertos.

Subteniente. José Aravena.

Heridos.

Subteniente. Leobardo Fernández.

- " Eduardo 2º Zegers.
- "Guillermo Lorenzo Hidalgo.

# BATALLA DE MIRAFLORES 15 DE ENERO DE 1881

Creo poder decir bien alto que la guerra está concluida. Dos espléndidas victorias consecutivas obtenidas por el mil veces glorioso Ejército de Chile a las puertas de la capital peruana, han dado en tierra con el orgullo de la dictadura, con las esperanzas del Perú, con el asta que sostenía su bandera, haciéndola caer vencida y humillada a las plantas de los soldados de nuestra patria. Se acabaron las legiones peruanas, sus ochenta y dos batallones, sus reservas de levita y de guante, sus brazos invencibles, sus fortificaciones marítimas, sus minas de dinamita, torpedos, fosos, reductos, y, sobre todo, su torrente atolondrador de bravatas y de injurias contra las valerosas huestes chilenas.

La tumba que aquí se nos tenía con tanto tiempo cavada, se ha cerrado envolviendo en su seno el *paladium* del poder peruano bajo una capa eterna pisoteada con los proyectiles de nuestras invictas armas.

La orgullosa Lima, la que había jurado ser un cementerio y una hoguera antes que ceder un pedazo de su suelo a la planta del chileno, se nos ha entregado humildemente, gimiendo y llorando, y demandando atribulada la benevolencia y la misericordia de aquellos a quienes ayer anatematizaba con todo el furor de su rabia impotente.

Se apagaron todos los tonos de su altivez, rompiéronse por junto las cuerdas de sus *retempladeras*; y abandonada por un completo de todos los que la engañaron y la sacrificaron, hoy espera su salvación de la generosidad de Chile.

Nadie ignoraba que así debía suceder. La victoria estaba predestinada desde el principio para nuestras armas, por la virtud del derecho y de la fuerza.

Terminé mi última correspondencia con el relato de los sucesos de la Batalla de Chorrillos, librada el día 13, tres días hace. Principiaré entonces mi narración desde la madrugada del 14, a fin de llevar en orden los hechos de la presente campaña, que yo juzgo terminada en cuanto a acciones de guerra, en razón del total aniquilamiento del poder enemigo.

Alguien nos ha dicho que queda por hacer una jornada de armas contra Arequipa.

Locura, sería y muy grande, la de ese desventurado pueblo, si después de ver desaparecer en dos días ante el empuje de las armas chilenas, un ejército de 44.000 soldados con todas sus obras de defensa y fortificaciones aglomeradas y perfeccionadas en más de un año, pretendiera atraer aquellas contra sí y hacerse estérilmente un teatro de fuego, de sangre y de desolación. Se comprende que hasta la caída de Lima vacílase, abrigando alguna esperanza en el numeroso ejército y en el grande acopio de elementos de destrucción en la capital contra los chilenos; pero en lo presente, toda vacilación sería más que una temeridad, un crimen.

Yo no creo que los arequipeños hayan acabado de perder el último resto de su sentido común.

~~~~~~

El día siguiente al de una gran batalla es siempre un día de reorganización. En un ejército numeroso tienen que producirse necesariamente confusiones. Soldados hay que se quedan cansados, soldados que en medio del combate han pasado de un cuerpo a otro, pues los cuerpos suelen entreverarse en ocasiones

inevitablemente; y en fin, hasta oficiales suele haber que, por haber terminado la acción demasiado tarde, no han podido atinar con el lugar designado para su campamento.

Así, pues, pudo decir que el día catorce se empleó en arreglar todas esas pequeñeces y en dar colocación y acomodo a los diferentes regimientos, poniendo en orden los de cada división.

Con este motivo, se veían cuerpos que marchaban para acá, cuerpos que marchaban para allá, según el sitio que se acordó a sus respectivas divisiones.

El Regimiento Esmeralda alojó en la gran casa que se hizo depósito general de heridos y en la cual estaban también los prisioneros peruanos, cuyo número iba aumentando con los que poco a poco iban cayendo.

Temprano se dio de comer a la tropa, porque había carecido de rancho en el día anterior, y todo quedó en orden y arreglado cerca del mediodía.

A fuer de verídico, no debo pasar por alto la noche del 13. A pesar de las glorias del espléndido triunfo alcanzado en una batalla sangrienta que duró casi todo el día, la noche fue para nosotros intranquila, por las consecuencias de algunos desórdenes ocurridos dentro del pueblo. Este se hallaba deshabitado de moradores pacíficos, como ya lo dije, y convertido en un verdadero cuartel enemigo, y era presa de las llamas del incendio por varios puntos a la vez. El aspecto de las calles imponía terror. La luz roja de las llamas envuelta en torbellinos de humo negro y espeso, alumbraba con colores siniestros. Aquellos bellísimos palacios, cada uno de los cuales podía llamarse un Limache, concentrado en el recinto del edificio mismo, daban abundante combustible a la hoguera formando castillos de fuego que debían verse perfectamente desde Lima.

En medio de esa claridad sangrienta, varios soldados chilenos, escapados de sus cuerpos, recorrían las pavorosas calles, y se oían tiros y más tiros de rifle sin interrupción. No habían comido en todo el día, y sin duda habían salido, impelidos por el deseo, a buscar algo que comer.

En el pueblo existían muchos depósitos de licor, y esto fue la causa que produjo el mal a que me he referido. Se embriagaron algunos soldados y, desconociéndose unos con otros, se mataron varios entre sí.

En la madrugada del trece, el número de muertos de las calles, que dejó el combate del día anterior, había aumentado en cuanto a los chilenos.

Fue necesario enviar fuertes patrullas a recoger a los dispersos que quedaban aún en la población, y así pudo evitarse la propagación del mal.

Perdimos, y es bien sensible, en esa noche unos cuantos hombres, debido a una cosa quizás inevitable, a los excesos que suele producir la victoria en las poblaciones, cuando de estas se hace también campo de combate.

Se había oído decir, y aún se sabía por algunos de los peruanos presos, que Piérola estaba con la reserva en Miraflores; pero no se creyó en principio que allí debía tener lugar otro combate, sino en los alrededores de Lima, por cuanto se ignoraba la existencia de tan formidables fortificaciones en aquel punto.

Algunos daban al dictador diecisiete mil hombres, sacando las cuentas de esta manera: seis mil que había en Monterico Chico, que no pelearon, y once mil que tenía en la reserva, eran los diecisiete mil cabales. Otros daban dieciocho mil hombres de primera clase, fuera de todos los que hubiesen podido retirarse y replegársele, después de la Batalla de Chorrillos.

Lo cierto es que no se sabía bien la verdad y que había buenas probabilidades, casi datos ciertos, de que al enemigo le quedaban aún más de dieciséis mil hombres de pelea.

Sin embargo, en el Ejército dominaba el espíritu de acabar de una vez con los peruanos, atacándolos y derrotándolos donde quiera que se encontrasen.

En la mañana del indicado, 13, el secretario general del ministro de la Guerra, don Isidoro Errázuriz, fue enviado con dirección a Lima, en calidad de parlamentario, en unión con el coronel prisionero don Miguel Iglesias, ministro de la Guerra del Perú. Acompañábalo en capitán don Guillermo Carvallo y el alférez señor Cox, de nuestro Estado Mayor el primero y de Granaderos el segundo, y además tres soldados del regimiento de este último. Nuestro parlamentario debía llegar a Lima donde se suponía que se hallaría el dictador, para conferenciar con él.

Al arribar a Miraflores con su bandera blanca, el coronel peruano Arias Arragués, jefe a la sazón de ese punto, mandó detener a la comitiva, saliéndole al encuentro. El jefe supremo, como los peruanos dicen, andaba recorriendo sus líneas de batalla, que se extendían a la izquierda y a la derecha del punto mencionado.

En esta situación, de acuerdo con Errázuriz, el alto prisionero Iglesias se desprendió solo al verse con su dictador, regresando a poco rato con la embajada de que Piérola escucharía a nuestro enviado solo en caso de que este llevase poderes suficientes para tratar con él.

Errázuriz se dirigió entonces al jefe de Estado Mayor General del Ejército del Perú, que se hallaba allí presente, encargándole decir a S. E. que él no había ido a buscar ni a hacer tratados, sino a manifestarle la inutilidad de toda resistencia y la conveniencia de entrar en arreglos a fin de salvar la ciudad de Lima de los desastres consiguientes a la guerra.

Este mensaje fue trasmitido a Piérola, quien manifestó estar resuelto a escuchar proposiciones; cosa que se tradujo mas tarde en hechos que demostraban su alambicada situación.

Errázuriz regresó de su comisión a las once del día, siempre en unión del ministro peruano prisionero.

Por lo que había podido observar y oír en su brevísima permanencia entre los enemigos, nuestro parlamentario se formó la opinión de que ellos hacían solo un último aparato de fuerza, siendo su deseo evidente conseguir la paz y asegurar de esa manera la duración de su gobierno.

En la misma mañana, el inteligente y modesto don Arturo Villarroel se ocupó en registrar el puerto y el fuerte de costa que lo defendía, para sacar los torpedos y dinamita que pudiesen de algún modo hacer daño a los nuestros. Su trabajo no fue en vano. Caminando por el fuerte, encontró los cañones cargados con dinamita y en punto de ser volados. Sin duda los peruanos no tuvieron tiempo para llevar a efecto esta operación, puesto que su artillería había funcionado hasta última hora, alcanzando solo a prepararla con la dinamita. Villarroel les extrajo hábilmente la peligrosa carga, dejándolos útiles. Extrajo también de la meseta donde la batería está colocada, treinta y nueve torpedos de presión que se hallaban enterados, destinados sin duda a causar la destrucción de nuestras tropas en el momento del asalto; y cuatrocientos treinta y cinco de otros distintos lugares.

No hay quien ignore que de Chorrillos a Lima hay tres leguas, más o menos, de camino llano, con escasas ondulaciones y por entre fincas y cultivos de todo género. Dos son las vías públicas principales que van del uno al otro pueblo: la del ferrocarril y la carretera, que casi pueden reputarse camina sola porque marchan siempre vecinas, la una del lado de la otra. Tomando el camino de Chorrillos a Lima, se toca primeramente en Barranco, a los tres mil metros de distancia, más o menos.

Barranco es un pueblito de campo, muy pintoresco por su situación, por su forma y por sus buenos edificios. Se encuentra a menos de mil metros de la playa y edificado a ambos lados de un barranco profundo que, arrancado de la orilla norte de la población, va a terminar en el océano. No puedo describir la forma de esta villa, porque es sumamente irregular: tiene veredas de tabla muy cómodas, por las cuales se desciende de la placita del fondo del barranco, donde vierte un agua de superior calidad. El camino de fierro y la carretera pasan juntos por la orilla norte, como dije antes, y cruzan una calle de casas de dos pisos, de construcción moderna y muy pintoresca.

De Barranco sigue el camino en línea recta hacia Miraflores, que está a unos dos mil metros de distancia próximamente de aquel. Miraflores dista mil quinientos metros de la orilla del mar y es una población mucho más importante y lujosa de la anterior.

El terreno colocado entre estos dos pueblos y que sirvió de campo de la batalla, tiene muchos más desparejos, aunque es todo cultivado, y se extiende al interior desde la costa unos siete mil metros, más o menos, hasta la falda de los cerros que limitan el valle. Casi todo está ocupado por potreros tapiados y de poca extensión, que se suceden sin interrupción en todas direcciones, sin más claros que una faja de poco más de una cuadra de anchura, la cual se interna desde la costa unos setecientos metros hasta el camino carril, y desde allí se agranda algo hacia el interior, presentando una sucesión de pequeña eminencias aisladas y pedregosas, ninguna de las cuales tendrá más de metro y medio de altura.

Conviene tener presente estos detalles, al ocuparnos de la batalla.

A las 5 de la tarde, la tercera división del Ejército, que estaba acampada hacia el oeste de Chorrillos, se puso en movimiento para colocarse más adelante, hacia el pueblo de Barranco, sirviendo como de vanguardia, pues iba a un punto muy avanzado. Era justo: no habiéndole cabido en suerte la gloria de compartir con sus hermanos de trabajo de la jornada del día anterior, deseaba, sin duda, ser la primera en ir a buscar el frente del enemigo.

Tomó el camino de la vía férrea y ejecutó su movimiento sin novedad, acampándose en unos potreros a la derecha.

Este día, 14, de que hasta ahora me he ocupado, fue un día de novedades verdaderamente. No es posible que terminase sin algún acontecimiento extraordinario.

Vamos a verlo

En la noche, los señores ministros plenipotenciarios de Francia e Inglaterra en el Perú llegaron al Cuartel General chileno, procedentes de Lima. Venían de parte de Piérola con embajada de paz; venían buscando la salvación de Lima, la misericordia del Ejército de Chile para los que, aun sin dar otra batalla, ya podían y debían llamarse los vencidos.

¡Cosa curiosa y rara para la historia! Al dictador peruano no le ha gustado servirse de sus conciudadanos ni de sus talentos para salir airoso en las situaciones desesperadas: ha tenido por sistema y por manía el prenderse siempre a la cola del frac de los ministros extranjeros y el echárseles a la grupa!

El que se dignaría escuchar proposiciones a quien fuese a buscarlo con autorización para hacérselas y ajustarlas, mandaba un rato después a suplicarlas...

Los señores ministros fueron recibidos con todas las atenciones del caso. No eran ya los que querían imponer con *papelazos* el respeto a la casa número tantos ni a la número cuántos, ni exigir de parte del general chileno que no cañonease a Lima sin previo aviso muy anticipado... Nada de eso: eran unos buenos señores que echaban el lazo a las ondas, con el fin de ver si el desventurado y calenturiento Piérola, apeado de sus caras fantasías, se podía coger del extremo y salvarse del naufragio con Lima y todo.

La respuesta que se dio a los señores diplomáticos y parlamentarios fue muy sencilla y del caso: se les dijo que se oirían proposiciones de arreglo respecto de Lima, PREVIA la entrega del Callao con sus armas.

Con esto terminó la conferencia, y los embajadores quedaron de volver al día siguiente a las 7 a.m., con permiso de hacerlo en un tren especial.

Amaneció el día 15 sin novedad.

Se había esparcido la noticia de que el tren debía llegar de Lima muy temprano, y la línea estaba atestada de curiosos.

A las 7 a.m. la máquina, conduciendo un solo carro, atravesó el campo en dirección a la estación de Chorrillos, dejando a su retaguardia una larga columna de humo blanco, tan blanco como la bandera con que venía empavesado.

Al pasar, nuestros soldados le gritaban a todo pulmón, batiendo sus kepís: ¡viva Chile!

En seguida empezaban los cuchicheos: quien decía que venía Piérola a entregarse prisionero; quien que venía la máquina a llevar al ministro y al General en Jefe para hacerles la entrega de la capital. Y no faltaban algunos que, más desconfiados y menos crédulos, dijeran:

"Nadie me quita que estos gringos nos la andan jugando sucio o que Piérola nos está engañando".

El hecho es que nada se resolvió con la venida de los diplomáticos sino estas dos cosas, que es como si dijéramos nada:

RECUERDO DE LAS BATALLAS DE CHORRILLOS Y MIRAFLORES ESCRITA POR EL CORRESPONSAL...

1º Que darían la contestación a la una de la tarde, según lo convenido con Piérola.

2º Que, en todo caso, no se haría uso de las armas por una u otra parte ni por ambas hasta las doce de la noche, reservándose el general chileno el derecho de hacer cambiar de posiciones a sus tropas, en caso de convenirle.

Esto importaba un verdadero armisticio de unas cuantas horas, cosa que nadie tomó a mal entre los nuestros por una razón muy sencilla, o más bien dicho por dos razones:

1º Porque después de la gigantesca jornada del 13, el Ejército necesitaba comer bien y refrescarse para una segunda batalla y descanso que no podía ser menos de cuarenta y ocho horas.

2º Porque esto era tanto más necesario, cuanto que se tenía que combatir con tropas de reserva y descansadas del enemigo, en terreno desconocido para nosotros.

El tren regresó con los señores ministros extranjeros a las 10 a.m., próximamente.

Entre tanto, la tercera división, que en la tarde anterior había acampado de aquel lado de Barranco, es decir del lado de Chorrillos, empezó a avanzar hacia Miraflores, y con ella una sección de artillería.

Eran las 11.30 a.m. más o menos.

Llegada de nuestra tropa a corta distancia de la del enemigo, de modo que estaba materialmente viéndose una con otra, comenzó a tenderse en línea sobre su derecha a izquierda, cubriendo, una vez que estuvo arreglada, desde cerca de la orilla del mar hasta un buen trecho más a la derecha de los caminos carretero y de fierro.

La disposición en que se colocaron sus cuerpos desde la costa al interior, fue más o menos como sigue:

1º El Regimiento Concepción

2º El Batallón Valdivia

3º El Caupolicán

4º El Regimiento Aconcagua

5º El Batallón Naval

6º El Regimiento Santiago.

El Esmeralda se hallaba alojado en el depósito de heridos y prisioneros, y el Bulnes en el pueblo de Chorrillos

Para poder tender la línea de los cuerpos arriba expresados fue necesario romper una serie de paredes, a fin de comunicar un potrero con otro, dejando intactas las tapias del frente, que los cubría de la línea enemiga.

Una sección de artillería de montaña había salido también a la sazón con camino a Miraflores, para tomar una colocación conveniente

Estos movimientos tenían una razón de ser clara; el enemigo había estado acarreando batallones en el tren de Lima toda la mañana, y dándoles también colocación en la línea suya.

Necesario creo dar a conocer primero, sin pasar más adelante, los atrincheramientos de los peruanos en el campo de Miraflores, según el examen que de ellos hice por mi mismo después de la batalla: atrincheramientos que, antes y durante el combate no podían ser del todo conocibles ni eran, a la verdad, en mucha parte conocidos por los jefes de nuestro Ejército.

Como diez cuadras antes de llegar al citado pueblo de Miraflores el terreno aparece cortado por una incisión profunda desde la vía férrea a la costa; y desde el mismo camino en ese punto para el interior, el llano es disparejo y sin cultivos, un buen trecho, según ya lo he dicho en otros capítulos.

Del lado norte de la quebrada o incisión de que he hecho referencia, y desde la misma orilla del camino carretero parte una muralla de tapias, como de metro y medio de altura, hacia el poniente, la cual, haciendo zigzags y curvas poco sensibles, llega hasta la orilla del mar después de recorrer una línea como de mil quinientos metros, más o menos. Toda esa muralla estaba llena de agujeros colocados en línea horizontal, como a un metro del suelo; agujeros hechos a cincuenta centímetros de distancia uno de otros y de un diámetro suficiente para poder apuntar y disparar el rifle por dentro de ellos, haciéndolos servir de mampuesto.

En el extremo derecho de esta línea (hablo de la derecha del enemigo) había un reducto de forma semicircular, hecho con murallas de sacos de arena que solo se veían de la retaguardia, porque estaban exteriormente cubiertos por una gran rampa de tierra y cascajo, que los hacía invisibles para los soldados agresores. Este reducto, guardando todo su frente por un foso de cuatro metros de anchura por tres de profundidad, perfectamente bien trabajado, estaba también defendido por ametralladoras Gatling y cañones Grieve de retrocarga.

Su piso exterior era bajo, pero tenía tres gradas, siendo la más alta la que debían ocupar los soldados para maniobrar con sus rifles. Todas estas gradas se hallaban enteramente cubiertas de cartuchos de cápsulas disparadas durante la batalla.

Algunas cuadras más a la izquierda o sea al este del reducto en cuestión, había otro de forma y condiciones casi iguales, siempre sobre la misma línea de las tapias agujereadas.

Al llegar a la orilla del camino carretero, la larga pared-trinchera doblaba oblicuamente al noreste, hacia Miraflores, y seguía cerrando el costado derecho de dicho camino, o sea el izquierdo con respecto a nuestra línea de batalla, unas cinco cuadras o más, siempre entronerada en la misma forma. En este punto se destacaban hacia el este, en sentido paralelo a la primera línea, tres trozos de pared formados con sacos de arena, uno contiguo al camino carretero y uno a cada costado del camino de fierro. Cada trozo de estos tenía una ventanilla en la cual se veía abocado un cañón de bronce, de montaña, del mismo sistema Grieve de retrocarga.

Dichos cañones dominaban perfectamente las dos vías públicas en una larga distancia, no dejando más medio de avanzar que el del orden disperso por dentro de los potreros y saltando paredes. Dominaban asimismo un llano que se extendía hacia el oriente con toda la anchura del gran *zigzag* que corría por el costado de la carretera.

هما**ده هم**اده

Desde el frente en que se hallaban en línea las tres piezas de artillería mencionada seguía, principiando desde el costado izquierdo de la vía férrea (derecha nuestra) la pared llena de troneras, prolongándose en dirección casi perpendicularmente el costado atrincherado del campo carretero hasta unas cuatro cuadras, después de las cuales empezaba a hacer *zigzag* y curvas poco sensibles en su larga extensión hasta cerca de unos cerrillos que me parecieron los de San Borjas.

Casi al mismo costado de los cañones colocados en las vías públicas, de que he dado ya cuenta, había un tercer reducto que servía de arranque a la nueva línea de que acabo de hablar; reducto construido en la misma forma que los de la derecha, pero mucho más extenso, capaz de contener en su interior un campamento; como que había en él una ranchería llena de trapos y otros artículos que denunciaban haberlo tenido. Este reducto dominaba con sus ametralladoras: a su derecha las vías públicas, y a su frente y a su izquierda el llano sinuoso indicado más arriba.

~~~~~~

A siete u ocho cuadras de distancia, sobre la misma línea, se veía un cuarto reducto enorme, también con muralla de sacos de arena, guardado por un gran foso lleno de agua y defendido por cañones y buenas ametralladoras.

Entre una y otra fortaleza, en un gran trecho de tapias defendido por una acequia delantera y cuyo frente se veía lleno de escombros derribados exprofeso por los mismo peruanos para dar campo a sus armas, tenían colocados siete cañones de retrocarga y dos ametralladoras Gatling.

Continuando siempre sobre la línea encontrábanse aún dos fuertes más, arreglados sobre eminencias naturales, hallándose el último sobre una loma y artillado con cañones de grueso calibre. La penúltima de estas fortalezas parecía no estar aún terminada: tenía tres cañones de a doscientos, dos de ellos desmontados y uno como en actitud de ser colocado sobre su cureña. Se conocía que allí habían interrumpido el trabajo a última hora.

Creo que con lo dicho podrá el lector formarse una idea general de la cantidad de los atrincheramientos de Miraflores, de la naturaleza de las obras de defensa de los peruanos, y de las razones tan bien fundamentadas que tenían para creer que ningún ejército del mundo podría entrar a Lima victorioso, estando ellos resueltos a defenderla. Habían estudiado la manera de pelear sin ser vistos, sin poder ser heridos ni alcanzados, a no ser que los proyectiles enemigos entrasen por la estrecha tronera que les servía de mira y de mampuesto; cosa que en todo caso sería muy difícil, si no casual.

Excusado es decir que los enemigos tenía expedita la comunicación interna de toda su línea y que en su derecha habían formado doble y aun triple línea de atrincheramientos sucesivos, para el caso de que les quitasen los primeros.

Estas obras de defensa no eran visibles desde el mar, a pesar de su proximidad. La costa desde Chorrillos inclusive al norte es un barranco cortado a pique y de bastante elevación, de modo que de nada se puede ver sino desde una distancia de cuatro mil o más metros mar adentro.

A no ser así, nuestro marinos, en sus reconocimientos anteriores, se habrían hecho cargo de todo, y entonces habríamos sabido de qué manera nos esperaban los enemigos, aun después de haber sido vencidos en Chorrillos.

~~~~~~

La noticia de que los peruanos allegaban sin cesar a su campamento tropas venidas de Lima, hizo presumir que ningún arreglo sería posible y determinó la necesidad de que el Ejército de Chile no perdiese

tampoco el tiempo, inter el enemigo aprovechaba del armisticio para colocar su gente. En consecuencia, habíase movido la tercera división a tomar posiciones convenientes para el caso, casi seguro, de un combate que no podía ser antes de la terminación del armisticio acordado.

Era la una de la tarde, y ninguna respuesta anunciaba la manera como debía resolverse la contienda, sin embargo de que el mero silencio daba derecho para considerar concluida toda negociación en el sentido redondamente negativo, a pesar de no poder hostilizarse hasta las doce de la noche.

El General en Jefe y Estado Mayor habían salido a observar la colocación dada a los cuerpos de la tercera división, y a orientarse sin duda personalmente sobre las posiciones enemigas, con cuyo objeto se habían aproximado hasta poco más de una cuadra de la línea peruana.

No sé bien si era una batería o una brigada de artillería de montaña la que se encontraba también en la vía pública o dentro de un potrero sin alcanzar a tomar aún una colocación a propósito que le permitiera funcionar con eficacia.

El Naval tenía armados pabellones y aun había mandado algunos soldados de cada compañía a traer rollos que se habían dejado en el lugar del campamento de la noche anterior.

En una palabra, ninguno de los cuerpos, nadie pensaba todavía en el ataque, que acaso debía tener lugar, según el parecer de muchos, al amanecer del día siguiente, desde que era prohibido romper los fuegos y hostilizarse hasta las doce de la noche.

Eran las 2.35 p.m.

~~~~~~

En esta situación las cosas, y en la hora indicada, una descarga cerrada de rifles y de cañones y ametralladoras hecha por el enemigo sobre los nuestros atronó el espacio y repercutió por todas partes espantosamente; descarga que se prolongó sobre un fuego graneado tan nutrido y empeñoso, que parecía un solo estampido interminable.

Los alevosos peruanos, violando cobardemente el armisticio, y haciendo traición infame a la fe de su honor, nos habían preparado aquel golpe de sorpresa ruin, ya que en lucha leal no les había servido ni la superioridad del número ni las inexpugnables alturas de sus posiciones atrincheradas, ni sus mortíferas ametralladoras, ni sus minas y cañones.

¿Se habían prestado los ministros extranjeros a este atentado de traición?

¿Eran ellos mismos víctimas de un crimen fraguado por la insensata ambición de Piérola, en el último paroxismo de su desesperación al ver seguida su caída?

Esto es un misterio sobre el cual hallaremos más adelante, en este mismo relato, algunos débiles destellos de luz producida por hechos también singularísimos y dignos de reflexión.

~~~~~~

El general Baquedano y sus acompañantes se retiraron de prisa y prudentemente de aquel lugar, pues el simple sentido común aconsejaba no quedarse neciamente recibiendo los fuegos enemigos a mansalva, y el deber, por otra parte el demandaba acudir a disponer en su puesto lo conveniente para la repulsión y derrota de los desleales adversarios.

Nuestros soldados corrieron acto continuo a sus armas, y en el primer momento contestaron también con profusión a los fuegos del enemigo, trabándose un combate reñidísimo en el ala derecha peruana pues los nuestros no habían mandado aún a cubrir la derecha suya o sea el frente del ala izquierda enemiga.

Envió el general inmediatamente la primera división por estar más a la mano, que se hallaba acampada próxima a Chorrillos la que empezó a desfilar según el orden de sus cuerpos, teniendo que recorrer más de tres mil metros para llegar al campo de batalla y que cruzar por dentro de potreros y por sobre paredes para poder tender regularmente su línea en actitud de combate.

Y mientras esta división marchaba con aire marcial y con serenidad estoica, llega parte de que la artillería avanzada no podía funcionar en la posición en que se encontraba, en tanto que las caballerías enviadas con anterioridad al campo, se hallaban recibiendo sin fruto los fuegos de fusilería del enemigo, no pudiendo por ninguna parte cargarlo. Al mismo tiempo el coronel Lagos, jefe de la división, empeñado en el combate de la sorpresa, hace decir que el enemigo tira invisible por las troneras de sus paredes y que se necesita la función de la artillería para derribar las que obstruyen el paso.

×××××××

Ordénase entonces retirarse a las caballerías y a la batería o brigada de artillería avanzada, y se manda prevenir a Lagos que, colocando su gente tras de las paredes de su campo, apague sus fuegos, que son inútiles y deje quemar y gastar sus cartuchos al enemigo.

Los peruanos enfurecidos y tímidos, no ven qué sucede, y disparan y disparan sin mirar hacia delante y con menudencia admirable, por las troneras de sus parapetos.

Entre tanto, nuestra artillería de campaña y de montaña, desplegada por distintos puntos con oportuna celeridad, empieza a vomitar torrentes de fuego sobre los traidores, a tiro de rifle en su mayor parte.

Gran movimiento general se ve en todo nuestro campo, en partes ordenado, en partes confuso, y atolondrado por los obstáculos naturales que impiden y enervan de por si toda regularidad.

Una brigada de artillería de campaña se coloca en nuestro extremo izquierdo y otra de montaña un poco más a retaguardia, y empiezan de consuno el bombardeo del reducto peruano del frente con acierto plausible.

Los peruanos llevan gastadas muchas municiones, y ya los cuerpos de la tercera división, el Concepción, el Valdivia, el Caupolicán, el Aconcagua, el Naval, el Santiago, protegidos por nuestra artillería, lanzarse a pecho descubierto, y tienen que descender y ascender una ondulación rápida del terreno para trepar las trincheras y quitárselas al adversario.

Todo se ejecutó con rapidez sorprendente, y a las 3.50 llega el ayudante del ministro señor Cuervo, con parte de que las posiciones del ala derecha del enemigo ya nos pertenecen, porque Lagos se había apoderado de ellas.

Pero el grueso enemigo se había cargado horrorosamente sobre la derecha nuestra. Algunos cuerpos de la primera división, salvando paredes y todo género de dificultades y dejando sembradas sus bajas en el tránsito, ya estaban al frente de los peruanos combatiendo como leones, en tanto que los demás compañeros iban llegando a toda prisa.

Los cholos, desalojados de sus primeras trincheras de la derecha, y abandonados sus reductos más avanzados, se resistían aún parapetados en las paredes sucesivas y se corrían poco a poco sobre su izquierda, para incorporarse sin duda a la gran línea que partía hacia el oriente desde el punto donde la vía férrea y la carretera estaban cerradas por sus cañones.

Sacrana Sacrana

Súpose entonces que por el extremo derecho de nuestra línea, una fuerza enemiga considerable avanzaba con el ánimo manifiesto de flanquearla, y envióse en el acto a los batallones de Artillería de Marina

y Melipilla, de la primera división, con una brigada de artillería de montaña y caballería, a detenerla y combatirla.

Esta fuerza nuestra tomó camino recto al oriente para ir a cubrir el extremo de nuestra ala derecha.

El fuego seguía cada vez más recio y terrible en toda la línea, a pesar de haber retrocedido el enemigo por su derecha y de haber sido desalojado por los nuestros de sus formidables primeras posiciones.

Oíanse los roncos y prolongados ecos de los cañones de nuestra escuadra hacia el lado del mar, y corrí a ver el rol que ella desempeñaba.

Encontrábanse formados los buques de norte a sur de la manera siguiente:

- 1º Huáscar.
- 2º Blanco.
- 3º Pilcomayo.
- 4º Toro.
- 5º O'Higgins.

Los cinco hacían indistintamente fuego en unión con una sección de nuestra artillería de campaña colocada también cerca de la costa, sobre el fuerte de Magdalena, situada como a cinco mil metros hacia Lima a retaguardia del enemigo.

En el punto donde fui a colocarme encontré en observación al comandante inglés Mr. Acland, y a un oficial de la marina francesa cuyo nombre no recuerdo. Ambos estaban bien satisfechos de las punterías de nuestra artillería de mar y tierra.

Del fuerte de Magdalena se disparaba con cañones de grueso calibre y con pequeños intervalos, en dirección a nuestra artillería de campaña, que estaba ya muy a retaguardia de la infantería, por cuanto esta había avanzado. Solo un disparo vi que se quedó corto, sin duda por alguna variación hecha en el alza de la pieza. Los demás llegaban casi siempre un poco a retaguardia de nuestros bizarros artilleros, y una que otra bala cayó en su misma línea, todos con perfecta dirección.

En cuanto a los tiros de nuestra parte, las descargas que hacía la artillería de campaña dejaban por un rato envuelto en polvo el fuerte y así no le iban en zaga a los lindísimos disparos de a bordo, que no lo hacían menos bien.

Los fuegos enemigos seguían redoblándose sobre su izquierda; y a pesar del empuje colosal de los bravos de la primera división, ni estos se detenían un punto ni aquellos dejaban de reforzarse.

El combate se prolongaba juntamente con nuestra ansiedad por el triunfo, y era tal su intensidad que parecía empezarse a cada instante de nuevo y con más ardor.

A las 4.30 de la tarde, nuestra derecha se sintió bastante apurada. No se temió su derrota, pero se creía que la noche pondría fin al combate sin obtener victoria sobre el enemigo.

Los nuestros habían casi agotado sus municiones, y esto introdujo un desorden en parte de nuestras filas, llegando él a traducirse en una defección alarmante.

La naturaleza del terreno hacía muy difícil el envío de cargas de municiones a todos los puntos por no haber sino un solo camino expedito de entrada. Los demás eran demasiado remotos.

De Lima, mientras tanto, no cesaban de llegar refuerzos en trenes con carros artillados, que también nos hacían fuego mortífero.

El momento era muy crítico, era supremo.

Entonces se mandó salir en protección de nuestra línea al 3º de Línea, Zapadores y Valparaíso, que partieron al trote a reforzar a sus compañeros, llevándoles su estímulo y su aliento.

Nuestra sección de artillería de la derecha, que había marchado con los batallones Melipilla y de Marina, y parte de la caballería con más el Lautaro, el Curicó y el Victoria, incorporados en el tránsito, hacía fuego sin cesar desde la cima de una lomita que, en mi concepto, debía pertenecer a la cuevilla de la *Huva Juliana*, y el enemigo por su parte, menudeaba sus disparos con cañones de grueso calibre desde las alturas de San Cristóbal, según la generalidad, y desde la cima de San Bartolomé, según la opinión mía.

En el campo de batalla, nuestros mayores jefes y el general Maturana entre ellos, hacían todo género de esfuerzos para reorganizar las tropas perturbadas por el agotamiento de municiones y defeccionadas en mucha parte, a pesar de que las municiones empezaban ya a llegar, y fue sin duda entonces cuando muchos de ellos cayeron heridos o muertos, al desplegar toda la actividad que les era posible. Los oficiales secundarán con heroico entusiasmo la obra de sus superiores, y de esa manera, en pocos momentos, la lucha recobró todo su brío y entusiasmo primitivos, reforzada de nuestra parte con el auxilio de los cuerpos de la reserva.

Sacrana Contraction

No obstante esto, y para evitar que la noche impidiera el triunfo definitivo de nuestras armas, se ordenó por el General en Jefe la marcha inmediata al campo de batalla de los regimientos Buin y Chillán, y Batallón Bulnes que hasta entonces habían permanecido a la expectativa, lo mismo que habían estado el Lautaro, el Curicó, el Victoria, el Melipilla y la Artillería de Marina en nuestra extrema derecha. Aquellos cuerpos se pusieron en marcha acto continuo por sobre la misma línea del ferrocarril.

El Regimiento Esmeralda continuaba aún guardando el depósito de heridos y prisioneros.

Soñando sin duda con un imposible triunfo, los peruanos habían allegado una caballería por su extrema izquierda; pero habiéndola divisado los Carabineros de Yungay, fuéronsele encima, llevando a su cabeza su comandante Bulnes y al ministro señor Vergara, quien, espada en mano y con entusiasmo digno de su patriotismo, no quería esquivar tampoco en su sacrificio ni su sangre.

Los jinetes cholos huyeron al simple amago, razón por la cual los nuestros se fueron en derechura sobre la infantería enemiga.

¡Empeño vano! Hasta esta no podía llegarse por parte alguna, a causa de las acequias que, defendidas por murallas inmediatas, lo hacían absolutamente imposible.

Sacrana Sacrana

Eran las seis y cuarto de la tarde. ¡Viva Chile! Los cuerpos de la primera y segunda divisiones y los de la reserva, casi todos confundidos y entreverados, eran dueños absolutos de todas las posiciones enemigas, de extremo a extremo de su línea. Los peruanos, abandonando las treinta piezas de artillería, seis reductos formidables y dejando el campo sembrado de armas y de cadáveres, habían huido en dispersión espantosa, sin que nuestras bizarras caballerías, Cazadores, Carabineros y Granaderos, pudiesen perseguirlos con éxito por el interior de miles de potreros amurallados que se sucedían en todas direcciones hasta Lima y sus alrededores.

Habíamos triunfado completamente sin que hubiesen tomado parte en el combate ni sido necesario los seis cuerpos de la segunda división y dos de la primera que guardaron nuestra extrema derecha. ¡Gloria a las armas de Chile! ¡Gloria al valor indomable de sus hijos!

Bien veo que no es del todo prolija la narración que he hecho de la gran Batalla de Miraflores. No he precisado en ella separadamente la parte que en el todo le ha cabido a cada cuerpo de los que entraron en acción. Pero es que eso sería imposible, y muy particularmente expuesto a grandes inexactitudes, tratándose de un hecho precipitado, obrado por la sorpresa y la traición de nuestros descarados enemigos, en que todo ha tendido que ser confuso, rápido y de difícil determinación en sus detalles. Los mismos cuerpos se confundieron, se entreveraron unos con otros, se acomodaron como era posible conforme a la urgencia del momento, de modo que cada soldado se incorporaba a cualquier grupo de compañeros donde pudiera ofender al enemigo y cooperar al deseo y al fin general, que era el triunfo.

La fuerza enemiga de Miraflores, compuesta también de la reserva de Lima, tenía en su seno a la juventud limeña, a todos los hombres que se reputaban de educación y de honor y que sabiendo manejar el arma mejor que el rústico campesino y el gañán, han debido hacer todo el esfuerzo posible por alcanzar el triunfo. Con este propósito, nada perdonaron, nada tuvieron por vedado y vergonzoso, esforzándose por descuidarnos y adormecernos, para clavarnos el puñal de la alevosía por la espalda.

La impunidad que les aseguraba la naturaleza de sus trincheras, la excelencia de sus rifles Peabodys, la hidalguía de nuestra confianza, todo fue nada ante el valor, la abnegación y el heroísmo de nuestro invencible Ejército.

Dieciséis mil peruanos nos dieron la sorpresa infame de Miraflores; y a pesar de las fatigas hechas por nuestros soldados en el glorioso y memorable día de la antevíspera, a pesar de su cansancio y de su velada; a pesar, en fin de sus bajas numerosísimas, que redujeron en un tercio a muchos regimientos, bastaron solo los cuerpos de la primera y de la tercera divisiones con su escasa reserva, para derribar hasta la base, la columna de poder que sostenía orgulloso el pabellón de los que nos obligaron a la guerra.

¡Es muy espléndido el triunfo alcanzado! Y si nos ha costado multiplicadas bajas y largo sacrificio, débese solamente a la intriga y a la sorpresa criminal con que pretendieron conseguir lo que no pudieron por las vías leales del honor en el campo de la lucha honrada.

¡Oh! Si nuestra línea de batalla hubiera estado siquiera tendida al frente del enemigo, antes de la traición, quince minutos de combate habrían sido más que suficientes para darnos la victoria que nos demandó tres largas horas de fuego y de sangre.

Durante lo más recio del fuego ante las trincheras enemigas cayó herido de muerte el capitán Marconi, del Atacama, ayudante del jefe del cuerpo, y comprendiendo la gravedad de su situación y los pocos instantes de vida que le quedaban, llamó a su comandante, a cuyo lado había caído, y arrancándose un riquísimo puñal de la caña de la bota, le dijo:

- Este cuchillo me lo dio el intendente de Atacama. Le ruego se lo entregue y le diga que he muerto por la patria.

Este hecho me lo refirió el señor Dublé bastante conmovido, al día siguiente del combate, permitiéndome ver, examinar y palpar el hermoso puñal, que era verdaderamente una prenda de valor y trabajada con mucho esmero.

Me causó una extraña impresión el tener en mis manos aquella reliquia de un valiente.

¡Quién hubiera podido conservarla!

El Atacama arrebató al enemigo en sus trincheras un hermoso estandarte bordado de seda, que tenía la siguiente inscripción en medio de una corona de laureles: *Batallón Nº 6 de la Reserva de Lima*.

No debo omitir una circunstancia grave, de suma importancia para la historia de la guerra.

En el interior de varios de los reductos tomados al enemigo y detrás de sus largas trincheras, veíanse muertos muchos oficiales y soldados cuyo tipo demostraba a primera vista su nacionalidad extranjera. Eran italianos en considerable número, que debieron formar grandes legiones de la reserva de Lima y algunos españoles. Los italianos, sobre todo, se hallaban en gran multitud, se tropezaba con ellos a cada paso, pudiendo colegirse, a juzgar por el lugar en que se les veía cadáveres, que se habían batido con más tenacidad que los mismos peruanos.

En uno de los fuertes de la izquierda enemiga, al pie de unos cañones, había un grupo de más de doce italianos muertos, con pantalón colorado y levita negra.

Yo creo que debían ser artilleros y formar alguna legión especial, pues entre ellos vi dos gorras de paño finos, que llevaban sobre la visera una plancha roja con letras doradas, las cuales decían: *Garibaldi*.

Un prisionero me refirió que la tal legión *Garibaldi* era de bomberos italianos; y eso es muy posible, porque en varios otros sitios de los atrincheramientos se encontraban muchísimos cascos negros de cuero impermeable con *fiador* escamado de bronce, como los que algunos de nuestros bomberos usan.

Tengo la convicción de que nuestro Ejército se ha batido contra peruanos, italianos y aun españoles, explotando los segundos el nombre y la doctrina de quien quiso hacerse célebre a la fuerza de entrometerse en negocios de familias extrañas, con abstracción de la labor honrada del taller que impone la ley de la hospitalidad a los extranjeros honorables.

Necesario es que quede constancia de este hecho evidente, que más de una vez tendrá que recordarse con amargura por los compatriotas de aquellos desventurados mercenarios, exterminados en el campo de batalla.

Me refirieron que el corneta González, de Lynch, después de sufrir una operación en una mano, pretendió volver al campo de batalla, alegando que él no estaba herido en la boca y que podía continuar desempeñando sus funciones perfectamente.

He prestado crédito a este interesante episodio por la fe que me merece quien me lo refirió.

El expresado González se halla ahora en Valparaíso, porque ha venido a bordo del *Itata*.

Muchísimos episodios más habría podido agregar a mi relato, embelleciéndolos con las más brillantes especialidades.

He oído a soldados y hasta a oficiales referir que hicieron esto, que ordenaron a aquel lo otro, que se vieron en tal peligro, que sucedió un hecho de esta manera, que el sargento corrió por aquí, que el cabo mató por allá, que el oficial derrotó por otra parte, cargando él primero las trincheras, etc., etc.

La mayor parte de estas referencias deben ser perfectamente verídicas; pero entre tanto a uno no le constan, ni las ha podido beber en otras fuentes imparciales y ajenas de los peligros del amor propio o de la pasión. Por eso he preferido omitirlas, para evitar la prostitución de la verdad histórica. Vale más ser menos prolijo que verídico.

Nuestro Ejército victorioso se acampó dejando a retaguardia toda la línea de fortificaciones quitadas al enemigo. Imprudencia muy grande habría sido ocupar la línea misma, en atención a las minas, polvorazos y torpedos de que su frente estaba sembrado.

Ya estoy tan acostumbrado a ver estallar los tales infernales depósitos, que ya no me llaman la atención ni les consagro lugar en los detalles de mis narraciones. Es entendido que cuando uno habla del fuego que hacían los peruanos, se incluye el del rifle con el de las minas, puesto que de ambos han usado con larga profusión en todos los casos. Así, por ejemplo, no he querido mencionar que al tomarse los de la primera división un fuerte de la izquierda peruana, estalló una mina monstruo, que hizo un largo y

prolongado estruendo y elevó una columna de humo inmensa, en forma de globo aerostático. Nos causó solamente dos o tres bajas.

Hoy mismo, en plena quietud, he visto estallar otra a corta distancia mía, que levantó más de veinte metros un cuerpo humano. Alguien tropezó con ella y la hizo estallar.

Minas había muchísimas en todos los puntos de acceso a las trincheras. Los peruanos habían colocado sobre ellas diferentes clases de cebo para conseguir que las hicieran estallar. Sobre algunas habían colocado relojes viejos y sobre otras monedas de plata o de oro, sortijas, ponchos, pañuelos, sombreros, etc., unidos a la ceba, de manera que estallaban al más leve movimiento.

En otra parte he dado la razón de porque no he querido ni podido ser más prolijo en este relato. Cúmpleme aquí hacer una pequeña salvedad, para agregar a mis detalles que los ayudantes trabajaron mucho en la acción de Miraflores, pudiendo mencionar entre ellos al comandante Bulnes, del General en Jefe, y al mayor Cuervo, del ministro de la Guerra, sin perjuicio del excelente servicio que con entusiasmo prestaron todos los demás, exponiéndose del mismo modo con firmeza y serenidad en todos los puestos de peligro.

Agrego asimismo que nuestros bravos artilleros no esquivaron nunca la proximidad al enemigo. Lo prueba el hecho de haber tenido muchas bajas, y casi ninguna por balas de cañón o granada, sino por proyectiles de rifle.

~~~~~~

La noche sobrevino luego de terminada la acción, y no pudo saberse si el enemigo deshecho había retrocedido a Lima, ni si habría que ir todavía en su demanda al día siguiente contra sus postreras fortificaciones.

El Ejército de Chile victorioso por segunda vez acampó sobre el mismo teatro de sus nuevas glorias, formando un ángulo recto desde la costa al interior y de allí hacia Lima.

El General en Jefe mandó llevar víveres para la tropa, que no había tenido tiempo de comer en el día y estaba por consiguiente falta de aliento, y él se recogió tranquilo a su Cuartel General.

Amaneció el día de hoy. Como la batalla terminara sumamente tarde en el anterior, no había podido calcularse aún el número de nuestras bajas ni tampoco las del enemigo. Sabíase que teníamos muchos

heridos, y entre ellos de jefes de brigada, el coronel Martínez y el comandante Barceló, y que los muertos no eran en muy crecido número.

Pero en la mañana se vio que el triunfo nos había costado una buena contribución de sangre. Pasaban, en mi opinión, de mil las bajas chilenas, entre heridos y muertos, y las peruanas excedían de ese número en cuanto a los últimos.

La mayor parte de las heridas de los muertos eran de poca gravedad, sin que por eso dejasen de haber muchas mortales.

Toda la mañana se empleó en recoger enfermos y en acarrearlos de Miraflores al depósito de Chorrillos, sirviéndose para ellos de los mismos vagones del ferrocarril. ¡El depósito estaba ya repleto, y los médicos, que habían trabajado toda la tarde y toda la noche curando y haciendo recoger, continuaban sin poder dar abasto en su humanitaria tarea!

¡Que misión tan noble es la del médico en esos casos! ¡Que dignos de recomendación me parecieron el doctor Allende Padín y su gremio de colegas, todos ensangrentados y atendiendo con incansable afán a los heridos en honor y defensa de la patria!

Es preciso decirlo: el servicio de las ambulancias ha estado magnífico y es digno de un justo aplauso.

Sacrana Sacrana

¿Y el enemigo? ¿Pensaría en presentar nueva resistencia en su rincón postrero, en Lima?

Esta era la cuestión que preocupaba a todos.

Era necesario ir a Lima, ocupar a Lima cuando menos al día siguiente, sea que quisiesen resistirnos o no.

Se susurraba, se conjeturaba que no tardarían en volver los diplomáticos. Y a fe que no se engañaban. A las doce del día, el tren de Lima llegó a Chorrillos con bandera blanca. Traía un carro de primera clase y dos más de carga.

Estos últimos venían atestados de heridos nuestros procedentes de Miraflores, y aquel conducía al alcalde municipal de Lima, señor Torrico, apadrinado por los ministros diplomáticos de Francia, de Inglaterra, de Estados Unidos y de Alemania y por almirantes extranjeros, todos sus garantizadores. El señor alcalde venía a participar al General en Jefe del Ejército de Chile que Lima, la ciudad orgullosa de los Reyes, estaba indefensa, que Piérola había desaparecido con el ministro Calderón una hora después de la Batalla de Miraflores, dejando la gran capital indefensa y abandonada, y que él, como la primera

autoridad municipal, venía a hacer entrega de la ciudad al vencedor, incondicionalmente, implorando su benevolencia y su misericordia para con el desgraciado pueblo vencido.

Los representantes de las naciones extranjeras, el cuerpo diplomático presente, daban testimonio de la verdad expuesta por el señor alcalde y abandonaban la expresión de su palabra.

¡He ahí, pues, la guerra terminada!

He ahí abierto el gran libro de los pueblos, mostrando escrito en sus páginas imperecederas el triunfo definitivo de Chile sobre las dos naciones aliadas que en hora para ellas infausta lo provocaron y precipitaron a una lucha que ha preocupado durante largo tiempo a la América.

Hablose allí mismo del Callao, y se dijo que en él existían aún con tres o cuatrocientos hombres el prefecto o que se yo que, Astete, a quien debía intimársele su entrega desde Lima también incondicionalmente, con sus armas y sus buques en término de horas, so pena de ir a tomarlo y de ser tratado con el rigor de la guerra.

Se fijó la recepción de Lima para mañana a las 4 de la tarde, hora en que el general haría su entrada triunfal a la gran ciudad, con el Regimiento Buin, Carabineros de Yungay y el Batallón Bulnes, preparándose para los segundos el gran cuartel de Santa Catalina. El resto del Ejército acamparía donde su jefe lo creyera conveniente.

Sacrana Sacrana

Los emisarios partieron a las dos y media de la tarde en el mismo tren que los había conducido.

Un momento después del convenio de la conferencia se supo que estaban designados para gobernador político y militar de Lima el general don Cornelio Saavedra y para el mismo cargo del Callao, el coronel don Patricio Lynch.

El primero debía recibirse del cargo el día siguiente a las cuatro de la tarde, hora de la entrada triunfal convenida con el alcalde limeño y sus respetables padrinos.

Y ya que por incidencia me he referido a estos en el párrafo precedente, no haré capítulo aparte para relatar un hecho ocurrido con el representante de Inglaterra al tiempo de su despedida.

Con sus dos manos el diplomático inglés estrechaba la del ministro chileno, diciéndole más o menos:

"Lo felicito por la gran prueba de fuerza de voluntad dada por Chile en esta guerra. Conocí las fortificaciones peruanas y me parecieron sumamente difíciles de abordar. Nosotros, la Inglaterra y la Francia, con ser dos grandes naciones, no pudimos llegar con el esfuerzo común a desembarcar en Crimea, para el ataque de Sebastopol, un ejército tan poderoso como el que ustedes han arrojado a tierra por un miserable rincón desierto y estrechísimo".

Dije en otro lugar que algunos hechos darían escasa luz sobre el procedimiento infame con que los peruanos habían precipitado la acción de armas de ayer, y es caso que refiera ahora lo narrado por los mismos señores plenipotenciarios extranjeros.

Hallábanse estos tomando las onces y conferenciando con el dictador Piérola en Miraflores, cuando de súbito fueron sorprendidos por el inmenso estruendo de cañonazos, descargas y fuego graneado con que el enemigo rompió el ataque inesperadamente contra los nuestros, a pesar del armisticio acordado en el mismo día.

Grande dicen que fue su sorpresa y aun su espanto ante semejante suceso. El tren echó prisa para escapar y solo alcanzó a subir a él uno de los ministros, quedándose los otros, los cuales tuvieron que largarse a pie con más agilidad de la que convenía a su rango, para escapar del diluvio de balas que discurrían por todas partes.

Piérola, en otra dirección, no encontraba o se hacía que no encontraba su caballo para acudir a los suyos; mostrando también suma extrañeza de lo que sucedía e inculpando de haber roto el fuego a los chilenos.

Los desventurados ministros tenían que habérselas contra los desparejos del piso y que pasar por sobre paredes poco menos que volando.

El representante de Alemania, que es en extremo gordo, echaba por la boca los hígados y se quedaba a pesar suyo atrás de sus ágiles compañeros y colegas, hasta que, rendido ya enteramente por el más legítimo cansancio, echose boca abajo exclamando:

- ¡No camino más, aunque me maten!

Y cuentan que acezaba con celeridad alarmante, en términos que el señor ministro de Francia o el de Inglaterra, no recuerdo cual, cogió el hondo sombrero de pelo del fatigado agente del emperador Guillermo

y empezó a arrojarle a la cara sombreradas de agua de una acequia contigua, pudiendo así volverle el alma al cuerpo y hacerlo ponerse nuevamente en camino hacia Lima.

Su señoría brasilera, inter tanto, les había ganado gran trecho, salvando casi en el aire las paredes al oír el ingrato rugido de las granadas chilenas, algunas de las cuales pasaban a vanguardia por sobre ellos.

De esta manera, llegaron las empolvadas diplomacias a Lima, por fortuna salvas, aunque no del todo sanas.

¡Dedúcese, pues, de aquí, que Piérola cometió el doble crimen de traicionar a sus enemigos y a sus protectores, complicándolos en la más negra e inútil de las felonías e infamias!

Por la tarde, su espectáculo rarísimo en estos lugares, donde no llueve, llamó la atención de vencedores, vencidos y espectadores.

Un arco iris espléndido, perfecto, acabado, brillante, pleno, como no lo he visto jamás, apareció en el firmamento emblanquecido por una bruma plomiza. Abrazaba con su extremo a Lima y con el otro los dos campos de batalla y por consiguiente al Ejército chileno.

Los supersticiosos creyeron que era el símbolo de la paz con que la Providencia demostraba a los hijos de Chile el término de su obra de redención de castigo y de gloria...

# INFORME DEL CORONEL D. JOSÉ VELÁSQUEZ SOBRE ARTILLAMIENTO DE LOS PUERTOS DE LA REPÚBLICA. 4 DE DICIEMBRE DE 1884. <sup>1</sup>

CRL. José Velásquez Bórquez

"Al Señor Ministro de la Guerra:

Después de la Campaña a Lima el Supremo Gobierno tuvo a bien encargarme del estudio de las fortificaciones de los diversos puertos de la costa en toda la república.

Desde esa fecha y en vista de este nombramiento, me ocupé en hacer los estudios preliminares de la honrosa comisión que se me había confiado.

Se trataba, pues, de poner en estado de defensa los principales puertos de nuestro extenso litoral, aprovechando las ventajas naturales de esos puertos, lo mismo que toda la artillería de costa existente en el país y los cañones de grueso calibre tomados al Perú en sus líneas y plazas fortificadas.

Con tal motivo tuve el honor de pasar a ese ministerio, a cargo entonces del señor don Carlos Castellón, el informe correspondiente sobre el proyecto de utilizar y fortificar los puertos principales de nuestra costa.

Después de esto el Supremo Gobierno tuvo a su bien darme el mando de la división de Tacna y Arica y estudiar la marcha sobre Arequipa, cometido que tuve el honor de desempeñar cumpliendo siempre las instrucciones del Supremo Gobierno a cuyas órdenes directas hice la referida campaña sobre Arequipa.

Al regresar de esta campaña el Decreto Supremo de fecha 29 del pasado, me ordenaría reasumir la antigua comisión, y que me ocupe nuevamente en el estudio de las fortificaciones de la costa.

Con este motivo tengo el honor de pasar a manos de U.S. la copia del proyecto de fortificación de algunos puertos por si Ud. no tiene a la mano la memoria ya mencionada.

En aquellas memorias daba principio por la plaza y puerto de Ancud, considerado antiguamente como el cuerpo de guardia del Pacífico y que hoy indudablemente corresponde este título al Estrecho de Magallanes.

<sup>1</sup> Transcrito del texto original que se conserva en el Archivo General del Ejército. Archivo Histórico. Fondo José Velásquez DCHEE. (Se modernizó la ortografía).

# I. Ancud

Desde los primeros tiempos, que los españoles conocieron y ocuparon la isla de Chiloé y el gran archipiélago a que pertenece, se propusieron fortificar uno de sus puertos y establecer en él la base de su poder, pues comprendieron la importancia naval de esos lugares cruzados en todas direcciones por innumerables canales navegables, con magníficos apostaderos naturales, con mareas espléndidas que facilitan la carrera y limpia de las naves y cuyas riveras encubiertas de bosques contienen maderas de construcción tan buenas como abundantes. Al efecto, se fijaron y eligieron con tal objeto el puerto Chacao y después San Carlos (Ancud) como punto estratégico y centro de resistencia. Efectivamente, el puerto de San Carlos está situado en la parte septentrional de la isla de Chiloé, su fondeadero o bahía está defendida de las marejadas del norte por la cabeza extremidad de la península Lacuy de la misma isla de manera que los buques para arribar a dicho puerto tienen que pasar, se puede decir, rozando y a menos de ochocientos metros de toda la extremidad oriental de esa península ya que los bajos e innumerables arrecifes que hay más al oriente, impiden a las embarcaciones alejarse de la costa indicada, en la que los españoles, con marcada pericia construyeron los cuatro fuertes que la defienden y que llevan los nombres siguientes: Corona, situado en la punta más al norte. Hace tiempo que este fuerte está abandonado. Agüi, el principal, colocado en la punta saliente de la entrada al puerto. Su importancia hasta hoy es de primera orden. Más al interior está Balcacura y Chaicura. Esto, como digo, es en la península.

Ancud que está en la isla, al oriente de los fuertes mencionados, cierra la entrada al puerto con su fuerte San Antonio, que está situado a la derecha y al norte de la ciudad y en un lugar que flanquea la entrada al puerto y cruza sus fuegos con Agüi, una vez artillados con piezas modernas. A la izquierda de la ciudad de Ancud existieron otros dos fuertes llamados Poquillihue y del Carmen, en la actualidad estos fuertes no tendrían importancia alguna, porque sus fuegos no podrían defender la entrada al puerto que es el objetivo de resistencia y seguridad.

Hoy, la artillería moderna tanto ha sobrepujado en alcance a la antigua que se puede comprender fácilmente lo innecesario que es el agrupamiento de fuertes en un punto dado. Creo que podríamos suprimir 5 de los mencionados fuertes, sin que por esto la ciudad de Ancud y su puerto quedaran menos defendidos. Así Agüi la llave de Ancud, habría que conservarlo artillándolo convenientemente para que cruzara sus fuegos en San Antonio. La batería de Agüi es alta, está a cuarenta metros sobre el nivel del mar y como el canal de entrada al puerto es muy angosto, necesita de una batería rasante como complemento de la anterior.

Con estas tres baterías en corte a barleta y en disposición de combinar sus fuegos, quedaría, a mi juicio, bien defendido el puerto y ciudad de Ancud.

Creo que todavía no ha llegado el momento de designar el calibre y clase de fuerzas con que se debe artillar cada uno de los fuertes que hay necesidad de habilitar. Esto lo haremos después de un

estudio detenido de la realidad y de la existencia del material de artillería de costa de que se puede disponer.

II. Corral

Dieron tal importancia a este puesto los españoles que, efectivamente, son fabulosas las sumas de dinero que según las crónicas, decretó el rey para la construcción de seis fortalezas. Sin embargo hoy ese puerto tan importante no está defendido. Sus fortalezas están desartilladas y en una completa soledad.

Las seis baterías o fuertes que lo defienden tienen muros y paralelos de primer orden y se conservan perfectamente. Casi todos ellos son construidos a merlones con troneras de roca. En la presente época este lujo de construcción es inútil y más que inútil, perjudicial. El proyectil moderno es menos ofensivo mientras menor es la resistencia que se le opone. Por esto la fortificación a barbeta en corte y con terraplenes de tierra, es la más aceptada como la mejor que se conoce y con la ventaja de ser la más barata.

La entrada al puerto del Corral es angosta, teniendo al frente la isla de Mancera donde existe un fuerte que será necesario habilitar porque además de dominar el canal que da entrada a la bahía, puede cruzar seis fuegos en un sentido perpendicular con los fuertes de Nieblas y Amargos. Estos tres fuertes con artillería moderna montada en batería a barleta serán suficientes para la defensa del mencionado puerto. Nieblas quedaría al norte del Corral, Amargos al sur y Manceras al oriente. Tres fuegos que cruzarían el canal de entrada en todas direcciones.

El fuerte Corral con sus magníficos muros y sus cuarteles y almacenes cubiertos, es hoy casi inútil pues sus fuegos tienen un limitado campo de tiro. Fue construido a toda costa para defender la pequeña bahía con artillería de muy poco alcance. Así, pues, en este fuerte se pedía colocar artillería antigua lisa solo para la defensa de la bahía y de las naves que puedan ser atracadas por lanchas torpedos.

Creo que los otros fuertes de los cuales no he hecho mención se pueden suprimir o habilitarlos solamente, según las exigencias y aspectos de la guerra marítima que haya de sostenerse.

III.

Las caletas o radas que existen entre Corral y Talcahuano a excepción de Lota y Coronel, tienen fondeaderos tan desabrigados y tan inseguros que, creo, sería inútil ocuparse de ellos.

Sin embargo Lebu, Lota y Coronel que producen carbón, pueden ser amagados por buques enemigos, en demanda de este combustible. Los últimos puertos suceden ser defendidos por cinco fuertes artillados con piezas de poder cruzando sus fuegos en una zona de más de veinticinco mil metros. Así Lota

y Coronel y sobre todo el carbón que producen quedaríamos asegurados y con mayor razón una vez que Talcahuano sea un puerto militar y que posea todos los elementos del caso, para atender y defender las costas inmediatas.

Lebu necesitaría dos fuertes, uno al sur y otro al norte del pequeño y único desembarcadero que lo sirve.

El gran golfo de Arauco, cuya costa es difícil abordar, no tiene a mi juicio otra defensa que fuerzas de infantería que impedirían un desembarco que tendría el objeto de atacar a Lota o a otras minas de carbón por tierra. Una vez que el ferrocarril recorra estos lugares el gran golfo de Arauco quedará asegurado.

IV. Talcahuano

La gran bahía de Concepción o Talcahuano que contiene en sus riberas cuatro puertos, dos de ellos eran poblaciones importantes, es sin cuestión, el apostadero más adecuado para hacer de él una estación naval o puerto militar de primer orden. Además de las ventajas naturales que facilitan la construcción e importancia de las fortificaciones que lo han de hacer inexpugnable, posee otras condiciones no menos ventajosas. En efecto, Talcahuano está colocado y en situación de tener que ser el puerto obligado de varias provincias productoras de maderas de construcción y donde hoy mismo, la agricultura hace fecundos y rápidos progresos.

Una línea férrea y líneas telegráficas, lo ponen en contacto inmediato con las poblaciones más centrales, importantes y numerosas de la república, incluyendo en ellas la capital y el puerto de Valparaíso.

En sus mismas riberas y en sus inmediaciones existen y se explotan abundantes minas de carbón de piedra.

El puerto es abrigado con fondeadero uniforme y seguro.

Concepción que está a un paso, sería siempre la base de las operaciones militares y centro de su poder.

En un momento dado. Talcahuano, recibirá auxilios de fuerzas de todo Chile.

Todos sabemos y conocemos el papel importante que desempeñó Talcahuano en la guerra de la independencia. Conocemos también la clase de fortificaciones que tenía en esa época.

No me detendré mucho en este punto. Hoy los inventos que se han introducido en la artillería han cambiado por completo, no solo el arte de fortificar los lugares, sino también la faz de la guerra.

En efecto los españoles teniendo presente, primero: el poco alcance de su artillería y la gran extensión de la bahía de Talcahuano en longitud y latitud (ocho millas de largo y seis de ancho) se vieron en la necesidad de construir los fuertes principales que defendían los puertos de Penco y Talcahuano en sus inmediaciones, es decir, dentro y en el extremo opuesto de la entrada a la bahía. Segundo: en la dificultad de alcanzar a cruzar con su artillería la entrada grande que forma la isla de la Quiriquina con la punta Lobería y Morro del Tomé (la menor anchura es de 4.000 metros y la mayor está entre 6.000 y 7.000) abandonaron este punto, dejando expedita la entrada al puerto.

Nosotros, por el contrario, para fortificarnos y poner en seguridad nuestras naves, el dique dársenas y los puertos de esa bahía, tenemos que artillar convenientemente la boca grande construyendo fuertes, tanto en la isla Quiriquina, como en la punta Lobería y Morro del Tomé. Estos fuertes cruzarían sus fuegos.

Las fortificaciones de la isla Quiriquina estarían situadas en la extremidad norte de dicha isla, y así defenderían tanto la boca grande como la chica.

La boca chica aunque tiene una milla de anchura, el canal de entrada para las naves, solo tiene a lo más cuatrocientos metros, en el resto hay bajos y arrecifes. De manera que además de la artillería de la Quiriquina, se puede defender esta entrada con torpedos fijos y con las otras fortalezas de que hablaré más tarde.

Como se sabe, esta gran bahía está cerrada al poniente por la península de Tumbes, al norte por la isla de la Quiriquina, al oriente la costa con los puertos del Tomé, Lirquen y Penco. Al sur está el puerto de Talcahuano y la garganta de tierra que separa este puerto del de San Vicente que también en necesario artillar.

Algunos creen que desde el puerto de San Vicente se puede ofender con artillería moderna el puerto de Talcahuano y aun el dique dársena. Es cierto que la garganta que separa a estos dos puertos y que une la península de Tumbes en el territorio solo tiene mil cuatrocientos metros. Pero es necesario tener presente que el terreno no es plano y que un buque colocado en la bahía de San Vicente, no puede ver el fondeadero de Talcahuano, ni el dique, ni el pueblo, porque entre estos puntos hay cerros de sesenta metros de altura.

Desde San Vicente, los disparos serían completamente nulos y por consiguiente el temor infundado.

A mi juicio, no es este temor el que nos obligue a artillar el puerto de San Vicente, lo es sí la consideración de ser este puerto perfectamente abrigado y tener muy buena playa para ejecutar un desembarco. Por esta razón tenemos que cuidarlo y dejarlo en condición de poder evitar el arribo a sus aguas de buques enemigos e impedir tanto amago hostil por ese lado, ya que los separa tan poca distancia de Talcahuano y ciudad de Concepción.

INFORME DEL CORONEL D. JOSÉ VELÁSQUEZ SOBRE ARTILLAMIENTO DE LOS PUERTOS DE...

Desde luego, en San Vicente, solo habilitaríamos dos baterías una alta y otra baja. Hay para esto lugares muy adecuados.

Todas estas fortificaciones serían la primera serie de la defensa de la bahía de Talcahuano, la segunda de que vamos a hablar, combinada con la anterior, formarían el complemento de su defensa.

En la primera altura (15 metros) de la entrada sur de la Quiriquina, estableceríamos un fuerte con cañones giratorios al centro, es decir, que abarcarán con sus fuegos toda la circunferencia. Este fuerte defendería a la vez las dos entradas y cruzaría sus fuegos en los fuertes siguientes: uno colocado en la caleta de Pescadores, en Tumbes, que da frente a la parte sur de la isla con otro situado en la punta Parra al norte de Lirquén, y con un tercero establecido en una altura que existe detrás del pueblo de Talcahuano el que teniendo artillería giratoria al centro además de cruzar sus fuegos con los tres fuertes indicados defendería también el puerto de San Vicente combinando sus fuegos con las baterías establecidas en él.

De esta manera, suponiendo que una nave o una escuadra lograra salvar las fortificaciones que defienden en primer término las dos entradas a la bahía, una vez dentro del puerto se encontraría con proyectiles que le venían de los cuatro vientos cardinales, sin tener la posibilidad de poder atacar uno de esos cuatro fuertes sin recibir los fuegos de los otros tres, pues cada uno de ellos tendría artillería de largo alcance.

Así artillado este puerto sería verdaderamente inexpugnable.

Por otra parte siendo Talcahuano nuestro puerto militar tendría que haber a su servicio una guarnición correspondiente la que tendría artillería de campaña y de montaña, cuyo personal y material completaría el cuidado, defensa y servicio de ese puerto y sus inmediaciones.

Esto en cuanto a la artillería de tierra. La defensa naval o marítima haría a ese puerto, sin duda alguna, mucho más respetable.

V.

Ya que hemos hablado de las fortificaciones de los puertos principales del sur de nuestro territorio, creo sería oportuno, nos detengamos un poco a examinar la importancia militar de esa localidad, que es de tanto porvenir para nuestro país.

Si reconocemos verdadero lo siguiente:

"No confíes la esperanza de las batallas

Al bronce que defiende las murallas

El bronce y el acero están sujetos al hado;

Solo una muralla hay, el pecho del soldado".

Podemos y debemos decir también, que la mejor fortificación de un país, es la ilustración y el trabajo de sus hijos.

En cuanto al patriotismo nadie tiene duda de él en Chile.

Evidentemente, la milicia se hermana y necesita de todos los progresos del saber humano.

Hoy es un axioma aceptado por todo el mundo: "que el estado de la milicia expresa el estado de una nación".

Es deber, pues, de todo buen ciudadano trabajar para llegar a este término en nuestro país. Un pueblo tiene más seguridad, más garantías, más libertad, cuanto más aumenta la civilización.

Así también, la guerra es necesaria para afianzar el cultivo y adelanto de las artes, de la ciencia y de la industria. "La justicia misma nada sirve si no esté apoyada por las armas, con las cuales se pronuncian decretos más decisivos".

Las posibles guerras en que Chile puede verse envuelto, si bien es un consuelo perderlas, calificar de remotas, nunca será tiempo perdido el ocuparse de ellas, y mucho menos estudiar en tiempo de paz y con toda la calma las ventajas que presentan los lugares y la topografía general y condiciones de nuestro suelo y clima. Desde luego podemos afirmarnos en la idea, de que toda guerra traída a Chile, tiene necesariamente su marítima.

Efectivamente, nuestro extenso litoral es la única parte vulnerable de nuestro país. Por esto, nuestra marina, los puertos militares y las fortalezas de nuestra costa serán siempre nuestra primera garantía y defensa.

Al hablar de Chiloé, hemos dicho, que se ha considerado a este punto como el cuerpo de guardia del Pacífico.

Creo que el mar Pacífico nunca nos será hostil. Los pueblos bañados por este mar tienen que ser nuestros amigos. La recíproca conveniencia y mil otras razones nos conducirán necesariamente a este fin. De otra manera, difícilmente la libertad se afianzará en América.

INFORME DEL CORONEL D. JOSÉ VELÁSQUEZ SOBRE ARTILLAMIENTO DE LOS PUERTOS DE...

Y si del Pacífico no tenemos nada que temer, cualquier otra guerra tendrá que venirnos por el Cabo de Hornos o Estrecho de Magallanes.

¿Viene solo una escuadra a hostilizar nuestros fuertes y nuestro comercio o viene en convoy de transportes trayendo a su bordo fuerzas de desembarco con su correspondiente escolta de buques de guerra? En uno u otro caso siempre será Chiloé el punto de arribada de esos buques. Después de una tan larga y difícil navegación, se hace necesario refrescar la gente, proveerse, preparar y reparar las naves antes de batirse, tomar informes, orientarse en una palabra.

Nada de esto se puede hacer sino en un lugar lejano al centro del poder y recursos del país atacado. Chiloé, pues, será el lugar elegido con este objeto por el enemigo. Su aislamiento del resto de la república, sus innumerables canales y buenos apostaderos, lo mismo que sus recursos, lo señalan en tal sentido

Ancud, defendido por las fortificaciones de que hemos hablado, será el centro de nuestra defensa. Si a esto agregamos una escuela bien atendida de torpedistas, con los elementos del caso, esos canales y apostaderos quedarán bien defendidos y por consiguiente respetados.

El torpedo en las guerras marítimas es hoy el terror de los grandes buques.

Los puertos, los ríos, los canales y los estrechos no necesitan ya de tantas obras de fortificación para su completa defensa.

La lancha conductora de torpedos, y en los pasos estrechos el torpedo fijo y oculto detiene al más audaz enemigo.

Así Chiloé queda garantido.

Esto mismo decimos con respecto al Estrecho de Magallanes.

En muy poco tiempo más la importante provincia de Valdivia tendrá a su servicio un ferrocarril que la pondrá en contacto con las provincias más centrales de nuestro país. Y en caso de guerra, podrá ser auxiliada oportunamente, lo mismo que toda la costa Araucana y los puertos de Talcahuano, Coronel, Lota, Arauco y Lebu.

El ferrocarril y el telégrafo son el auxiliar más eficaz de la guerra. Por muy poderosa que sea la escuadra y la fuerza de desembarco que pueda llegar de lejanas tierras a estos lugares. Chile tendrá siempre y con toda prontitud elementos suficientes para rechazar todo intento de ataque en esa zona ayer desamparada.

Como se sabe, por tierra Chiloé, es verdaderamente inexpugnable. La naturaleza y su posición geográfica, lo han puesto a cubierto de toda innovación.

El ferrocarril que partiendo de Valparaíso recorre el valle central de nuestro territorio hasta Arauco, a la vez que lleva el progreso a todos los pueblos del sur, confunde o mejor diré, amasa sus poblaciones. Esto, el telégrafo, el buen servicio postal, los caminos y los vapores que ponen en contacto todos nuestros puertos, han hecho al pueblo chileno homogéneo y compacto.

"La unión es la fuerza"

Decíamos, pues, el ferrocarril que recorre el valle central de Chile al pie de la gran cordillera de los Andes, al auxilio de todo ataque marítimo, es el guardián más seguro, destinado a conducir las fuerzas que han de defender los pocos y conocidos boquetes o desfiladeros del grandioso baluarte de los Andes, lo mismo que las playas de nuestro territorio por el occidente.

Nada tan estratégico como este ferrocarril que abraza, con cintura de acero, las provincias más importantes de nuestro país.

Como se sabe, en Arauco ha hecho el ferrocarril en poco tiempo lo que no pudo conseguir la guerra en una serie de años bastante prolongada.

Por eso decíamos: el trabajo, la industria y la riqueza honrada de mis chilenos será siempre la mejor defensa de su territorio.

VI.

Nada diré del puerto de Constitución porque, a mi juicio, es poca su importancia militar. Sin embargo, en atención a su comercio y al desarrollo que ha de tomar más tarde, una vez que esté expedita su barra, tal vez se haga necesario defender su entrada con un solo fuerte, que será bastante, siempre que su artillería de algún calibre esté montada en una batería construida en corte y a barbeta. Esto solo pondrá a cubierto este puerto de todo ataque o golpe de mano enemiga.

VII.

Valparaíso

Que es el primer puerto de Chile por su comercio, cultura y población, está muy lejos de serlo en cuanto a sus condiciones de defensa. Su bahía o rada que es completamente abierta hace, sino imposible, al menos muy difícil poner al pueblo al abrigo de los proyectiles enemigos. Por tierra no se pueden avanzar nuestros fuegos más allá de dos mil quinientos metros, distancia que significa

poco sobre la artillería de la nave hostil, para tenerla a raya e impedir que arroje sus granadas sobre la población.

Dado el caso de igualdad de poder de la artillería colocada en tierra con la colocada en un buque blindado, este, a distancia máxima, para bombardear un pueblo solo necesita hacer llegar sus proyectiles al punto que quiere ofender, mientras que la artillería de tierra necesita para romper el blindaje de la nave enemiga, distancia mínima, para que la velocidad inicial y poder de penetración no se haya perdido en el largo trayecto antes del choque. De aquí la necesidad del avance de que he hablado.

Los trece fuertes que defienden Valparaíso aun cuando estén erizados de cañones difícilmente serán suficientes para impedir que un buque blindado y con buena artillería, esté en la posibilidad de bombardear el puerto.

A las fortificaciones en tierra les falta el complemento de defensa naval, y así únicamente, asegurar o dejar garantida esa población.

Creo, que si este puerto ha de continuar artillado, se hace indispensable dotarlo de una escuadrilla de lanchas porta torpedos y de dos buenas baterías flotantes blindadas y artillado a con piezas modernas.

El material de artillería que existe en las fortificaciones de Valparaíso es bueno y abundante. Sin embargo, toda plaza fortificada, de la importancia de nuestro primer puerto, necesita periódicamente cambiar su material dedicado a las exigencias del servicio y adoptando las nuevas invenciones que día a día se hacen en esta arma.

En las fortalezas como en los buques de guerra hay que gastar más en su conservación y servicio que en su construcción o adquisición.

Desgraciadamente, en Valparaíso nunca han tenido los fuertes una guarnición propia, destinada únicamente al cuidado y estudio del material, sus condiciones y situación que de cada una de ellos.

Es inútil gastar en fortificaciones si después de construidas y artilladas no se han de conservar y atender convenientemente.

Sobre esto, me permito llamar la atención del Supremo Gobierno. Lo primero que se debe hacer en las fortificaciones de Valparaíso, es mandar al servicio de ellas oficiales inteligentes y estudiosos, do la guarnición de artillería indispensable para su conservación y arreglo. Así habrá economía bien entendida y el servicio se hará con toda la utilidad, tanto para el país como para el arma. (Suplico al Señor Ministro no olvide que esto lo escribía el que suscribe, a fines del año 1881).

En cuanto a la situación de los fuertes y su armamento, solo diré:que hay dos secciones de defensas construidas en este puerto, una al poniente y al sur de la bahía, y otra al norte. Cada una de estas secciones tiene su fuerte principal como centro de poder y llave de esa localidad. Al sur el fuerte Valdivia y al norte el Pudeto, estos dos fuertes, a mi juicio, son los vértices de los ángulos con mejor y más campo de tiro y con la ventaja de poder cruzar sus fuegos precisamente en la directriz del ángulo de defensa de la bahía de Valparaíso, por consiguiente, necesitan y se hace necesario colocar en ellos la más poderosa artillería.

Los fuertes restantes, en cada una de las secciones son complementarios.

No creo posible un desembarco a viva fuerza en Valparaíso. Cincuenta o cien mil hombres no vienen por el Cabo de Hornos o por el Estrecho de Magallanes tan fácilmente y si vinieran, no desembarcarían recibiendo los fuegos de sus baterías. Sin duda alguna buscarían para desembarcar costa desarrollada. Por esto conviene no olvidar San Antonio al sur y Quinteros al norte. Si tenemos cañones será prudente mandar algunos a estos puertos y conservarlos lo mejor posible.

Al final de este informe manifestaré lo que creo se hace necesario ejecutar en los fuertes de Valparaíso para su servicio, conservación del material, municiones y demás pertrechos. De la misma manera hablaré del personal indispensable, tanto en este puerto como en todos los de la república donde haya artillería.

VIII.

Coquimbo y Caldera

Puertos artillados a la ligera por las necesidades de la guerra, necesitan —ya que han sido construidos en tales circunstancias— de una última mano para dejarlos completamente terminados. Así, pues, habrá que montar en cada uno de estos fuertes algunas otras piezas, lo mismo que construir polvorines y almacenes para guardar municiones y los pertrechos indispensables en esas fortificaciones.

IX.

Antofagasta

Está defendido por tres fuertes, situados: uno al sur, otro al centro y el tercero al norte de este puerto.

Dos meses antes del 28 de agosto de 1879 fue comisionado el que suscribe para que dirigiera las fortificaciones de Antofagasta. Se puso manos a la obra y se trabajó de tal manera que el día indicado tuvo lugar el segundo combate con el blindado Huáscar, teniendo que retirarse esta nave de la rada de Antofagasta con averías de consideración.

Los trabajos de estas fortificaciones fueron dirigidos y ejecutados por los oficiales y artilleros sirvientes del Regimiento  $N^{\circ}$  2 de Artillería.

Voy a permitirme hacer una breve exposición de estos trabajos para manifestar al Supremo Gobierno lo mucho que se puede hacer en las fortificaciones con oficiales instruidos, entusiastas y con amor al arma que sirven.

La batería construida en corte y a barbeta al norte de Antofagasta es tan buena como la mejor de Valparaíso, teniendo sobre estas la ventaja que cada pieza de cañón tiene su polvorín especial, y además están separadas unas de otras comunicándose solo por caminos cubiertos, lo que da mayor seguridad y facilidad a los sirvientes en el momento del combate.

Dirigieron los trabajos de esta batería el sargento mayor don Exequiel Fuentes y el capitán don José Joaquín Flores teniendo a sus órdenes al teniente don José Manuel Ortúzar.

## Cuenta y demostración de los trabajos

560  metros cúbicos, corte en roca a razón de \$ 1,50 c/u			
canteada a \$ 5 c/u <u>\$ 4000.00</u>			
\$ 8840.00			
2 esplanadas de madera y fierro para los cañones de 150			
1 esplanadas para el de 300\$ 1000.00			
1 casa de madera, 12 grandes armerillos para balas y granadas 3 id para los			
polvorines para Soquetes, piso y escala de madera para id puertas y cajas para			
espoletas. \$3450.00			
8.650 metros cúbicos de terraplén apretado con agua y pison s \$ 0.80 c c/u\$ 6920			
Por madera, fierro, herramientas, conducción de materiales, tunas, baldes			
y demás utensilios para los trabajos\$2000.00			
Son\$ 23.410.00			

Fuente del centro construido por el sargento mayor don Delfín Carvallo, teniendo a sus órdenes al teniente don Pablo Urízar.

Por cimientos, esplanada, terraplenes, polvorín, casa, espaldones, armerillos y	
demás útiles Total	\$ 13 200 00

Fuerte del Sur construido por el sargento mayor don Benjamín Montoya.

Se ve, pues, que los trabajos de las fortificaciones en Antofagasta, debieron importar más de cincuenta mil pesos. Algunos que las han visitado creen que han costar cien mil. Sin embargo, señor, solo cuestan a Chile esos trabajos cinco mil y tantos pesos. La cuenta detallada de estos cinco mil pesos existe en la Caja del Regimiento  $N^{\circ}$ . 2 de Artillería y creo, hay dinero sobrante todavía.

Trabajando así ¿cuánto gana el país? ¿Cuánto ganan los oficiales que dirigen esos trabajos en práctica y en ciencia? La misma tropa se instruye mucho y más tarde cuida mejor de la conservación de la fortaleza que sus propias manos han construido.

Lo único que falta a los fuertes de Antofagasta para que se puedan conservar bien, es, cerrarlos, pues están hoy completamente abiertos, lo que hace muy difícil su cuidado.

Χ.

Después de la Batalla de San Francisco y dueño nuestro Ejército del departamento de Tarapacá, fue necesario mandar a Iquique y Pisagua a oficiales de Artillería de reconocida competencia para que se repararan y dejaran en mejor estado de defensa toda la costa de ese departamento.

Primero, el sargento mayor don Benjamín Montoya y más tarde don Emilio Gana, del mismo grado, dirigieron los trabajos de fortificación de que habla la nota que transcribo del último jefe:

Iquique

Al tomar posesiones de Iquique el Regimiento  $N^{\circ}$  2 de Artillería, descargó los cuatro cañones de esa plaza que los enemigos habían creído dejar inútiles para el servicio. Estos cuatro cañones de 200 y 300 libras, sistema Parrott, estaban montadas dos al sur de la población y dos al norte, formando las baterías del Morro y del Colorado, cuyos parapetos eran de lonas llenas de tierra y que se incendiaban con los disparos de las piezas.

En estas baterías hubo necesidad de construirles parapetos, polvorines y hacer galpones para la guarnición de artillería.

En la isla Esmeralda de Iquique, por orden del señor Comandante General de Artillería, don José Velásquez, se montó un cañón de 150 libras Armstrong que los peruanos tenían a bordo de la fragata Independencia y que fue encontrado después de la toma del puerto, en el fuerte Colorado y desde allí se trasladó a la isla. Además se montaron allí dos cañones de 70 libras Armstrong, uno que pertenecía al vapor "Amazonas" y el otro de nuevo modelo, cuyo alcance es de 6.000 metros.

Para ejecutar estos trabajos hubo necesidad de establecer en la isla una máquina resacadora de agua para abastecer a la guarnición que ejecutaba esos trabajos. Se construyó un cuartel para ochenta hombres con maderas traídas del alto del "Molle", donde el enemigo tenía sus cuarteles.

La batería del cañón de 150 libras Armstrong fue la única que quedó concluida, siendo de sentir que un cañón de tal calibre esté sobre un montaje tan antiguo y convendría a toda costa aprovechar los montajes peruanos que se traerán pronto a Chile.

El puerto de Iquique está defendido actualmente por 7 cañones del calibre siguiente: 2 de 300 libras sistema Parrott, 2 id 200 libras id, 1 de 150 libras Armstrong y 2 de 70 libras id. Para completar su defensa había que construir en la isla una casa mata con seis cañones de grueso calibre aprovechando los que ya están montados y llevando al Perú 3 cañones Rodman de a 600 libras.

# Pisagua

Se montaron cuatro cañones ingleses de 68 libras lisos en dos buenas baterías y se arreglaron las dos que habían a la toma del puerto, una al norte y otra al sur con un cañón de 100 libras sistema Parrott cada una. Se trabajaron galpones en cada una de las baterías. Quedaron ahí sin montar dos cañones lisos de 68 que por falta de tiempo no se hizo. Creo deben cambiarse los cañones lisos, por los últimos conquistados al Perú, pues aunque no son de los mejores sistemas, sin embargo tienen mayor alcance y de consiguiente mayor fuerza de penetración. En este puerto hay que concluir bien las baterías y construir un polvorín general.

# Pabellón de Pica y Huanillos

En la llamada isla y península de este puerto se montaron tres cañones, 2 de 200 libras, y uno de 100 libras sistema Parrott con lo cual el puerto está perfectamente defendido, pudiendo amparar en sus fuegos las plataformas de pabellón y caleta de Chanabaya. Estas baterías están inconclusas y faltan los espaldones de piedra.

En Huanillos quedó un cañón de 100 libras Parrott con todos sus útiles en disposición de montarlo y a falta de agua y de tiempo no permitió llevar bastante tropa para ejecutar ese trabajo.

Hay que advertir que tanto en Iquique, Pisagua, Pabellón y Huanillos, no se ha contado con ningún elemento y solo se han dispuesto de la voluntad de los oficiales y tropa del Regimiento  $N^{\circ}$  2 de Artillería para llevarlas a cabo con toda felicidad, venciendo como es de suponer tantos inconvenientes para la con-

ducción y desembarco de los cañones como de las obras de albañilería y carpintería que la mayor parte eran ejecutadas por soldados del regimiento.

"Aunque aparece muy sencillo el montar un cañón, sin embargo, es uno de los trabajos de más responsabilidad y más penosos que hay en artillería. Los oficiales y tropa que han ejecutado esos trabajos se encontraron en las últimas batallas, habiendo dado pruebas de moralidad y disciplina".

Como se ve con un poco más de trabajo, quedan terminadas y artilladas las fortificaciones de los principales puertos y caletas del departamento de Tarapacá.

XI. Mejillones

He pasado de Antofagasta al departamento de Tarapacá sin hacer mención del famoso puerto de este nombre cuya gran bahía tiene fama de ser la mejor que existe en el norte de Chile. Para fortificar este puerto que carece completamente de recursos, habrá que invertir mucho dinero pues su bahía es muy abierta.

Si más tarde el Supremo Gobierno en vista de las necesidades de nuestra marina, desea hacer de él un puerto militar, será fácil hacer los estudios del caso. Así, Mejillones, sin duda ninguna será el mejor apostadero para nuestros buques en el norte.

XII. Arica

En la anterior memoria que tuve el honor de pasar al señor ministro Castellón, nada dije sobre el puerto y fuertes de Arica, la razón de este silencio V.S. la comprenderá fácilmente. Hoy creo del caso poder manifestar a V.S. la importancia de ese puerto y lo que está llamado a ser más tarde, cuando se arreglen sus fortificaciones y se deje en estado de servicio.

El señor jefe político y Comandante General de Armas de Tacna y Arica señor don Manuel José Soffia me pidió por medio de una nota mi opinión sobre la frontera norte de Chile. Sobre estos tuve el honor de responder con fecha 30 de junio del año pasado, con el informe que copio a la letra.

"Comandancia de la división de Tacna y Arica Al Señor Jefe Político y Comandante General de Armas de Tacna y Arica Tacna Junio 30 de 1883.

Al responder a su atenta nota  $N^{\circ}$  535 del mes pasado, en que me favorece V.S. manifestándome el deseo de conocer mi opinión, sobre la línea que más convenga a nuestro país como frontera militar, para

hacerla figurar en la memoria que se propone V.S. pasar al Supremo Gobierno sobre la administración de esa Jefatura Política y Militar, durante el tiempo que ha estado a cargo de V.S., me permito manifestarle, ante todo, que, a la vez de considerar grato y honroso dar mi opinión en este asunto máxime cuando va a figurar en un trabajo de tanta importancia como su memoria, llamada, sin duda alguna, a ser consultada detenidamente antes de dar solución a los arreglos definitivos de la presente guerra, creo que mi deficiencia indudablemente dejará vacíos y con esta seguridad entro a ocuparme de él, esforzándome sí por salvarlos, en cuanto me sea posible, para satisfacer a V.S. tal como lo deseo.

La quebrada de Camarones, que sirve de límite a este departamento, separándolo del de Tarapacá, ha sido, a juicio de (mucha gente),<sup>2</sup> considerada como la mejor frontera de nuestro país por el norte.

Esta creencia no solo ha tenido por base la cuestión política y diplomática que se ventila entre Chile y las dos repúblicas aliadas, si no también que, considerada esa quebrada como frontera militar, poseía ventajas estratégicas de primer orden.

Esto, para mí, es un error. Voy a manifestar a V.S. las razones que sirven de apoyo a mi opinión.

El gran departamento de Tarapacá, ocupado por una población dedicada al desarrollo de esta o aquella industria, puede decirse, tiene una vida artificial, desde el momento que su suelo no produce nada que sirva de alimento a la vida de sus habitantes.

La vía marítima y generalmente los productos de Chile abastecen a este departamento.

Sin esta corriente, que es acarreo constante de todos los elementos indispensables a la existencia del hombre, la vida en Tarapacá sería imposible.

De manera, que en un Ejército en este territorio, necesita tener asegurada la vía marítima y ser dueño de los puertos de su litoral.

Más claro, Chile, para conservar y defender el departamento de Tarapacá, necesita dominar en el mar. Sin esto, el ejército no podría mantenerse.

Desde el Loa a Camarones, toda la costa carece de agua y por consiguiente de vegetación.

La misma quebrada de Camarones en muchos años, si no es completamente seca, se nota mucha escasez de agua.

<sup>2</sup> Enmendado en el texto original por: "alguno por escritos de la prensa chilena".

Creo que nadie en Chile puede tener la pretensión de dominar siempre en el mar. Perdido este dominio para poder atender desde Chile por tierra a la defensa y conservación de este departamento, sería necesario salvar muchas dificultades y el asunto sería supuestamente caro. Por esto, Tarapacá necesita de un lugar más inmediato (un ferrocarril con)<sup>3</sup> que Chile (continental)<sup>4</sup> para proveerse, una vez perdida la vía marítima.

¿Cuál puede ser ese lugar? Indudablemente no hay otro que el departamento de Tacna y Arica.

Ahora veamos lo que sería la quebrada de Camarones como frontera militar.

Esta quebrada que efectivamente es profunda en toda su extensión, desde la cordillera al mar, sin embargo, es accesible en casi toda ella para fuerzas de infantería, caballería y artillería de montaña. Solo la artillería de campaña no puede atravesarla, porque no tiene caminos carreteros.

Desde la cordillera al mar, dicha quebrada recorre una distancia que pasa de 35 leguas.

Para vigilar esta larga línea y defender los diez o más caminos que hoy la atraviesan, se necesita de un Ejército numeroso.

En Camarones es abundante el forraje para la caballería, y cuando el agua no es escasa, sus pobladores, indios por lo general, siembran y cultivan chacarerías.

Algún pequeño desembarcadero es el único que da acceso desde el mar a la quebrada en su desembocadura. En este lugar la costa es completamente abierta y cuando el mar está un poco picado, es difícil desembarcar.

Nada existe en Camarones que pueda ser útil al establecimiento de un cantón militar.

Puerto, muelle, almacenes, cuarteles, casas, caminos, cierros (sic), corrales, nada, en una palabra, de las mil necesidades indispensables para una guarnición, se encuentran en ese punto. Todo sería necesario proporcionárselo haciendo grandes gastos.

Y siempre esa larga línea podía ser atacada en todo su frente, lo mismo que por el flanco; pues existen varios caminos que la ponen en contacto con Bolivia, atravesando la cordillera, la que no es muy alta ni escabrosa en esos lugares.

<sup>3</sup> Añadido con lápiz a mina en el original.

<sup>4</sup> Ibídem.

INFORME DEL CORONEL D. JOSÉ VELÁSQUEZ SOBRE ARTILLAMIENTO DE LOS PUERTOS DE...

Desde Arica a Camarones, hay veinte leguas, teniendo agua y otros recursos en Chaca, que es la medianía del Camino.

Esto manifiesta que por el norte se puede atacar a Camarones con grandes ventajas, pues las fuerzas que llevarán ese ataque, dejaban a retaguardia su abastecimiento asegurado. El rico y productivo departamento de Tacna y sus valles vecinos pueden proveer fácilmente a un ejército numeroso. Esto lo estamos viendo aquí hoy mismo y es lo que ha sucedido en toda esta larga campaña.

El ejército aliado se organizó y se mantuvo perfectamente en Tacna. Sin embargo de estar bloqueado a Arica y no ser dueños del mar. Vivían solo de los recursos de este departamento.

Por esta razón fue necesario venir en busca de este ejército, atravesando el desierto para batirlo.

No sucedió así con el ejército aliado que defendía el departamento de Tarapacá.

Tan pronto este ejército vio cortada su vía de comunicación con el norte y cerrado el postigo de Pisagua, buscó salida y en su marcha en demanda de agua y de vida, fue despedazado en la memorable Batalla de San Francisco o Dolores.

La frontera de Chile en Camarones tendría siempre este gravísimo defecto.

Evidentemente, el ejército, que defendiera a esta quebrada y tratara de conservar a Tarapacá en caso de ser atacado de flanco o de frente, sin contar con la vía marítima, quedaba aislado en medio de un desierto y sin recursos de ningún género.

Yo, Señor, le doy tal importancia a este asunto, que me inclino a no mencionar muchos otros inconvenientes que encuentro y he encontrado siempre en la línea de Camarones, como frontera militar y estratégica de nuestro país. Lo muy poco que he dicho hasta ahora, a mi juicio sería más que suficiente para no aceptarla en ningún caso.

Pero, deseoso de patentizar ante V.S y el Supremo Gobierno, con toda claridad los defectos e inconvenientes estratégicos de esa línea, voy a indicar a la ligera algunas desventajas que se notan a primera vista.

¿Cuál es el apostadero o puerto militar que existe en algún punto de la costa del departamento de Tarapacá, que pueda servir de abrigo y de defensa y de poder a nuestro ejército y a nuestra escuadra?

Buscarlo, Señor, sería trabajo perdido. No hay otro que Arica, y este, como V.S. sabe, pertenece al departamento de Tacna. Arica, es el único puerto, en muchos grados de latitud de esta costa, que se pueda calificar de tal, y que a la vez, sea una verdadera fortaleza natural.

En estos lugares, el poder de Chile, sin este punto, sería ilusorio.

Vemos, pues, que en Tarapacá no hay un puerto que pueda llamarse militar; no hay caminos que lo pongan en contacto con Chile por tierra; carece de los recursos y productos propicios y necesarios para el sostenimiento de una guarnición; su línea de frontera tomada la quebrada de Camarones como tal, es sumamente extensa para ser defendida fácilmente; esta línea tiene un departamento vecino abundante en productos de todo género, donde el enemigo puede organizar o acantonar fácilmente un ejército que sea una amenaza constante para la seguridad y conservación de Tarapacá, por último la quebrada de Camarones tiene un temperamento funestísimo para todos lo que llegan a habitar en su profundo y encajonado valle. En Camarones hay más tercianas que en Moquegua y Locumba.

En cambio, examinemos lo que sería la frontera en el departamento de Tacna o en uno de sus valles vecinos del norte

Al mirar el mapa de estos lugares vemos que el mar, en el departamento de Tacna, parece que ha querido ponerse en contacto con la cordillera de los Andes y este, sensible a las brisas del océano inclinar su gigantesca mole, formando un codo, para aproximarse a las playas de Arica. De esta manera, Pachía, donde principian los primeros perfiles del famoso y colosal Tacora, hasta la playa que está al norte del otro no menos famoso morro de Arica, no hay más distancia en línea recta que once leguas.

Tenemos, pues, que esta línea es menos de la tercera parte más corta que la de Camarones.

Si a esto agregáramos las ventajas inmensas que nos proporciona el rico y abundante valle de Tacna, cuyos extremos están tan favorablemente apoyados por dos fortalezas naturales, tendremos que esta línea bajo todo punto de vista, es incomparablemente superior a la ya mencionada de Camarones.

Todo lo que falta y que nos sería difícil obtener en Tarapacá lo tenemos abundante y de primer orden en Tacna

Hacer paralelos entre esta y aquella línea, sería tiempo perdido ante personas conocedoras de esto lugares. Los únicos que pueden tener dudas sobre las mil ventajas de la línea de Tacna, son los que no conocen estos puntos.

Tanto en la ciudad de Tacna como en los otros cantones de Pachía, Calama, Pocollai y puerto de Arica, está todo costeado y todo establecido.

No olvido, señor, por un momento, que solo estoy hablando de las ventajas militares que tiene esta línea sobre la de Camarones.

INFORME DEL CORONEL D. JOSÉ VELÁSQUEZ SOBRE ARTILLAMIENTO DE LOS PUERTOS DE...

Pero, hoy la malicia se roza tanto con todos los adelantos modernos, que no es fácil deslindar puertos y asientos que giran y marchan en tan perfecta armonía.

Un puerto con buen surgidero, los ferrocarriles, los caminos, las ciudades, el telégrafo, los hospitales, el comercio, la agricultura, la industria y las ciencias, que no han nacido para la guerra, sin embargo, son sus mejores auxiliares.

Todo eso tenemos en Tacna.

El puerto de Arica llamado a tener una importancia mercantil de primer orden en el Pacífico, tiene también la facilidad de ser una fortaleza no menos importante.

No necesito mencionar aquí la importancia del departamento de Tacna, por el contacto en que está con territorios tan ricos en productos de todo género, y que es la única salida obligada y natural de todos ellos.

Solo me concretaré a manifestar lo que sería del valle de Tacna, como cantón militar de las fuerzas que mande Chile a este punto para guardar y defender sus derechos.

Pero mucho más de lo que yo pueda decir en apoyo de la frontera de este lugar, no la ha dicho ya la experiencia en los tres largos años que Chile ocupa este departamento.

Desde el principio de esta ocupación se ha dicho en Tacna que, fuerzas peruanas salidas del departamento de Arequipa y de los vecinos, Ayacucho, Cuzco y Puno (que todos ellos cuentan con una población que pasa de millón y medio de habitantes) en combinación con el Ejército boliviano atacarían la pequeña guarnición chilena acantonada en esta línea. Efectivamente en muchas ocasiones se ha notado movimiento de cuerpo en esta o aquella localidad; pero todo esto no ha pasado de noticias y alarmas infundadas.

¿Habría sucedido lo mismo si en lugar de estar esta guarnición en Tacna, está en Camarones? Evidentemente que no. En Camarones nuestras fuerzas habrían sido atacadas sin duda alguna, por la facilidad en que se dejaba al enemigo de concentrar sus fuerzas en un valle como el de Tacna, lleno de recursos y en contacto inmediato con los centros más poblados del Perú y Bolivia.

Ya hemos dicho que la línea que tendríamos que defender en Camarones tiene una extensión de más de treinta y cinco leguas, mientras que la de Tacna solo tiene once; con más la ventaja de contar con un ferrocarril que la recorre en sus tres cuartas partes. Solo queda sin este servicio del ferrocarril, la distancia que hay entre Tacna y Pachía, cuatro leguas.

Pero no es esta la más aceptable de las condiciones que tiene la línea de Tacna sobre la de Camarones. Porque la frontera o línea militar y estratégica no es siempre la mejor la más corta y de más fácil defensa, sino la que, a más de esas condiciones, tenga también la de dominar más fácilmente los territorios donde el enemigo tenga posibilidad de reconcentrar sus fuerzas.

Desde Tarapacá, el Ejército chileno necesitaría de grandes elementos marítimos y terrestres para llegar a disolver esos centros de fuerzas. Mientras que, desde Tacna a la vez de jaquear a sus vecinos no necesita operación marítima ni de grandes recursos terrestres para operar en el sentido necesario.

Los elementos de movilización de un ejército, le sería a Chile muy difícil y costoso mantenerlos y conservarlos en Tarapacá. En Tacna, por el contrario, sería mucho más fácil y una vez que el Supremo Gobierno conceda a una empresa nacional o de otro género la merced de las aguas del río Maure, reservándose el derecho a la que necesite para proporcionarse el forraje de los caballos y mulas de la fuerza de la guarnición de Tacna, este servicio quedaría perfectamente atendido y sin costo alguno.

El clima del valle de Tacna es el más bello y benigno de todo el Perú. Está completamente libre de tercianas y cuando la fiebre amarilla asola la costa y los valles vecinos, aquí nadie se alarma. La experiencia ha probado que esta epidemia nunca llega a Calama y Pachía.

Al elegir la frontera en el valle de Tacna, el límite se fijaría en uno de los valles del norte, Locumba u otro. Indudablemente el de Sama quedaría comprendido en ella. Ya conocemos la importancia de este valle el que, estando ocupado por una regular guarnición, lo mismo que Tarata, pondrían a Tacna a cubierto de sorpresas y ataques por el norte. Sabemos que el Oriente está defendido por las cordilleras de los Andes.

Con esto, el dominio militar de nuestro país en estos territorios, pasaría a ocupar el segundo lugar ya que Chile no desea otro dominio, ni tiene otro anhelo que el que da el trabajo honrado, el comercio, en una palabra, la civilización.

Tacna, necesariamente, tiene que ser en lo futuro el cerebro de estos territorios. La variada y sorprendente riqueza de todos sus productos, tendrá que converger en busca de salida al único puerto posible en estos lugares, Arica.

Y los ferrocarriles, la industria y los capitales harán el departamento de Tacna la única frontera digna, permanente y aceptable que el dedo justiciero de Dios, ha marcado para los hijos de Chile.

> Dios guíe a V.S. José Velásquez".

INFORME DEL CORONEL D. JOSÉ VELÁSQUEZ SOBRE ARTILLAMIENTO DE LOS PUERTOS DE...

XIII.

Recorrido así a la ligera el dilatado litoral de Chile, desde el archipiélago de Chiloé, hasta el límite norte del departamento de Tacna. Sin necesidad de detenerse largo tiempo en cada punto, se comprenderá fácilmente lo mucho que hay que estudiar y trabajar para dejarlo garantido de toda invasión.

Creo que lo que necesitamos hacer para conseguir este resultado y dar cima al asunto de que nos ocupamos, es: distribuir y atender convenientemente el cuerpo de oficiales de artillería, lo que se conseguirá organizando este cuerpo de oficiales de artillería lo que se conseguirá organizando este cuerpo y dándole completa unidad.

Para esto, habría necesidad de formar tres o más departamentos de artillería en toda la costa de Chile. Estos departamentos serían mandados por jefes conocedores del arma de artillería.

La fuerza de artillería se compondría de cuerpos o brigadas para el servicio de la artillería de campaña, Montaña, Costa y sitio y si se quiere de Marina con sus respectivos jefes y personal especial.

Organización de una escuela teórica y práctica de artillería para los oficiales de arma en general dirigidos por un jefe especial.

En cada uno de los departamentos, escuelas de artillería para las clases y soldados sirvientes, dirigidos por oficiales del arma.

Un cuerpo al servicio de los distintos parques de guerra en los departamentos y parque general, que dirija la maestranza, fábrica de pólvora, fábrica de cartuchos y municiones diversas en las tres armas, salas de artificios, guardaalmacenes de pertrechos y útiles y empleados de cuenta y sazón de artillería.

No se crea que todo esto demandará muchos gastos. Por el contrario, tengo la seguridad que habrá economías pues tenemos todos los elementos del caso y solo falta dar forma y cohesión a este importante servicio. Felizmente hay jefes competentes en Chile, que hoy están sin colocación muchos de ellos, y que pueden desempeñar los distintos puestos indicados.

Desde mucho tiempo atrás, todos los señores comandantes generales de artillería han solicitado este mismo arreglo.

Pero, qué mejor ejemplo que la experiencia adquirida en la última guerra.

En Antofagasta, el jefe de la artillería tuvo que organizar el servicio del parque y maestranza del arma y así, nuestro ejército estuvo perfectamente servido en este ramo en las campañas de Tarapacá,

Moquegua y Tacna. Antes de ir a Lima por asuntos que no es del caso mencionar aquí, se dio otra forma y dirección a este servicio. Pues bien, cuando nos embarcábamos en Arica, se volvió a entregar la maestranza a la artillería, por la razón muy sencilla de que nadie soporta y conduce mejor una carga pesada, sino el que la necesite. Esto mismo sucedió después con el parque. Un día antes de la Batalla de Chorrillos, el señor jefe del Estado Mayor General de Artillería, hiciera servir al parque del arma por oficiales de su cuerpo, lo que se hizo, sin embargo de la angustia del tiempo y ese servicio, estuvo tanto en Chorrillos como en Miraflores perfectamente atendido.

Por esto, en todos los ejércitos del mundo las distintas secciones del servicio del parque y maestranza es anexo a la artillería.

Entre nosotros, esta necesidad no es nueva. En un informe del señor Comandante General de Artillería que figura en la memoria de guerra del año 1874 se lee lo siguiente: "Cada día se hace más necesario la formación de un cuerpo de guarda-almacenes en oficiales que estén a cargo del parque. Estos oficiales deben necesariamente, antes de hacerse cargo de los pertrechos de guerra y del variado material del artillería, lo mismo que del armamento y municiones de las otras armas, recibir una preparación o conocimiento perfecto de todo el material, modo de conservar la pólvora, municiones, artificios, alzas, tablas de tiro, de carga & En una palabra, deben ser oficiales de artillería. No es posible exigir de un oficial que se retira de la infantería o caballería todas estos conocimientos, sin los cuales el oficial del parque no puede ejercer sus funciones con el acierto y expedición que se requieren".

"Recomienda esta Comandancia toda la justicia y oportunidad de las observaciones que anteceden, cumple con el deber de proponer a V.S. la adopción de la medida que indica el comandante Velásquez, medida en cuyo favor militan razones de alta conveniencia, como las que el citado jefe aduce y otras no se ocultan a V.S. Con lo mismo que el Estado paga hoy en sueldos de empleados para este ramo del servicio, podría tenerse el suficiente número de oficiales de artillería para su desempeño".

En campaña, sobre todo, nada más conveniente al buen servicio que esta medida a la vez cómoda para el General en Jefe y para el jefe de Estado Mayor General, quienes pueden entenderse con un solo jefe responsable y autorizado en el arreglo, distribución y conducción de un servicio tan complicado y que tanto se relaciona entre sí. Lo mismo sucede en tiempo de paz, en las fortalezas y departamentos de artillería lejanos a la capital. Pero, no continuaré sobre este punto, temo hacerme majadero, si no lo he sido ya.

#### XIV.

En el mes de junio del año 1882 el Supremo Gobierno me encargó de presentar un proyecto para dar una nueva forma de organización de la artillería. En ese mismo mes tuve el honor de pasar a manos del señor ministro de la Guerra, don Carlos Castellón la base de ese proyecto, en todo de acuerdo con las ideas emitidas en el capítulo anterior.

INFORME DEL CORONEL D. JOSÉ VELÁSQUEZ SOBRE ARTILLAMIENTO DE LOS PUERTOS DE...

Voy a permitirme estampar aquí algunos de los puntos que abrazaba ese proyecto, basado en la siguiente necesidad.

"Dictada la Ordenanza del Ejército para los casos generales relativos al régimen, disciplina, subordinación y gobierno de los cuerpos que lo componen, que es común a las tres armas, y como la artillería solo tiene hasta hoy los reglamentos privativos que disponen su servicio, se hace necesario para salvar el vacío que se nota en dicha ordenanza, organizar el cuerpo de artillería en conformidad a los nuevos adelantos del material de guerra y a la experiencia adquirida en la última campaña".

Después venía la división de la costa en departamentos de artillería, tal como queda manifestado.

La organización de tantas brigadas de campaña, montaña y costa. Con su personal correspondiente, tanto en tiempo de guerra como de paz.

Sobre el material decía lo siguiente:

## Material

Las baterías en tiempo de guerra constarán de seis piezas, bien sean de campaña o de montaña. En tiempo de paz solo tendrán cuatro. Las restantes lo mismo que las de plaza y sitio estarán en el parque en sus respectivos rastrillos, conservadas convenientemente, con sus atajes, pertrechos y municiones.

En los puertos donde haya artillería de costa habrá también piezas de artillería de campaña a montaña como complemento de aquellas. Las municiones, montajes, juegos de apenas y pertrechos serán conservadas y servidas de arreglo a los reglamentos del caso.

#### Ganado

Las baterías de campaña en tiempo de guerra tendrán ochenta caballos de tiro y en guarnición serán servidas por cuarenta.

Las de montaña en tiempo de guerra serán conducidas por cuarenta mulas y en guarnición por veinte.

Los señores jefes y oficiales de estas baterías en todo tiempo usarán caballos de su propiedad.

#### Instrucción

Para que la artillería esté siempre expedita, sostenga eficazmente las demás armas del Ejército y sus efectos sean decisivos, debe ser el principal y casi único objeto en tiempo de paz, la instrucción de la oficia-

lidad y tropa de las brigadas y compañías finas de este cuerpo, que componen su fuerza viva y permanente. Con este objeto, se establecerán las escuelas teóricas y prácticas, en los lugares donde han de permanecer las brigadas de artillería, observando los reglamentos y órdenes dictadas por la Dirección General.

Esta instrucción abrazará también la táctica de infantería y caballería, estrategia, combinación de las tres armas, fortificación pasajera y permanente, telegrafía militar, plan de señales, reconocimientos, pruebas y fabricación de pólvora, estudios sobre proyectiles, municiones, su fabricación y conservación, tiro al blanco y todos aquellos estudios indispensables requeridos en un arma de tal seriedad e importancia.

Propuestas y ascensos de oficiales y jefes de artillería

"Los alféreces saldrán de la Escuela Militar y patio universitario elegido entre los jóvenes que estudian matemáticas. Según propuestas de los jefes de los cuerpos de artillería y reemplazarán las vacantes que haya en otros cuerpos. Los oficiales subalternos no pasarán de unos cuerpos a otros para sus ascensos, de consiguiente la escala general del cuerpo de artillería no empezará sino desde capitanes".

"Siendo indispensable que los subinspectores, comandantes de departamentos, jefes de escuelas, de brigadas y de parques y maestranza, sean oficiales de artillería, y como sus funciones en paz y en guerra requieren una actividad, rigor y prudencia que sería imposible exigir en su avanzada edad si llegaran a estos empleos por rigurosa antigüedad; considerando también que para el servicio de artillería, singularmente en los grados superiores, se necesitan talentos, aplicación, instrucción, celo, prudencia y otras cualidades que no pueden ser comunes a todos, y que además es preciso estimular la adquisición de ellas, serán acordes al mérito los ascensos en todas las clases desde capitanes arriba, y por rigurosa antigüedad desde alférez hasta capitán, en consideración a que el desempeño de sus obligaciones nunca es de la entidad y consecuencia que el de los Jefes".

"Más para evitar en cuanto sea posible los ascensos inconsiderados y rápidos que en las clases donde no rige la antigüedad podrían proporcionar el favor o un mérito aparente, no serán ascendidos por ningún pretexto ni ocasión los capitanes ni los jefes que no hayan pasado el centro de la clase en que se hallen". (1)<sup>5</sup>

Decíamos también que, en todo caso, para proponer al Supremo Gobierno un ascenso por mérito desatendido la antigüedad, la Dirección General, al elevar la propuesta tendrá que ir acompañada del informe favorable de los tres jefes más caracterizados de la Plana Mayor del Cuerpo.

Creemos también que sería conveniente estimular y presenciar el estudio, dando al oficial de artillería un ascenso, una vez que obtenga el título del ingeniero en la universidad. Si el favorecido es capitán pasará a ser jefe de escuela en alguno de los departamentos de Artillería.

<sup>5</sup> Nota original: (1) Ordenanza de Artillería. 1802. Española.

INFORME DEL CORONEL D. JOSÉ VELÁSQUEZ SOBRE ARTILLAMIENTO DE LOS PUERTOS DE...

Por último, todas las propuestas para oficiales y jefes de la artillería serán pasadas por la Dirección General a la Inspección General del Ejército, lo mismo que todos aquellos documentos exigidos por la ordenanza y referentes al servicio militar de los cuerpos. Las propuestas de clases de artillería serán todas aprobadas por la Dirección General del Arma, pero dará aviso a la Inspección General del Ejército para la anotación correspondiente.

XV

La artillería en Chile siempre ha tenido dificultad de tener completo su personal. La manera de hacer la recluta, la clase de hombres que se necesitan en el servicio de un arma pesada y difícil, y el sueldo que se paga al artillero que es muy inferior al jornal del buen trabajador, explican esta dificultad.

Creo, que como medida económica y conveniente al buen servicio de esta arma, convendría organizar en Chiloé una brigada fija de artillería, compuesta de dos compañías de ochenta hombres cada una en cuatro oficiales por compañía. Esta brigada solo costaría al país, mensualmente, la suma de dos mil ochocientos pesos.

De esta manera, la provincia más aislada y lejana de nuestro territorio, tendría una guarnición propia que atendería a la conservación y servicio de los fuertes de Ancud y además, sería el depósito que suministraría periódicamente a los cuerpos de artillería, buenos artilleros de costa y de montaña; pues el chilote es soldado sufrido y leal, que jamás deserta de su cuerpo. Así también la gran población de Chiloé iría militarizándose poco a poco, lo que sería otra garantía de seguridad para Chile.

El gran archipiélago de Chiloé solo puede ser defendido por medio de una guerra de recursos y nadie puede y debe hacer mejor esa guerra que el mismo isleño chilote que conoce perfectamente el lugar y se orienta con toda facilidad en el espeso bosque que cubre por completo su suelo.

XVI.

La Oficina Hidrográfica que tan oportunos e importantes servicios prestó en la larga guerra con el Perú y Bolivia, proporcionando a nuestro Ejército los magníficos planos y reseñas minuciosas de las localidades y sus recursos, le indicó el camino de la victoria salvando los desiertos y mil otras dificultades.

Hoy esta misma oficina y su ilustrado jefe el señor Francisco Vidal Gormaz, nos será también muy útil para las fortificación de la costa de Chile. Ya, el que esto escribe, ha encontrado en dicho señor su atenta cooperación, facilitándole algunos planos del litoral.

Santiago, diciembre 4 de 1884. (Firmado) José Velásquez.

# DOCTRINA DE EMPLEO DE LA CABALLERÍA EN EL SIGLO XIX. ¿VIGENTE AL INICIO DE LA GUERRA DEL PACÍFICO?

MAY. Ricardo Kaiser Onetto<sup>1</sup>

"Los Granaderos se precipitan por el camino de la Palma, sable en mano, haciendo oír un grito extraño, el Chivateo, aturdidor y salvaje. Sus brazos se fatigan en golpear a los enemigos perdidos, y el ardor de la persecución, les impide saber que su comandante ha caído mortalmente herido".<sup>2</sup>

## INTRODUCCIÓN

El presente trabajo de investigación nace como un interés de resaltar y vislumbrar los roles en el empleo táctico que le correspondió desempeñar a las unidades de caballería durante la Guerra del Pacífico, considerando que se ha evidenciado una ausencia de antecedentes bibliográficos que se refieran a estos medios en particular y que describan en forma específica sus actuaciones al enfrentar la campaña de Antofagasta.

Antes del inicio de la Guerra del Pacífico, existían dos regimientos de línea, de los cuales, al Regimiento Cazadores a Caballo le cupo participación desde el inicio del conflicto, razón por la cual tuvo que ser movilizado desde el sur, donde participaba activamente en la Guerra de Arauco, situación que se replicaría con el Regimiento Granaderos a Caballo al poco tiempo de haber alcanzado la victoria en el Combate de Calama el 23 de marzo de 1879.

De lo señalado, se evidencia un cambio de escenario geográfico, pasando de un empleo en un terreno boscoso propio de la zona centro sur del país, a uno totalmente desértico, sin vegetación y con escasez de agua, que influyó severamente en la forma de accionar de los medios de caballería. En efecto, los textos históricos "La gran guerra Mapuche", de Tomás Bonilla Bradanovic y "Crónica militar de la conquista y pacificación de la Araucanía", de Leandro Navarro Rojas, dan cuenta de la forma que tenían de combatir los araucanos, dejando en evidencia que la amenaza estaba representada por un ejército de mapuches bien organizados, pero con armamento precario propio de su cultura, destacándose la lanza, pica, hacha, arco

<sup>1</sup> Mayor del Arma de Caballería Blindada, Oficial de Estado Mayor del Ejército, Licenciado en Ciencias Militares y Magíster en Historia Militar y Pensamiento Estratégico de la ACAGUE. Además ha realizado diferentes diplomados en la Academia Politécnica Militar, la Universidad San Sebastián y la Universidad Católica, junto a diversos cursos de requisito y de especialidad secundaria.

<sup>2</sup> LE LEÓN, M., Recuerdos de una misión en el Ejército Chileno, Segunda edición en Castellano, Editorial Francisco de Aguirre, Santiago, Chile, 1969, pp. 114.

En ambos textos se puede apreciar expresiones como "nativos salvajes" o relatos como el siguiente: "los indios se rehacen y vuelven caras, trabándose una desesperada lucha cuerpo a cuerpo, en que quedaron siete indios muertos de sable y varios heridos que alcanzaron a huir. En este combate salió herido de lanza en el brazo el Teniente Vargas e igualmente un Cabo de los cuatro que lo acompañaban". En: NAVARRO R., Leandro, Crónica militar de la conquista y pacificación de la Araucanía desde el año 1859 hasta su completa incorporación al territorio nacional, Pehuén Editores, Santiago, Chile, 2008, pp. 280.

y flecha, entre otros.<sup>4</sup> Antagónicamente, en el norte del país, las unidades de caballería tuvieron que enfrentarse a una amenaza representada por una fuerza que contaba con instrucción, organización y armas de fuego, propio de un ejército regular, similar al de Chile.

De esta forma algunos autores contemporáneos que han escrito sobre la Guerra del Pacífico, refrendaban distintos roles a la caballería. Unos señalaban que debía cargar contra el enemigo haciendo un empleo netamente ofensivo y otros le otorgan tareas de persecución y marchas por largas distancias hacia el interior del litoral, explotando de esta forma las capacidades de movilidad y maniobra.

Sin embargo, la doctrina vigente previo al inicio del conflicto, escrita en el "*Reglamento para los ejercicios i maniobras de la Caballería*" del año 1832, discrepa de las tareas que efectivamente cumplió en las operaciones terrestres en el marco de la campaña en estudio.

Señalado lo anterior, el objetivo del trabajo es determinar, mediante el análisis histórico de fuentes primarias y secundarias, la vigencia de la doctrina de empleo de la caballería previo al inicio de la Guerra del Pacífico, específicamente en lo que respecta a las operaciones terrestres de la campaña de Antofagasta.

¿DOCTRINA O ADAPTACIÓN? IDENTIFICACIÓN DE ROLES EN EL EMPLEO TÁCTICO DE LAS UNIDADES DE CABALLERÍA.

Para dar inicio al presente trabajo, se exploraron una serie de textos que permitieron identificar los diferentes roles que cumplía la caballería en el empleo táctico. En tal sentido, el principal documento que constituye la fuente primaria más importante para describir las tareas y roles que doctrinariamente tenía la caballería, es el "Reglamento para los ejercicios i maniobras de la Caballería" que hemos citado previamente.

El hallazgo permitió visualizar el detalle de cada una de las tareas que debía cumplir esta arma, y del cual se procedió a efectuar un análisis de contenidos, que finalmente arribó a establecer los roles que reglamentariamente debía cumplir la caballería antes de la Guerra del Pacífico.

Sin embargo, en el proceso se evidenció que tales roles no se condecían con las tareas que efectivamente cumplió la caballería durante la campaña de Antofagasta, específicamente la cobertura estratégica que desempeñó a lo largo de la línea de operaciones del Loa, lo que obligó a explorar otros textos que tuvieran concordancia con las misiones que efectivamente cumplió esta arma durante este período de la guerra.

<sup>4</sup> BENGOA, José, Historia de los Antiguos Mapuches del Sur, Catalonia, Santiago, Chile, 2007, pp. 237.

Es en ese contexto que se obtuvo otra bibliografía que data del período previo a la Guerra del Pacífico, desde donde se rescataron antecedentes que permitieron identificar las diferentes misiones tácticas que se le asignaba a la caballería en concordancia con las nuevas tácticas que se estaban empleando en Europa para este tipo de unidades y con lo que efectivamente ejecutaron los Regimiento Cazadores y Granaderos a Caballo.

# Evolución histórica de la doctrina de caballería

La doctrina y modelo francés se había arraigado en las filas del Ejército desde 1823, a raíz del informe presentado por una comisión de coroneles que acordaron aplicar la táctica de infantería como la más ventajosa y menos complicada. Esta táctica se componía de tres partes, siendo la primera de ellas la formación, organización, método de instrucción y definiciones de las voces de mando; la segunda comprendía la instrucción del batallón, que abarcaba los cambios de frente y los despliegues de las columnas y, la tercera parte comprendía las maniobras a nivel regimiento. Cabe hacer presente que esta descripción de la táctica de infantería fue relevante, toda vez que la misma comisión designada para evacuar el informe sobre el reglamento de infantería, opinaba que se adoptara el reglamento de caballería traducido del francés, el que fue aprobado por decreto supremo del 1º de mayo de 1823. El extracto del texto obtenido de la recopilación de leyes y decretos supremos concernientes al Ejército de José Antonio Varas señalaba lo siguiente:

"...S.E. el Señor Director Supremo se ha dignado cometer el Reglamento de Táctica de infantería ligera i caballería, consultando las ventajas que resultan de la española reimpresa en Lima en el año 22 relativa a la primera i de la segunda la francesa traducida en español i reimpresa en Buenos-Aires, le parecen deben observarse éstas en todas sus partes. Dios guarde a US. muchos años. —Santiago, Abril 30 de 1823...".<sup>5</sup>

Con este reglamento, en 1825 fue comisionado el coronel Viel para introducirle al texto algunas reformas que lo hicieran más sencillo, además de incorporarle la equitación y las evoluciones. El documento oficial relativo a esta disposición versaba en términos generales que la táctica de caballería no estaba conforme con lo que se esperaba de esta arma, ya que solo se ceñía a lo que regía para las tropas españolas y en otras ocasiones a la doctrina de Buenos Aires, por lo tanto, se le comisionaba nuevamente para que extrajera de ambas doctrinas lo más adecuado y le añadiera según su experiencia, una táctica sencilla y menos complicada que pudiera ser empleada por los cuerpos de caballería.

<sup>5</sup> VARAS, José Antonio, Recopilación de Leyes i Decretos Supremos Concernientes al Ejército. Desde abril de 1812 a abril de 1839, Tomo I, Imprenta Nacional, Santiago, Chile, 1870, pp. 147. Disponible en la Biblioteca Central del Ejército (BCE).

<sup>6</sup> GALDÁMEZ Lastra, Fabio, Estudio Crítico de la Campaña de 1838-39, Talleres del Estado Mayor General, Santiago, Chile, 1910, pp. 38-40.

<sup>7</sup> VARAS, op. cit. p. 189.

Posteriormente, el 17 de septiembre de 1825 se aceptó la petición que hiciera el coronel Benjamín Viel, en el sentido de no proseguir con la confección de este manual, sin embargo por el bien y uniformidad del servicio, se le conminó a que dedicara más tiempo a esta importante tarea y la verificara con el máximo de prontitud posible.<sup>8</sup>

Finalmente, el 7 de julio de 1827 se le dispone lo siguiente con respecto a la táctica de caballería:

"...el coronel don Benjamín Viel empleando los conocimientos que posee en el arma de caballería, proceda inmediatamente a formar un proyecto de táctica relativo a ésta, debiendo tener muy presente en los trabajos que en esta materia emprenda, las costumbres de nuestros soldados, su destreza en el manejo del caballo, para suplir lo concerniente a reglas de equitación que las obras de esta naturaleza contienen; lo que concluido por dicho jefe se servirá US. pasarlo al Ministerio de mi cargo para los fines consiguientes".9

Este largo episodio con respecto al reglamento de la caballería tuvo su revivir luego de transcurrir más de veinte años, en noviembre de 1853, cuando se volvió a retomar el tema de la reglamentación de las tácticas de empleo de la caballería, donde el ahora general de brigada Viel seguía teniendo una activa participación. En relación al reglamento de la ejecución y maniobras de la caballería, se dispuso lo siguiente:

"...los ministros de la tesorería general depositarán en almacenes novecientos ochenta ejemplares del Reglamento de la ejecución y maniobras de la caballería, e igual número de cuadernos conteniendo las láminas correspondientes a esta obra, cuya venta se efectuará por la misma oficina, tanto a los cuerpos del ejército y de la guardia nacional, como a cualquier individuo...".10

Finalmente, el 31 de julio de 1857 S.E. el Presidente de la República decreta la conveniencia de procurar la instrucción de los cuerpos de caballería bajo los principios franceses y de la mayoría de las naciones europeas, por lo tanto, se comisionó al general de brigada Viel para que presentara un proyecto donde se adoptaran las tácticas de caballería más modernas que se practicaban en Europa y fueran adaptadas a los fines de esta arma en Chile.<sup>11</sup>

De esta manera, de los documentos extraídos precedentemente se logró establecer que la doctrina de empleo táctico que utilizó la caballería durante el transcurso de la Guerra del Pacífico, estaba ceñida en gran medida a la táctica ejecutada en las guerras napoleónicas en Europa.

<sup>8</sup> Ibídem, p. 197.

<sup>9</sup> Ibídem, p. 275.

<sup>10</sup> VARAS, José Antonio, Recopilación de Leyes i Decretos Supremos Concernientes al Ejército. Desde abril de 1839 a diciembre de 1858, Tomo II, Imprenta Chilena, Santiago, Chile, 1860, p. 351. Disponible en la BCE.

<sup>11</sup> Ibídem, pp. 423-424.

Reglamento para el ejercicio y maniobras de la caballería12

Este reglamento, que data de octubre del año 1832, es un texto que recopila la doctrina de empleo para la caballería de la época. En su contenido esencial, se logró comprobar que es una adaptación de los reglamentos europeos, dado que se hace referencia -a modo de ejemplo- al uso de un cierto tipo de silla de montar por parte de la caballería ligera francesa y alemana.<sup>15</sup>

El texto se divide en once títulos, que hacen referencia principalmente a la instrucción del soldado de caballería tanto a pie como montado, a las formaciones como debía emplearse la caballería en campaña, los toques para las diferentes acciones, los movimientos o maniobras para hacer la transición desde el orden de batalla, a la diversa variedad de formaciones que se establecían para maniobrar, el armamento que empleaba la caballería, etc.

De los contenidos que se exploraron en el reglamento, no existe información respecto a los roles que impuso la modernidad de los conflictos que se estaban desarrollando en Europa -como fue mencionado que oficiales del Ejército concurrieron a las escuelas más prestigiosas del viejo continente para actualizar los conocimientos en estas nuevas tácticas- por lo tanto, se pudo establecer que el reglamento fue perdiendo vigencia paulatinamente en la medida que surgieron nuevas variables en el campo de batalla.

Como una muestra de lo señalado, se puede citar que el reglamento consignaba como "armas ofensivas del soldado de caballería la espada o sable, la carabina, las pistolas y la lanza; y las armas defensivas eran la coraza y el casco". <sup>14</sup> Al respecto, la lanza ya había sido remplazada en la Guerra de Arauco por la carabina Spencer<sup>15</sup> y posteriormente se incorporó la carabina Winchester, <sup>16</sup> incluso Roberto Querejazu Calvo<sup>17</sup> señala que la caballería durante la Guerra del Pacífico portaba carabinas Winchester y sable, no llevaba lanzas; <sup>18</sup> y en cuanto a la coraza y casco, estos no eran parte del atuendo que empleó el soldado de caballería en el conflicto, como se muestra en la siguiente imagen del Regimiento Granaderos a Caballo en una formación a pie el año 1880. Por lo tanto se logró confirmar la poca vigencia que tenía el reglamento en ciertos aspectos. Sin embargo, para el caso de la caballería boliviana, esta sí consideraba el casco y la coraza como se muestra en la figura Nº 2.

<sup>12</sup> Reglamento para el Ejercicio i Maniobras de la Caballería. Reimpresión, Imprenta de la sociedad, Santiago, Chile, 1852. Disponible en la biblioteca Alberto Blest Gana, Escuela Militar.

<sup>13</sup> Ibídem, p. 47.

<sup>14</sup> Ibídem, p. 53.

<sup>15</sup> NAVARRO R., op. cit., p. 284.

<sup>16</sup> EKDAHL, Wilhelm, Historia Militar de la Guerra del Pacífico entre Chile, Perú i Bolivia, Tomo I, Soc. Imp. i Lit. Universo, Santiago, Chile, 1917, p. 43. Disponible en la Biblioteca Central del Ejército.

<sup>17</sup> Historiador boliviano, forma parte de la producción literaria contemporánea y es una de sus principales figuras.

<sup>18</sup> QUEREJAZU C., Roberto, Guano, Salitre, Sangre. Historia de la Guerra del Pacífico (La participación de Bolivia), Tercera Edición, Editorial "Juventud", La Paz, Bolivia, 1998, p. 277.

# DOCTRINA DE EMPLEO DE LA CABALLERÍA EN EL SIGLO XIX. ¿VIGENTE AL INICIO...

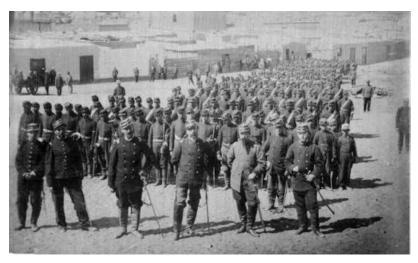


Figura Nº 1: "Regimiento Granaderos a caballo en formación a pie en Arica, agosto de 1880".  $^{19}$ 



Figura No 2: "Oficial Boliviano de Coraceros, 1879". $^{20}$ 

<sup>19</sup> Archivo fotográfico del Museo Histórico Nacional.

<sup>20</sup> BISAMA C., José A., Álbum Gráfico Militar de Chile, Campaña del Pacífico 1879-1884. Editorial Ricaaventura, Santiago, Chile, 2008, p. 209.

No obstante lo señalado precedentemente, otros títulos que se consignan en el texto siguieron teniendo validez en la doctrina de empleo de la caballería. Uno fueron los toques reglamentarios que se establecían para emitir diferentes tipos de órdenes. De ellos se extrajeron aquellos más representativos en el empleo táctico de la caballería que son la *generala* (*jenerala*), *llamada*, *trote y galope*, *a degüello*, <sup>21</sup> entre otros.

En cuanto al primero, el reglamento señalaba que la *generala* en campaña era para que a un mismo tiempo se pusiera al Ejército sobre las armas con motivo de la aparición de enemigos u otra operación que se ordenara; en el caso de marcha del Ejército, era la señal para batir tiendas, cargar el equipaje, dar cebada, poner las sillas y preparar la tropa para tomar las armas.<sup>22</sup>

La *llamada* era para hacer reunir a todos los soldados, que producto de un violento choque se hubieran perdido del lugar de su formación original, o para que se incorporen a su unidad cuando se les haya ordenado salir.

En cuanto a los toques de *trote y galope*, tal como lo indica su nombre, era para que la tropa adoptara tales aires de marcha conforme lo indicaba el toque del clarín y, finalmente, el toque de *a degüello* solo se realizaba cuando después de haberse movido la tropa para cargar, se hallaba a ochenta pasos del enemigo. Este servía para que al ser escuchado, se adoptara la posición con la decisión y demás reglas que se fijaba para las cargas.<sup>25</sup>

De los toques, Francisco Machuca hace referencia a que durante los preparativos bélicos de la campaña:

"...tambores y cornetas resonaban desde el amanecer hasta cerrada la oración en los arenales vecinos a Antofagasta, donde la gente se entrenaba para la campaña del desierto y se aclimataba al sol
ecuatorial de la zona norte. Después del rancho, seguían las academias de oficiales, los ejercicios de
tarareos de toques y las clases de ordenanza, para estudiar los deberes del soldado, centinelas, cabos
y sargentos", <sup>24</sup> además señalaba que "la tropa se ejercitaba desde la mañana a la noche en ejercicios
prácticos; y desde la retreta hasta el toque de silencio en estudios teóricos de tiro, toques de corneta,
obligaciones de cada grado, deberes del centinela y de la imaginaria, recepción de ronda, jefe de
servicio, y mil otros conocimientos necesarios a clases y soldados...". <sup>25</sup>

<sup>21</sup> Reglamento para el Ejercicio i Maniobras de la Caballería, Ibídem, p. 71.

<sup>22</sup> Ibídem, p. 71.

<sup>23</sup> Ibídem, p. 72.

<sup>24</sup> MACHUCA, Francisco, Las Cuatro Campañas de la Guerra del Pacífico, Tomo I, Imprenta Victoria, Valparaíso, Chile, 1926, p. 122. Disponible en la BCE.

<sup>25</sup> Ibídem, p. 192.

También se logró identificar el relato del mayor Wood, ayudante del coronel Arteaga durante una acción de 1879, que permitió inferir que los toques siguieron teniendo validez en las acciones de combate, donde señalaba:

"Granaderos a caballo: estáis acostumbrados a vencer a los bravos araucanos i no marcháis adelante contra peruanos!... No mi mayor, me contestaron hoy en desgracia. Nosotros queremos pelear pero nos llevan en retirada. ¡Viva mi mayor Wood! ¡Así sí que queremos que nos manden! Después formaron el escuadrón en batalla i lo dirijí sobre el enemigo al toque de degüello. La carga fue tan impetuosa que barrimos la llanura i hemos muerto unos sesenta cuicos...".<sup>26</sup>

Además del relato señalado precedentemente, se estimó incorporar la siguiente descripción del mismo texto de Benjamín Vicuña Mackenna:

"Hallábanse esas fuerzas preparando su escaso rancho para marchar, echados los soldados i los jefes en los pequeños canchones de alfalfa que son la vida de la quebrada de Tarapacá, potrero de engorda de las salitreras, cuando sintióse el toque de jenerala, la que muchos creyeron fuera el de marcha".<sup>27</sup>

En consecuencia, se pudo constatar según los relatos que se han descrito, que los toques de clarín fueron empleados por la caballería durante la Guerra del Pacífico, teniendo esta disposición del reglamento en cuestión, plena validez durante el año 1879 y siguientes.

En términos generales, el reglamento establecía con acucioso detalle cada movimiento que se debía instruir en el soldado de caballería, cómo debía hacer uso de su armamento, cada movimiento a pie y a caballo que se debía enseñar, etc. Haciendo una analogía con la doctrina institucional moderna, se pudo establecer que se asemeja a los reglamentos para la enseñanza de los ejercicios de escuela, formaciones y paradas, como también, a aquellos reglamentos destinados para la enseñanza de doctrinales.

En lo referido a la carga de caballería, el reglamento establecía las siguientes indicaciones:

"Como los efectos de una carga consisten en el producto de una masa multiplicada por la velocidad, es imperiosamente necesario que cada caballo tenga una entera libertad en todo el tiempo que haya de esforzarse para producir su mayor velocidad... Cuando ya esté el soldado

<sup>26</sup> VICUÑA M., Benjamín, Guerra del Pacífico. Historia de la Campaña de Tarapacá. Desde la ocupación de Antofagasta hasta la Proclamación de la Dictadura en el Perú, Tomo II, Imprenta i Litografía de Pedro Cadot, Santiago, Chile, 1880, p. 1049. Disponible en la BCE.

<sup>27</sup> Ibídem, p. 1162.

bien ejercitado en los movimientos de la carga que se acaban de explicar, hará el instructor que los repitan, llevando el sable o espada en mano; previniéndoles que a la voz de trote lo deben presentar, i a la del ataque los soldados de primera fila deben tomar la posición de preparar la estocada al frente, echando el cuerpo adelante apoyándose en los estribos: los de segunda fila, apoyándose igualmente sobre los estribos, i echando el cuerpo hacia adelante, tomarán con el sable o espada una posición semejante a la enseñada en el manejo del sable para prevenir el corte dos del asalto; pero que la mano quede un poco más alta que la cabeza, la punta hacia la izquierda i retaguardia, i un pie más alto que la empuñadura, a fin de que los soldados se acostumbren a lo que deben de hacer como primera, i como segunda fila se les hará ejecutar de un modo i otro". 28

Se estimó importante considerar este aspecto, ya que si bien durante el transcurso de la Guerra del Pacífico se llevaron a cabo cargas de caballería, esta fue perdiendo vigencia en el empleo que se le otorgó a este medio de combate, ya que se exponía a las unidades al fuego de fusilería y ametralladoras del adversario.

No obstante lo anterior, en la *Revista Nueva* del año 1889 se señalaba que la caballería, quien algunos sin justa causa pretendían desdeñar, podía tener una acción decisiva en el campo de batalla, siempre que se le empleara con oportunidad.<sup>29</sup> El texto señalaba:

"No hai que esperar de ella los prodijios de los coraceros de Friedland, de la Moscowa, Eylou o de Waterloo; pero manteniéndola cuidadosamente en reserva, bien cubierta, sobre las alas de la línea de batalla, sabrá siempre arrojarse resueltamente sobre la infantería contraria, cuando la vea vacilante i escasear sus tiros, i la acuchillará sin piedad completando su derrota i evitando se rehaga. ¡Ai! de la infantería que se desorganice o que vuelva la cara a la vista de una buena caballería, o de la artillería que no se haya puesto mui bien a cubierto de sus arremetidas". 30

En la guerra franco-prusiana los franceses tuvieron sus principales derrotas debido al inadecuado empleo de la caballería, como por ejemplo la carga de Sedan que fue considerada una heroica locura y la de Woertho una matanza estéril. Sin embargo, cada vez que esta arma fue empleada oportunamente, el resultado fue "siempre brillante".<sup>51</sup>

En consecuencia, se logró establecer que la caballería siguió teniendo vigencia en el campo de batalla, pese a que las cargas fueron perdiendo relevancia, dado el surgimiento de nuevas armas y tecnologías

<sup>28</sup> REGLAMENTO para el Ejercicio i Maniobras de la Caballería, op. cit., pp. 267-270.

<sup>29</sup> WOOD A., Jorge, Revista Nueva, "Nuestra Táctica de Infantería Reformada por la Pronta Maniobra", 1889, p. 67.

<sup>30</sup> Ibídem, p. 67.

<sup>31</sup> Ibídem.

asociadas al desarrollo de técnicas de combate innovadoras. Sin embargo, existió una adaptación de los roles y tareas que disponía el "Reglamento para el Ejercicio i Maniobras de la Caballería", donde se pasó de un empleo coactivo, a uno donde le permitía explotar de mejor forma las capacidades de movilidad y fuego con que contaban los medios montados.



Figura Nº 3: "Carátula del Reglamento para Ejercicio i Maniobras de la Caballería" (1832).

La bibliografía consultada permitió establecer que los principales roles que cumplió la caballería durante esta campaña, y en general, durante toda la guerra, fueron los reconocimientos militares, la seguridad, la persecución y como unidades de reserva. De estas tareas tácticas, se logró identificar algunos textos que hacían referencia a la modalidad de empleo, importancia y ejecución de estos, los que se describirán a continuación.

#### Reconocimientos militares

Ya desde los campos de Arauco, la caballería venía desarrollando los reconocimientos militares mientras se cabalgaba a través de los extensos territorios de la frontera sur; sin embargo, esta actividad se acentuó aún más cuando las unidades arribaron a Antofagasta, mediante los movimientos que dispuso Emilio Sotomayor de las tropas que debían establecer la ocupación de las diferentes localidades al interior

de la provincia, cuya extensión y distancias eran grandes; además se debe considerar que el escenario geográfico era hasta ese entonces desconocido por las tropas, a diferencia de La Araucanía donde el Ejército llevaba años en la lucha contra el pueblo mapuche.

Dentro de estas unidades se encontraba el 1er Escuadrón de Cazadores a Caballo, el cual, una vez asegurada la plaza de Calama el 23 de marzo de 1879, debió establecer ciertos puntos que permitieran el control de la línea de operaciones del río Loa. En efecto, el coronel Sotomayor había elaborado un plan de operaciones, que pensaba presentar al General en Jefe a su llegada al norte, en el cual, el valle del Loa constituía la principal línea de defensa, <sup>32</sup> por lo tanto debía ser reconocida a lo largo de toda su extensión.

Como parte del trabajo, se identificaron diferentes fuentes bibliográficas que permitieron inferir la importancia de los reconocimientos en las unidades de caballería. Por ejemplo, el 19 de marzo de 1879, se publicó la siguiente información en el diario *La Patria* de Valparaíso:

"Caballería para el Norte.

...Uno de nuestros corresponsales de Antofagasta nos dice, con mucha exactitud, que los Cazadores a caballo están destinados a desempeñar un papel mui importante en las próximas operaciones de guerra.

Esa es la verdad; pero conviene agregar que la pequeña división chilena va a extender su acción, necesariamente, a un vasto territorio. Tendrá que consagrarse, por una parte, a reconocer, vijilar i contener los movimientos del enemigo en el camino que viene del interior de Bolivia por Santa Bárbara i a impedir que aquel se corra a San Pedro de Atacama con alguna parte o con el grueso de sus fuerzas. Por el lado de la costa, reclama atención i esfuerzos muy importantes el camino de Iquique a Quillagua, por el cual es probable que nos venga el más recio ataque de los Ejércitos combinados del Perú i Bolivia. Al mismo tiempo será menester limpiar de guerrilleros i jente sospechosa toda la comarca i sujetar en Atacama el ganado i los víveres que el enemigo tratará de procurarse de la República Argentina, i mantener expeditas las comunicaciones.

Suponemos que se destinará a esta múltiple tarea toda la fuerza que hai disponible en el Norte i que no se debilitará imprudentemente la división, dejando destacamentos en Caracoles o Antofagasta. La defensa de estas poblaciones está en el Loa. Aquí debemos resistir con todo nuestro poder militar. En esa dirección deben ser enviados los refuerzos que reclama la campaña, en particular en el arma de Caballería.

<sup>32</sup> EKDAHL, op. cit., p. 146.

Con los 120 Cazadores que acompañan la división del Norte habrá apenas para atender a uno solo de los puntos comprendidos en la línea de operaciones, cuya importancia decisiva nadie niega a estas horas. Cuando llegue el momento de practicar serios reconocimientos i hostilizar la marcha del enemigo o perseguirlo, la falta de Caballería será especialmente sentida i deplorada. Las mejores oportunidades de ataque o de defensa, se malograrán mientras no se eleve a 400 o 500 el número de jinetes agregados al grueso de la división i empleados en diversos destacamentos desde Quillagua hasta San Pedro de Atacama.

SE el Presidente de la República prestaría al Ejército un servicio muy positivo, desprendiéndose, en obsequio de él, del escuadrón que sirve de escolta en la capital. La seguridad de su persona no disminuiría con la partida de esa tropa. En épocas como la presente, i en toda época, los presidentes chilenos están suficientemente escoltados por la confianza i el respeto que logran inspirar a sus conciudadanos". 33

El análisis del diario *La Patria* permitió establecer la importancia de las recomendaciones que se hicieron, ya que le otorgaba un elevado valor a las unidades de caballería, especialmente al Regimiento Cazadores a Caballo, para ejecutar tareas de reconocimiento, vigilancia y persecución, hacia la mencionada línea del río Loa.

La recopilación de leyes, órdenes y decretos supremos desde enero de 1866 a diciembre de 1870 de José Antonio Varas, consigna un apéndice donde se describen una serie de "Observaciones sobre el arte de hacer la guerra, según las máximas de los más grandes generales", redactada por M. Vaultier, capitán del Ejército francés. El texto, que constituía un complemento o recomendaciones a la doctrina que regía las diferentes armas del Ejército permanente, permitió establecer la importancia que se le otorgaba a los reconocimientos antes de acampar una fuerza militar, cuya responsabilidad recaía en los oficiales que debían estar instruidos en cuanto a la seguridad que otorgaba el terreno, es por ello que debían reconocer los ríos, arroyos, vados, desfiladeros y bosques.<sup>34</sup>

Según el texto de Juan Francisco Goyzueta "Advertencias generales para un ejército en campaña", <sup>35</sup> los reconocimientos generales se practican normalmente por los oficiales de Estado Mayor, pues, señala, son aquellos mejor preparados para ejecutarlos, tanto por los conocimientos científicos y prácticos que deben poseer, <sup>36</sup> y agrega que "conociendo la capacidad y mecanismo de todas las armas, sabrán avaluar las distancias con exactitud para apreciar la fuerza numérica del enemigo, en todos los puntos que la descubra". <sup>37</sup>

<sup>33</sup> DIARIO *La Patria*, Valparaíso, 19 de marzo de 1879.

<sup>34</sup> VARAS, op. cit., Tomo IV, pp. 257-258.

<sup>35</sup> GOYZUETA, Juan Francisco, Advertencias Generales para un Ejército en Campaña, Imprenta del "Chalaco" de M. Gómez y J. Aparicio, Callao, Perú, 1861. Disponible en la biblioteca de la Academia de Historia Militar.

<sup>36</sup> Ibídem, p. 7.

<sup>37</sup> Ibídem.

Por lo tanto, se llegó a establecer que no solamente le correspondía a los oficiales de Estado Mayor ejecutarlos, sino también era un procedimiento que podía ser empleado por todas las armas. En tal sentido, se tomó en consideración la caballería chilena, dado que fue la principal tarea que en el ámbito táctico ejecutó durante la campaña de Antofagasta.

Una clara descripción de lo señalado, ocurre desde una primera etapa de la ocupación cuando a raíz de las preocupaciones del coronel Sotomayor, de que fuerzas bolivianas bajaran por San Pedro de Atacama, se juntaran en los márgenes del Loa con las fuerzas peruanas de la Noria y pudieran ejecutar acciones por la espalda a las guarniciones de Carmen Alto y de Antofagasta. En tal sentido, el jefe del litoral dispuso como medida, la ocupación de Tocopilla por el comandante del Batallón de Artillería de Marina, José Ramón Vidaurre y se destacó un piquete de Cazadores a Caballo a Quillagua para observar la Noria de más cerca, <sup>38</sup> y con ello poder constatar la fuerza y dispositivo de las unidades peruanas que, se suponía, vendrían desde el norte.

Del texto de Goyzueta también se pudo establecer que mediante los reconocimientos militares se puede tener una visión general de la situación y configuración de las posiciones, además, permite descubrir los puntos más accesibles, calculando los medios más seguros para acercarse, y los trabajos que sea preciso emprender según el estado de los caminos o de los obstáculos que se presenten, a fin de determinar con seguridad la marcha que deben seguir las columnas de las diversas armas. De estas premisas, se puede contrastar con los hechos ocurridos los días previos al Combate de Calama, donde el coronel Sotomayor ordenó al jefe de las operaciones: "La marcha puede usted emprenderla a las tres de la tarde, disponiendo que la caballería tome la vanguardia, haga los reconocimientos e impida toda comunicación con el enemigo". <sup>39</sup>

El coronel José Antonio Bustamante, en su libro "La guerra con Bolivia y lo que debemos hacer para salir triunfantes", señala que la caballería "es la linterna i telégrafo del Ejército... es ella quien practica los más lejanos reconocimientos", <sup>40</sup> con lo señalado, se pudo corroborar las máximas presentadas por Goyzueta, las que constituían recomendaciones para hacer un empleo más efectivo de la caballería durante la Guerra del Pacífico. Del mismo modo, enfatizó la importancia de los reconocimientos que se practicaban al enemigo, tareas que debían ser confiada a la caballería por la importancia que revestían y porque proporcionaba al Estado Mayor la información de la situación y movimientos del enemigo. <sup>41</sup>

<sup>38</sup> BULNES P., Gonzalo, La Guerra del Pacífico, De Antofagasta a Tarapacá, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Valparaíso, Chile, 1911, p. 224.

<sup>39</sup> AHUMADA M., Pascual, Guerra del Pacífico, Documentos oficiales, Correspondencias y demás Publicaciones Referentes a la Guerra, que ha dado a luz la Prensa de Chile, Perú y Bolivia, Tomo I, Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1982, p. 128.

<sup>40</sup> BUSTAMANTE, José Antonio, La Guerra con Bolivia y lo que debemos hacer para salir Triunfantes, Imprenta de la República de J. Nuñez, Santiago, Chile, 1880, pp. 15-16.

<sup>41</sup> Ibídem, p. 16.

Los reconocimientos militares no se concretan exclusivamente con explorar el campo enemigo, pues su objetivo más interesante consiste en inspeccionar detenidamente las diversas posiciones que deben ocupar las fuerzas propias, ya sea para apoyar sus ataques, para sostenerse en caso de que el enemigo resista o ataque y, finalmente, para tener siempre segura la retirada. La evaluación de las vías de comunicaciones y de los recursos de que dispone el enemigo es un asunto de la más alta importancia. 42

En la zona de operaciones de la provincia de Antofagasta los recursos fueron muy importantes, es por esa razón que constantemente la caballería hizo reconocimientos hacia diferentes localidades. Un ejemplo de lo descrito puede ser citado del relato de José Miguel Varela, oficial del Granaderos a Caballo, donde señala que al llegar a San Pedro de Atacama y haber sido designado jefe militar y juez de esa plaza, ordenó hacer reconocimientos de toda el área, organizó las guardias y rondas preventivas, que incluían patrullajes hacia las alturas, recorridos por todos los senderos que podían llevar hacia Potosí, pues era el lugar donde se habían replegado las tropas bolivianas después de la ocupación chilena. 43

Goyzueta agrega que los planos topográficos del teatro de operaciones otorgan una gran ayuda para ejecutar los reconocimientos, pues presentan a primera vista los principales datos para formar las combinaciones estratégicas y determinar la dirección de los movimientos; por consiguiente es indispensable que la unidad que los ejecute marche provista de los respectivos planos.<sup>44</sup>

Al respecto, una de las pesquisas que se aportan a este trabajo, es el *"mapa general del teatro de guerra"* del año 1879, 45 el que permitió su análisis en profundidad desde la perspectiva de los reconocimientos y otras actividades que ejecutó la caballería en la provincia de Antofagasta y en las inmediaciones meridionales del departamento peruano de Tarapacá.

El mapa entregó información sobre las localidades de la provincia de Antofagasta y de aquellos pueblos, aldeas o distritos que se encontraban al norte del límite que separaba Bolivia con Perú. Con ello se establecieron los diferentes raids que ejecutaron las partidas y piquetes de caballería durante el año 1879, incluso aquellas unidades que permanecieron en Antofagasta después del desembarco de Pisagua, el 2 de noviembre de ese mismo año. De esta manera, el estudio acabado del citado mapa, junto a aquellos que fueron publicados en el boletín de la Guerra del Pacífico por Bertrand, permitieron establecer los diferentes patrullajes y reconocimientos militares que se hicieron entre las localidades que eran consideradas por el mando chileno, como puntos estratégicos<sup>46</sup> para asegurar la línea de operaciones del Loa.

<sup>42</sup> GOYZUETA, *Ibídem*, p. 7.

<sup>43</sup> PARVEX, op. cit., p. 51.

<sup>44</sup> GOYZUETA, Ibídem, p. 8.

<sup>45</sup> ESTRABEAU, G., Suplemento al Mapa General del Teatro de la Guerra para seguir las Operaciones Militares entre los Grados 16 y 24 de Latitud Sur, Lima, Perú, 1879. Archivo DCHEE.

<sup>46</sup> VÁSQUEZ T., Juan, Quillagua, Luna que Asombra, Ograma Impresores, Santiago, Chile, 2014, p. 46.



Figura Nº 4: "Mapa general del teatro de guerra". 47

Cuando las operaciones del enemigo han sido lo suficientemente bien planificadas, se mantienen en secreto y no permiten obtener información por medio de los reconocimientos, ni aun por los espías, la única opción es buscar los datos a viva fuerza. En este caso se destacan fuertes partidas de exploración que protegidas por sus respectivas reservas, marcharon hasta conseguir el objeto propuesto;<sup>48</sup> por lo tanto, se llegó a la conclusión que los reconocimientos militares eran un procedimiento pasivo que buscaba información con respecto al adversario del cual se tenía cierta información. Sin embargo, la exploración utilizaba la coacción para cumplir con su cometido, mediante el uso de la fuerza, empleando armamento para enfrentar al adversario.

El apéndice del cual hemos hecho referencia y que fue descrito por José Antonio Varas, señala que hay situaciones donde es necesario reconocer una y muchas veces antes de atacar al enemigo. <sup>49</sup> Por ejemplo, si el adversario está ubicado en un lugar que le otorgue ventaja a la infantería, y se requiere hacerlo

<sup>47</sup> ESTRABEAU, Ibídem.

<sup>48</sup> GOYZUETA, Ibídem, p. 8.

<sup>49</sup> VARAS, op. cit., Tomo IV, p. 268.

# DOCTRINA DE EMPLEO DE LA CABALLERÍA EN EL SIGLO XIX. ¿VIGENTE AL INICIO...

abandonar sus posiciones, se puede emplear la caballería para hostigar las posiciones adversarias mientras ejecuta los reconocimientos.

En su texto, el autor que se ha citado señala que: "Estos reconocimientos a viva fuerza, se ejecutan cargando con ímpetu sobre los puestos avanzados del enemigo para envolverlos y arrollarlos, avanzando cuanto sea posible sin comprometer su retirada. Tienen lugar las más veces la víspera de una batalla, pues dan lugar a un ligero combate más o menos vivo que es el preludio de la acción general, así es que, se debe tener el mayor cuidado para obtener en él algunas ventajas". 50

Por lo tanto, se pudo visualizar que de los relatos extraídos del parte de guerra del Combate de Calama, emitido por el teniente coronel Eleuterio Ramírez, se infiere lo señalado con respecto a la acción decidora del reconocimiento y exploración. El parte señala:

"A las 2.30 A.M. del día 23 di la orden de marcha, disponiéndonos al ataque de la plaza de Calama en el orden siguiente:

Un piquete de caballería a las órdenes del alférez don Juan de Dios Quezada, llevando por prácticos a los señores don Secundino Corvalan i don Lucas Gonzalez, para que marchara a la vanguardia i tomara posesión del camino que conduce a Chiu-Chiu; otro piquete de 65 hombres del mismo cuerpo, a las órdenes del sarjento mayor graduado don Rafael Vargas, llevando por práctico a don Pedro Hernández, para que tomara posesión del camino que conduce a Cobija...

...Dos piezas de artillería i 25 cazadores para que sirvieran de reserva i atacar al enemigo por el frente del pueblo...

...A las 5.30 A.M. avistamos a Calama i a las 7.30 se cambiaron los primeros tiros con el enemigo por el piquete de la vanguardia que mandaba el alférez don Juan de Dios Quezada al hacer éste su reconocimiento en el vado Topater...".<sup>51</sup>

Este relato permitió establecer dos elementos importantes en los roles de la caballería. El primero, dice relación con el empleo que se le dio a un piquete con la misión de reconocimiento militar ante un enemigo del cual se tenía algún grado de información y donde se produjo un enfrentamiento que involucró las armas. En efecto, de esa acción Querejazu señala: "cuando los chilenos avanzaban muy confiados fueron recibidos con una descarga de fusilería hecha por un enemigo invisible, parapetado entre las chilcas, al otro lado del río. Se encabritaron los caballos, hubo confusión entre los jinetes y se volvió bridas en un

<sup>50</sup> GOYZUETA, Ibídem, p. 8.

<sup>51</sup> AHUMADA, op. cit., p. 126.

*precipitado repliegue*". <sup>52</sup> Por lo tanto, al ser dispuesto como vanguardia y a la vez transmitir las informaciones que se obtuvieran del enemigo, el piquete de caballería fue el primero en avistar y enfrentar a las tropas de Ladislao Cabrera y Eduardo Abaroa que defendían los vados de Carvajal y Topáter en la ciudad de Calama.

El segundo elemento, y que sustenta lo descrito por Goyzueta, es la pequeña reserva que Eleuterio Ramírez decidió conformar con 25 jinetes de Cazadores a Caballo para emplearla en el frente, una vez que se hubiera producido el enfrentamiento entre los piquetes que iban por la derecha e izquierda con el mayor Vargas y el alférez Quezada, respectivamente.

Finalmente, el texto de Goyzueta señala que se debe mantener en todas direcciones partidas de exploración, que sin perder de vista los movimientos del enemigo, rechacen las tropas que este destaque con el objeto de apoderarse de algún punto, dominar los flancos de la posición o cortar la retirada. <sup>53</sup> Por lo tanto se llegó a la conclusión que en gran parte, el éxito del Combate de Calama se debió al buen empleo que se le entregó a la caballería, pese a lo señalado por algunos autores, que critican al mando de la operación por haber empleado a la caballería en primera línea.

# Seguridad

Un segundo elemento que se consideró como uno de los roles que ejecutó la caballería durante la campaña de Antofagasta y que también es incorporado por el texto de Goyzueta, son las "precauciones" o seguridad. Al respecto, señala que la seguridad de un Ejército depende de la colocación de los puestos avanzados, pero principalmente, que estos se encuentren cubiertos con el número de tropa necesaria, porque este servicio produce un excesivo desgaste a los soldados y caballos, en las noches y particularmente cuando hay malas condiciones atmosféricas.<sup>54</sup>

Un ejemplo que se puede inferir de lo expresado fue la decisión de Hilarión Daza de dejar la 5<sup>ta</sup> división del general Narciso Campero en el interior, con el propósito de atraer la atención del enemigo hacia la línea de Calama y Chiu-Chiu, mientras el resto de las fuerzas aliadas, se alistaban para iniciar su desplazamiento hacia Tacna, para desde ese lugar, enfrentar a las fuerzas chilenas. <sup>55</sup> Esta división, que Benjamín Vicuña Mackenna denominó "invisible", <sup>56</sup> produjo la preocupación constante del mando chileno por mantener asegurada la línea del Loa, lo que se tradujo que en el mes de mayo, las ciudades de Calama y Quillagua fueran ocupadas por destacamentos de infantería, artillería de marina y piquetes de

<sup>52</sup> QUEREJAZU C., op. cit., p. 245.

<sup>53</sup> GOYZUETA, Ibídem, p. 8.

<sup>54</sup> Ibídem, pp. 10-11.

KÖRNER E., y BOONEN J., Estudios sobre Historia Militar, Tomo Primero, Imprenta Cervantes, Santiago, Chile, 1887, p. 311. Disponible en la BCE.

<sup>56</sup> VICUÑA M., op. cit., Tomo II, p. 516.

# DOCTRINA DE EMPLEO DE LA CABALLERÍA EN EL SIGLO XIX. ¿VIGENTE AL INICIO...

Cazadores a Caballo<sup>57</sup> que mantuvieron la *precaución* o seguridad de aquellos sectores por donde se suponía que el adversario podía vadear el río Loa y penetrar en dirección hacia Antofagasta, con el propósito de recuperar el litoral.

Previamente, el mando chileno había partido hacia Caracoles a cargo del coronel Sotomayor, con el objeto de estudiar aquella localidad y tomar las medidas necesarias para su defensa. Esta zona era considerada el punto de partida para las operaciones militares que se realizarían con posterioridad.<sup>58</sup>

Junto con lo anterior, se extrajo otro relato del teniente Varela que permitió comprender de mejor manera la seguridad, donde señalaba:

"...aquellos piquetes que debían vigilar y patrullar los bordes superiores de la quebrada, en previsión de la aproximación de enemigos, como también hacer un recorrido por las oficinas...

...nuestra misión era resguardar las estaciones y hacer patrullajes custodiando la línea del tren lo más adelantado posible hacia la pampa. Cada patrullaje duraba una jornada completa. Generalmente -muy de madrugada- salía un oficial con unos veinte jinetes y el regreso era en las últimas horas del día. Ocho o más horas de cabalgata, con un par de horas de reposo para hombres y caballos entre medio. Eran agotadoras, pero además muy tensionantes, porque imaginábamos que el enemigo hacía lo mismo que nosotros y en cualquier momento podíamos encontrarnos frente a frente".<sup>59</sup>

El relato de Varela permitió concluir que la caballería junto con ejecutar reconocimientos desde un punto a otro, establecía la seguridad o *precaución* que Goyzueta señala en su texto, para estar en condiciones de enfrentar al adversario desde diferentes posiciones en el terreno.

Por su parte, el coronel Bustamante señala que "en el servicio de avanzadas, su vijilancia es indispensable i de tanta utilidad que sin su ausilio caería en el más gran desaliento; es [la caballería] la conductora mas ájil por donde se saben las nuevas graves". 60 Este servicio de avanzadas, que para los propósitos de este trabajo de investigación correspondía al servicio de seguridad, fue un rol que permanentemente lo cumplieron las unidades de caballería y que era un complemento a los reconocimientos militares.

En el servicio de seguridad es conveniente colocar dos centinelas en un mismo puesto, ya sea de caballería o infantería, de esta manera se conserva mejor la vigilancia, pudiendo explorar uno de ellos el

<sup>57</sup> Ibídem, pp. 527-528.

<sup>58</sup> RUZ T., Fernando, Guerra del Pacífico, Diario de Campaña de Diego Dublé Almeida, Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1979, p. 88.

<sup>59</sup> PARVEX, op. cit., pp. 71-72.

<sup>60</sup> BUSTAMANTE, op. cit., p. 16.

terreno inmediato. Los centinelas de caballería se deben situar durante el día en las alturas, y por la noche en las pendientes hacia retaguardia, porque así están menos expuestos a ser sorprendidos, y porque descubren mejor todo lo que aparezca sobre las cimas, a causa de que los objetos se destacan siempre a través de la claridad del horizonte. 61

El 10 de octubre de 1879 se produjo el Combate del Monte de la Soledad, donde una avanzada peruana al mando del coronel Belisario Suárez ejecutó un reconocimiento con 80 jinetes del Regimiento Húsares de Junín. En Quillagua se encontraban las posiciones del Regimiento Santiago y fue ese día que las fuerzas adversarias se aproximaron hacia la localidad, siendo detectados por un vigía al que le dispararon sin mayores consecuencias, pero que permitió avistar a los 30 jinetes que estaban al mando del teniente Belisario Amor, los que se dirigieron hacia el sector del Monte de la Soledad, donde esperaban parapetadas las fuerzas de infantería peruana y se produjo el enfrentamiento.

De esta síntesis del Combate de Quillagua se consideró pertinente seleccionar una cita extraída del diario *La Patria* de Valparaíso, del 21 de abril donde se señalaba: "parece también que los peruanos cuentan con mayor número de caballería que los chilenos. Los importantes servicios de esta arma apreciará debidamente quien conoce el uso que de ella hicieron Moltke en la guerra franco-alemana y el general ruso Gurko en su paso de los Balcanes", lo que permitió inferir que en este combate, las fuerzas peruanas supieron hacer buen uso de su caballería, además de aprovechar la superioridad de fuerzas en relación a las tropas chilenas.

El año 2003 se encontró un hallazgo histórico en la comuna de María Elena, donde se pudo evidenciar los puestos de vigilancia de la orilla del río Loa que fueron empleados por el Regimiento Santiago y jinetes de Cazadores a Caballo durante la ocupación de esta línea. Según el fundador del museo de María Elena, Claudio Castellón, esta edificación estuvo destinada a la vigilancia territorial hacia el sur y norte del río Loa, donde la "misión encomendada por el coronel Pedro Lagos era ubicar y destruir los puentes y pasos enemigos en diversos puntos del río, con el propósito de evitar el tránsito expedito de tropas bolivianas y peruanas a ambos lados de esa frontera natural",<sup>64</sup> además, señala que "en esa época y luego de un breve período en Antofagasta, el Regimiento Santiago fue estacionado en Tocopilla al sur del río Loa, y desde ahí se dispuso el campamento en el caserío de Quillagua".<sup>65</sup>

<sup>61</sup> GOYZUETA, Ibídem, p. 11.

También denominado Combate de Quillagua por ser el lugar donde llegó el reconocimiento del coronel peruano Belisario Suárez antes de emprender la retirada y consecuente persecución de un piquete de caballería al mando del teniente Belisario Amor

<sup>63</sup> VÁSQUEZ T., op. cit., p. 47.

<sup>64</sup> Portal de los Siete Mares. [En línea: 23 de septiembre de 2003] [Fecha de consulta: 28 de noviembre 2014]. Disponible en:http://www.mardechile.cl/index.php?option=com\_content&view=article&id=204:hallan-fuerte-de-la-guerra-del-pacco&catid=13:noticias-histas&Itemid=2

<sup>65</sup> Ibídem.

# DOCTRINA DE EMPLEO DE LA CABALLERÍA EN EL SIGLO XIX. ¿VIGENTE AL INICIO...

Por lo tanto, la caballería también cumplió roles de seguridad durante el transcurso de la campaña de Antofagasta, especialmente aquellos piquetes que fueron destacados desde los primeros meses de la ocupación en la línea de operaciones del Loa.

Tomando en consideración la doctrina actual, se logró inferir que las *precauciones* que señala Goyzueta corresponden a la seguridad que se establece en el terreno mediante la conformación de puestos de observación y vigilancia.

#### **Patrullas**

Durante la ejecución de los reconocimientos militares y la seguridad de alguna zona específica, las unidades de caballería ejecutaban patrullajes, cuyo propósito era descubrir las actividades del enemigo, como también la captura de desertores y espías.

De la definición expuesta se puede señalar el Combate de río Grande, el que se desarrolló el 10 de septiembre de 1879, mientras una partida de Cazadores a Caballo, al mando del alférez José Miguel 2º Ríos siguió la orden de perseguir a una montonera de bolivianos hacia la frontera. El relato del parte oficial deja de manifiesto los roles de la caballería que se describieron precedentemente:

"...después de examinar la ruta que debíamos tomar, temiendo una emboscada del enemigo, me ordenó el señor comandante que once hombres de mi piquete marcharan en algunas cuadras a vanguardia. Me puse en marcha a las 9 A.M. por una cuesta de 14 cuadras de largo, más o menos, fragosa, en estremo pendiente i por un sendero tan estrecho que con gran trabajo podía marchar de a uno de frente...

...luego que mi tropa se encontraba a una misma altura, me ordenó marchar de frente, lo que efectuamos a toque de marcha i a degüello. Por más que el enemigo trataba de aterrarnos desde la cumbre con gritos groseros i diciéndonos que nos rindiéramos, mis solados no se arredraban i vivaban a Chile con la enerjía que les permitia el cansancio...

...cuando la montonera se convenció que nuestro objeto i decisión era subir a todo trance, principiaron por abandonar las trincheras que al efecto habían preparado de antemano para esterminarnos...".66

Como las patrullas debían evitar el combate cercano, se recomendaba conformarlas a base de cuatro soldados y un cabo o sargento; pero cuando la naturaleza del terreno u otras circunstancias exigían patrullas más fuertes, estas debían ser mandadas por oficiales.<sup>67</sup> Sin embargo, en el relato del alférez Ríos,

<sup>66</sup> AHUMADA M., op. cit., Tomo I, pp. 482-483.

<sup>67</sup> GOYZUETA, op. cit., p. 12.

comandante de la patrulla, se expresa la necesidad de enfrentar al adversario una vez que se aproximara a las posiciones adversarias, lo que se pudo inferir como una forma de explotar el éxito del combate que se estaba llevando a cabo.

La manera de accionar de las patrullas debía ser en forma lenta y silenciosa, evitando penetrar en los lugares en que la retirada era difícil, o que el adversario se pudiera ocultar para ejecutar algún tipo de emboscada. Durante su avance, se deben detener para escuchar, principalmente en las intersecciones. Es conveniente que los hombres que componen una patrulla, marchen con una distancia prudente de separación, con el propósito de vigilar y observar una mayor extensión de terreno, dado que el principal objeto del patrullaje es reconocer y obtener información del enemigo y el terreno.<sup>68</sup>

A modo de ejemplo de lo señalado, el general Augusto Pinochet Ugarte señaló en su libro "La Guerra del Pacífico, Campaña de Tarapacá", que el mando peruano tenía previsto dejar en el caserío de Soledad (Combate de Monte de la Soledad), a pequeñas unidades de caballería, bien montadas y capaces de transmitir avisos con velocidad si el enemigo efectuaba algún movimiento terrestre desde esta localidad hacia el norte. En cierto modo, los roles de la caballería chilena durante la campaña de Antofagasta se circunscribieron a este tipo de tareas de patrullaje hacia los diferentes puntos donde se preveía que podría penetrar el adversario, y aprovechando la movilidad, podían transmitir la información al escalón superior.

Un ejemplo de lo señalado quedó reflejado en la transcripción de una carta del subdelegado de Atacama, la que remitió Eleuterio Ramírez, comandante de armas de Calama en el mes de abril de 1879, al Comandante en Jefe del Ejército del Norte donde en su extracto señala:

"...el 25 en la tarde arribó a ésta el alférez señor Quezada con los Cazadores... los caballos han llegado mui mal, para lo que hai varias causas: su estado de debilidad por lo mal alimentados, el malo i largo camino que hicieron por lugares fragosos, porque los vaqueanos se perdieron, i por último, las sillas que son mui duras...

...para el servicio de patrullas que debe hacerse todas las noches, por lo menos hasta que hayan salido todos los bolivianos, estimo como cabalgadura más a propósito la mula; pero aquí no las hai, i será mui conveniente que esta necesidad se remedie pronto, pues voi a necesitar enviar unos 10 hombres a Guitana, para que se hagan sentir por los contrabandistas de ganado, que no cesan en sus escursiones al Perú...".70

<sup>68</sup> Ibídem, p. 12.

<sup>69</sup> PINOCHET U., Augusto, La Guerra del Pacífico, Campaña de Tarapacá, Quinta edición, Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1980, p. 88.

<sup>70</sup> AHUMADA M., Pascual, Guerra del Pacífico. Recopilación Completa de todos los Documentos oficiales, Correspondencias i demás Publicaciones referentes a la Guerra que ha dado a luz la Prensa de Chile, Perú i Bolivia, Tomo VI, Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1982, p. 11.

Cuando una patrulla se encontrara con una fuerza del enemigo que fuera superior, se debía hacer alto y permanecer inmóvil sin contestar al "quien vive", como tampoco se debía hacer fuego; pues esta era la forma de engañarlo y hacerle creer que se equivocó y que debía continuar su marcha. En su texto, Goyzueta señalaba que las patrullas no deberían disparar sus armas a no ser que se vea amenazada la integridad de sus jinetes o que el enemigo avanzara a sorprender los puestos de observación. Ninguna patrulla debía disparar sus armas, sino, solo cuando viera cortada o el avance del enemigo pudiera sorprender los puestos.<sup>71</sup>

La provincia de Antofagasta se caracterizó por tener una serie de caminos que atravesaban la zona desértica, donde existía una importante escasez de agua y de forraje, por lo tanto no era apta para el empleo de tropas en cantidad apreciable, si no se disponía de un servicio de abastecimientos. De esta manera, el mando del Ejército después de la ocupación de Calama desechó la idea de una ofensiva en gran escala por parte de fuerzas enemigas para recuperar el litoral, por lo que se limitó a efectuar patrullajes y vigilancia hacia Bolivia, <sup>72</sup> aspecto que mayormente se encomendó a los piquetes de caballería que se desplegaron en los diferentes caseríos y localidades de la provincia.

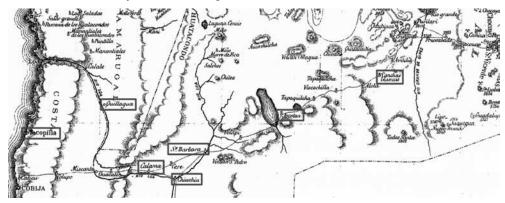


Figura Nº 5: "Esquicio de la línea de operaciones del Loa". 73

"No hay destacamento, por débil que sea, que no deba marchar presidido de una vanguardia, flanqueado por exploradores y seguido de una reserva que debe constar por lo menos de la cuarta parte de la fuerza".<sup>74</sup> Estas premisas fueron ejecutadas por la caballería, lo que quedó expresamente reflejado en el dispositivo que ordenó el coronel Emilio Sotomayor para la captura de Calama, al disponer de

<sup>71</sup> GOYZUETA, Ibídem, p. 12.

<sup>72</sup> ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO, Historia del Ejército de Chile, Tomo V, Talleres de Impresos Vicuña, Santiago, Chile, 1981, p. 114.

<sup>73</sup> BOLETÍN de la Guerra del Pacífico 1879-1881, Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1979, p. 44. Esquicio de elaboración propia.

<sup>74</sup> GOYZUETA, Ibídem, p. 13.

dos columnas de caballería que ejecutarían los reconocimientos, además de dejar una tercera fracción como reserva. Al respecto, Ekdahl señala que "la caballería debía reconocer las posiciones enemigas i los aproches a ella, colocándose después en situación de emprender la persecución del enemigo vencido, cortándole de su natural línea de retirada hacia el interior de Bolivia como también del refujio en la costa peruana". <sup>75</sup>

En síntesis, se pudo establecer que una de las actividades principales de la caballería durante este período de la guerra fueron los patrullajes, los que sumados a la ejecución de reconocimientos militares y la seguridad, principalmente de la línea de operaciones del Loa, generaron cambios de roles en el empleo táctico de los medios montados, los que se debieron adaptar a las circunstancias que impuso el escenario geográfico y las condiciones atmosféricas propia de una zona como el altiplano chileno-boliviano.

#### Persecución

Las unidades que ejecutan una persecución tienen una ventaja sobre aquellas que se retiran, porque por muy ordenada que sea la retirada, se debe considerar la desmoralización en el vencido. El primer inconveniente que tiene que superar el que emprende una persecución, es el de conocer con exactitud el camino que ha tomado el enemigo.

Otra dificultad es poder encontrar al enemigo en una posición que le permita batirlo; porque si la persecución se redujese a solo seguir las huellas del enemigo, no se propiciaría un éxito en el cumplimiento de la misión, siendo inevitable que el que huye no desperdiciaría la ocasión de aprovecharse de todas las posiciones fuertes que encuentre en el camino, para sostenerse y rechazar al perseguidor, aumentando con estos encuentros favorables, la moral de sus tropas y reorganizándolas con mayor énfasis, hasta el extremo que algunas veces pueden llegarse a cambiar los roles, resultando vencedor el que se creía vencido.<sup>76</sup>

Un ejemplo de la importancia de las persecuciones que propicia una fuerza, y la retirada por parte del vencido, fue extraído de dos textos históricos, el primero corresponde al parte que envió Severino Zapata a la prefectura del Departamento de Cobija una vez concluido el Combate de Calama, y el segundo es un extracto de la carta escrita por el subteniente Carlos Souper a su amigo Francisco A. Medina.

"...desgraciadamente, después de dos horas de combate, se agotaron nuestras municiones, y con el último cartucho quemado tuvimos que dejar el campo al enemigo. Cortados en nuestra retirada a

<sup>75</sup> EKDAHL, op. cit., p. 93.

<sup>76</sup> GOYZUETA, Ibídem, p. 29.

la costa, en pleno desierto, y sin recursos de ningún género, avanzamos sobre Chiu-Chiu, población situada a siete leguas de Calama, continuando nuestra retirada al interior...".<sup>77</sup>

El relato de Zapata otorgó una visión desde la perspectiva de las tropas que fueron vencidas en el combate, por lo tanto tuvieron que emprender la retirada hacia otra localidad. En tal sentido, para ejecutar una persecución eficiente se debió conocer la dirección general de retirada de las fuerzas para hacer efectiva la acción, como también contar con los recursos necesarios para poder efectuarla. Al ser territorio boliviano, se infiere que las tropas que se retiraron conocían las rutas y otras localidades donde podían dirigir su esfuerzo de retirada.

En el caso de las fuerzas chilenas, Souper lo relata de la siguiente forma:

"...al final salimos de allí después de un encarnizado combate de más de dos horas, i una vez en el camino, la caballería se lanzó a escape al pueblo; pero allá no encontró nada. Entonces cada oficial salió en distinta comisión. Yo salí en persecución del Prefecto; pero en vez de tomarlo a él, que no lo hallé por haberse ido temprano, tomé 20 prisioneros perfectamente armados, a pesar de ir yo con ocho soldados solamente. Traté mui bien a los prisioneros por el valor que desplegaron en la defensa de su Calama, i ellos quedaron mui agradecidos; entre éstos se hallaba el célebre capitán Diaz i otros oficiales i 17 soldados...". 78

Por su parte, René Peri también enfatiza el rol de persecución que ejecutó la caballería, pero esta vez bajo la responsabilidad del alférez Ríos, quien se trabó en combate con montoneras bolivianas que fueron perseguidas hasta la localidad de Machuca el 10 de septiembre de 1879.

De esta forma se pudo visualizar la importancia de ejecutar la persecución con los medios de caballería para explotar sus capacidades de movilidad y velocidad, sorteando todo tipo de obstáculos. Las persecuciones se ejecutaron a lo largo de toda la guerra; de ellas existen variados ejemplos, especialmente durante las campañas de Tarapacá y de Tacna y Arica.

<sup>77</sup> PAZ S., Mariano, *Narración Histórica de la Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, Imprenta y Librería de Mayo, Buenos Aires, Argentina, 1884, p. 129. Disponible en la BCE.

<sup>78</sup> AHUMADA M., op. cit. Tomo I, p. 133.

<sup>79</sup> PERI F., René, Los Batallones Bulnes y Valparaíso en la Guerra del Pacífico, Imprenta de Carabineros, Santiago, Chile, 1981, p. 70.

<sup>80</sup> BOLETÍN de la Guerra... op. cit., p. 346.

#### Reserva

El estratega francés Antoine de Jomini señalaba que las reservas cumplen un gran papel en las guerras modernas y serán aquellas que están en la línea de batalla dispuestas al combate.<sup>81</sup> Por su parte, el prusiano Carl von Clausewitz señalaba que las reservas sirven para neutralizar amenazas imprevistas, es decir, enviar una unidad a un punto que está al borde de la derrota.<sup>82</sup> Lo señalado, sirvió de contexto, ya que como expresaba Francisco Machuca, durante el período de la Guerra del Pacífico se debatía entre los oficiales que habían permanecido en Metz, Saint Cyr y Lieja, sobre los preceptos estratégicos de estos dos afamados escritores militares, incluso varios seguidores de Jomini tenían ejemplares de sus obras más populares como "El tratado de las grandes operaciones militares" y "Los principios de estrategia", por lo que se generaron intensos debates de los principios teóricos de estos autores respecto de la conducción de la guerra.<sup>83</sup>

De la bibliografía que se exploró, la mayoría de los textos refrendaban este rol a las unidades de caballería, por ejemplo, el coronel Bustamante señalaba que: "la caballería de línea solo se puede batir en línea i ella forma las reservas".<sup>84</sup> Por su parte, en el apéndice de José Antonio Varas se señalaba que: "siempre que sea posible, importa tener un cuerpo de reserva compuesto de buenas tropas de caballería e infantería".<sup>85</sup>

Ejemplos históricos durante la Guerra del Pacífico existen varios, sin embargo para el caso de la campaña de Antofagasta, este rol de la caballería se evidenció parcialmente, ya que solo se dispuso de un pequeño piquete de 25 Cazadores a caballo como reserva en el Combate de Calama, aspecto que se describió y analizó en el párrafo concerniente a los reconocimientos militares.

Señalado lo anterior, se pudo identificar que dada las ventajas que presenta la caballería en cuanto a la velocidad de sus movimientos y la fuerza de choque con la que actúa, son las unidades más adecuadas para desempeñar un rol como reserva de una unidad. En sus recomendaciones, Bustamante señalaba la conveniencia de situar la caballería de modo que con sus movimientos sencillos, podía *insensiblemente* tomar uno de los flancos del enemigo y al conseguirlo, podía cargar sobre él, adquiriendo una gran superioridad.<sup>86</sup>

<sup>81</sup> JOMINI, Antoine, Compendio del Arte de la Guerra, Imprenta de D. M. de Burgos, Madrid, España, 1840, pp. 278-279.

<sup>82</sup> CLAUSEWITZ, Carl von, *De la Guerra*, Imprenta del Ministerio de Defensa, Madrid, España, 1999, pp. 345.

<sup>83</sup> MACHUCA, op. cit., p. 198.

<sup>84</sup> BUSTAMANTE, José Antonio, op. cit., p. 16.

<sup>85</sup> VARAS, op. cit., Tomo IV, p. 268.

<sup>86</sup> BUSTAMANTE, Ibídem, p. 16.

#### CONCLUSIONES

El presente trabajo buscó identificar los roles y tareas que cumplió la caballería durante la campaña de Antofagasta, considerando que la doctrina vigente previo al inicio de la guerra estaba desactualizada y carecía de los preceptos que efectivamente emplearon los medios montados.

Ello permitió evidenciar que las unidades de caballería, en especial los Cazadores a Caballo, tuvieron un rol preponderante como parte de la defensa que se preparó a lo largo de la línea de operaciones del río Loa.

Sin embargo, la doctrina de caballería vigente previo a la Guerra del Pacífico se sustentaba en el reglamento para el ejercicio y maniobras de esta arma, cuerpo doctrinario que había sido adaptado de los franceses, a raíz de las diferentes comisiones al viejo continente y donde existió una importante influencia en su redacción y traducción de los oficiales que estuvieron en las diferentes escuelas de Europa.

Esta situación fue compleja, ya que los preceptos establecidos en este texto se alejaban de las misiones tácticas que efectivamente cumplieron los regimientos de línea de caballería durante la campaña de Antofagasta y en general durante todo el transcurso de la guerra.

En dichas situaciones, se llegó a la identificación de una serie de documentos que permitieron establecer que las misiones que se describieron en el trabajo de investigación tenían un sustento doctrinario, a través de las recomendaciones que se hacían, y que en cierta forma, los oficiales de la época discutieron sobre estos temas durante el largo período de preparación del Ejército en Antofagasta. En tal sentido, se consideró trascendental la inclusión de las misiones que cumplió la caballería, que se ve reflejada en los diferentes relatos de la bibliografía explorada y que se fue contextualizando durante el desarrollo del trabajo.

Los roles refrendados a la caballería fueron impuestos por las innovadoras técnicas que se emplearon en la infantería —tal fue el caso de la formación de guerrillas— como también las condiciones geográficas que presentaba el teatro de operaciones, es por ello que de una u otra manera, el reglamento de caballería fue perdiendo vigencia, dando paso a tareas donde se explotaba de mejor manera la movilidad y rapidez de la caballería.

La extensión de la línea de operaciones del Loa, como también la escasa cubierta y protección que brindaba el escenario, obligó a sacar provecho a esta movilidad, sumado a los diferentes patrullajes y reconocimientos que se ejecutaron con el propósito de mantener la situación del adversario lo más acertada posible y en relación a este, en una constante incertidumbre que le impidiera actuar. Es por ello que mientras unidades como el Regimiento Santiago y el Regimiento de Artillería de Marina, entre otros, guarnecían las localidades más importantes de la línea defensiva del río Loa, como la zona de

operaciones, donde los piquetes de caballería ejecutaban el enlace terrestre entre esos puntos mediante el patrullaje.

Estos roles que cumplió la caballería representaron un cambio de paradigma en el empleo táctico de esta arma, toda vez que el escenario fue imponiendo nuevos desafíos que permitieran refrendar un rol activo a los medios montados. De ellos, es importante destacar la cobertura estratégica que brindaron los escuadrones de Cazadores y Granaderos a Caballo, aspecto que facilitó el incremento y alistamiento operacional del Ejército que se preparaba en Antofagasta, mientras las unidades que guarnecieron la línea del Loa, protegieron los flancos por donde podían penetrar las fuerzas aliadas.

El hallazgo histórico materializado por el "Suplemento al Mapa General del Teatro de la Guerra para seguir las Operaciones Militares entre los Grados 16 y 24 de Latitud Sur", cartografía peruana, permitió identificar un documento gráfico que significó un importante aporte para facilitar el trabajo de análisis de fuentes, toda vez que fue empleado para establecer las comparaciones con los mapas que fueron publicados en Chile durante la época, especialmente aquellos que se tipificaron en el boletín de la Guerra del Pacífico. Efectuado el análisis de la cartografía, se ratifica la importancia para el desarrollo de las operaciones terrestres, especialmente para las tropas chilenas en virtud del desconocimiento que existía del teatro de operaciones.

Es pertinente concluir que los distintos roles que se describieron, fueron la base para mantener la constante modernización de la caballería, la que posteriormente, y junto al proceso de influencia alemana impulsada por los oficiales chilenos y liderada por Emilio Körner, permitieron sustentar una nueva doctrina de empleo de los medios montados.

Finalmente, se consideró oportuno citar a Juan Francisco Goyzueta donde señaló: "arrollar, envolver y perseguir, tal es en resumen el objeto de la caballería", <sup>87</sup> es decir, arrollar a través de los patrullajes y exploración ofensiva, envolver a través de su empleo como reserva y perseguir aprovechando la excelente movilidad y velocidad que desarrollan sus medios. En síntesis, una caballería con capacidad oportuna de maniobra, combate y resistencia.

<sup>7</sup> GOYZUETA, op. cit., p. 15.

## BIBLIOGRAFÍA

## Fuentes primarias

- AHUMADA MORENO, Pascual, Guerra del Pacífico, Documentos oficiales, Correspondencias i demás Publicaciones referentes a la Guerra, que ha dado a luz la Prensa de Chile, Perú i Bolivia. Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1982.
- Boletín de la Guerra del Pacífico. Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1979.
- VARAS, José Antonio, *Recopilación de Leyes i Decretos Supremos Concernientes al Ejército*. Tomo I, Imprenta Nacional, Santiago, Chile, 1870.
- VARAS, José Antonio, Recopilación de Leyes i Decretos Supremos Concernientes al Ejército. Tomo II, Imprenta Chilena, Santiago, Chile, 1860.
- VARAS, José Antonio, Recopilación de Leyes, Ordenes i Decretos Supremos Concernientes al Ejército, Tomo IV, Imprenta Nacional, Santiago, Chile, 1871.
- Reglamento para el Ejercicio i Maniobras de la Caballería. Reimpresión, Imprenta de la sociedad, Santiago, Chile, 1852.
- ESTRABEAU, G., Suplemento al Mapa General del Teatro de la Guerra para seguir las Operaciones Militares entre los Grados 16 y 24 de Latitud Sur. Lima, Perú, 1879.

#### Fuentes secundarias chilenas

- BARROS ARANA, Diego, *Historia de la Guerra del Pacífico 1879-1881*. Tomo I, Librería Central del Servat y C.O., Santiago, Chile, 1880.
- BENGOA, José, Historia de los Antiguos Mapuches del Sur. Catalonia, Santiago, Chile, 2007.
- BISAMA CUEVAS, J. Antonio, Álbum Gráfico Militar de Chile, Campaña del Pacífico 1879-1884. Editorial Ricaaventura, Santiago, Chile, 2008.
- BONILLA BRADANOVIC, Tomás, *La "Gran Guerra" Mapuche 1541-1884*. Tomo II, Talleres Gráficos Instituto Geográfico Militar, Santiago, Chile, 1988.
- BULNES PINTO, Gonzalo, "La Guerra del Pacífico". De Antofagasta a Tarapacá. Sociedad Imprenta Litografía Universo, Valparaíso, Chile, 1911.

- BUSTAMANTE, José Antonio, *La Guerra con Bolivia y lo que debemos hacer para salir Triunfantes*. Imprenta de la República de J. Nuñez, Santiago, Chile, 1880.
- CLAUSEWITZ, Carl von, De la Guerra. Imprenta del Ministerio de Defensa, Madrid, España, 1999.
- Estado Mayor General del Ejército, *Historia del Ejército de Chile.* Tomos IV, V y VI, Talleres de impresos Vicuña, Santiago, Chile, 1981
- EKDAHL, Wilhelm, *Historia Militar de la Guerra del Pacífico entre Chile, Perú i Bolivia*. Soc. Imp. i Literatura Universo, Santiago, Chile, 1917.
- GALDÁMEZ LASTRA, Fabio, *Estudio Crítico de la Campaña de 1838-39*. Talleres del Estado Mayor General, Santiago, Chile, 1910.
- GOYZUETA, Juan Francisco, Advertencias Generales para un Ejército en Campaña. Imprenta del "Chalaco" de M. Gomez y J. Aparicio, Callao, Perú, 1861.
- GREVE, Patricio y FERNÁNDEZ, Claudio, *Uniformes de la Guerra del Pacífico, Las campañas terrestres* 1879-1884. Departamento Comunicacional del Ejército, Santiago, Chile, 2006.
- JOMINI, Antoine, Compendio del Arte de la Guerra, Imprenta de D. M. de Burgos, Madrid, España, 1840.
- KNAUER, Hans von, *Historia Militar de la Guerra del Pacífico*. Imprenta del Cuartel General de la I división de Ejército, Antofagasta, Chile, 1934.
- KÖRNER, E., y BOONEN J., *Estudios sobre Historia Militar*. Tomo primero, Imprenta Cervantes, Santiago, Chile, 1887.
- LE LEÓN, M., Recuerdos de una misión en el Ejército Chileno, Segunda edición en Castellano, Editorial Francisco de Aguirre, Santiago, Chile, 1969.
- MACHUCA, Francisco, "Las Cuatro Campañas de la Guerra del Pacífico". Tomo I, Imprenta Victoria, Valparaíso, Chile, 1926.
- NAVARRO, Leandro, Crónica Militar de la Conquista y Pacificación de la Araucanía desde el año 1859 hasta su completa incorporación al territorio nacional. Pehuén editores, Santiago, Chile, 2008.
- PARVEX, Guillermo, *Un veterano de tres guerras*. Academia de Historia Militar, Santiago, Chile, 2014

## DOCTRINA DE EMPLEO DE LA CABALLERÍA EN EL SIGLO XIX. ¿VIGENTE AL INICIO...

- PAZ SOLDÁN, Mariano, *Narración Histórica de la Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*. Imprenta y Librería de Mayo, Buenos Aires, Argentina, 1884.
- PERI, F., René, Los Batallones Bulnes y Valparaíso en la Guerra del Pacífico. Imprenta de Carabineros, Santiago, Chile, 1981.
- PINOCHET UGARTE, Augusto, *La Guerra del Pacífico, Campaña de Tarapacá*. Quinta edición, Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1980.
- QUEREJAZU C., Roberto, Guano, Salitre, Sangre. Historia de la Guerra del Pacífico (La participación de Bolivia). Tercera Edición, Editorial "Juventud", La Paz, Bolivia, 1998.
- RUZ T., Fernando, *Guerra del Pacífico, Diario de Campaña de Diego Dublé Almeida*, Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1979.
- VÁSQUEZ T., Juan, Quillagua, Luna que Asombra. Ograma Impresores, Santiago, Chile, 2014.
- VICUÑA MACKENNA, Benjamín. Guerra del Pacífico. Historia de la Campaña de Tarapacá. Desde la ocupación de Antofagasta hasta la Proclamación de la Dictadura en el Perú. Tomo I, RafelJover, Editor, Santiago, Chile, 1880.
- VICUÑA MACKENNA, Benjamín, *Historia de la campaña de Tarapacá*. Tomo II, Imprenta y Litografía de Pedro Cadot, Santiago, Chile, 1880.

Revistas, diarios y documentos electrónicos.

Diario La Patria de Valparaíso, 1879.

- PINOCHET UGARTE, Augusto, Guerra del Pacífico. 1879. Primeras Operaciones Terrestres, En: *Memorial del Ejército de Chile*, Nº 365-366, Santiago, Chile, 1972.
- WOOD A., Jorge, *Revista Nueva*, "Nuestra Táctica de Infantería Reformada por la Pronta Maniobra", 1889.
- Portal de los Siete Mares. Disponible en: http://www.mardechile.cl/index.php?option=com\_content&view=article&id=204:hallan-fuerte-de-la-guerra-del-pacco&catid=13:noticias-histas&Itemid=2



# Artículos Misceláneos

# NUESTROS "PICKELHAUBEN" ALEMANES Y SUS PLACAS HERÁLDICAS

Ricardo Jara Franco<sup>1</sup>

"...Todos los mitos y todos los sueños tienen algo en común, y es que todos ellos son escritos en el mismo idioma, el lenguaje simbólico...".

Erich Fromm

La placa frontal o heráldica en los cascos de punta o Pickelhauben² (plural) era la marca de identidad nacional de quien lo portaba, con símbolos de cualidades marciales capaces de impresionar por su sola presencia, pero a la vez poseían una carga de simbolismo intrínseco, que representa elementos de agresividad y determinación de los poderes del Estado, al que pertenecía su portador.

#### **GENERALIDADES**

Hasta la fecha, no está claro el diseño del casco de punta, existiendo al menos 3 diferentes versiones de su origen, como aquella que señala que el rey-emperador Federico Guillermo IV de Prusia ("El Romántico en el Trono", 1795-1861), en relación a su imagen de sueños de un estado medieval, habría inventado el casco.

Según otros, la idea de este extraño tocado provendría de Rusia. En una visita imperial del reyemperador prusiano, vio el prototipo del casco con punta, derivado del Shishak del siglo XII, en la mesa del zar Nicolás I. llevando dicho diseño a Prusia.

Otra variante afirma que el pintor de historia, Heinrich Stilke (1803-1860), recibió de Federico Guillermo IV el encargo de diseñar un casco. Stilke vio en unas pinturas del pintor bávaro Moritz von Schwind (1804-1871), en las habitaciones del castillo de Hohenschwangau, en 1835, un nuevo caballero prusiano con un casco similar.

Los cascos, en el Imperio alemán, estaban severamente regulados en su construcción y características por ciertas normativas, que eran estipuladas en las A.K.O. (Allerhöchster Kabinetts-Order) u Órdenes del Gabinete Supremo, de la monarquía prusiana, las que luego descendían a todos los niveles jerárquicos del Estado, para su cumplimiento.

<sup>1</sup> Constructor civil de la Pontificia Universidad Católica de Chile, coleccionista e investigador histórico, posee una amplia colección de cascos militares, con especial énfasis en modelos prusianos y cascos de nueva generación. Tiene especial interés en los Pickelhauben, empleados en Latinoamérica, habiendo publicado artículos, realizado asesorías y colaborado en libros sobre el tema.

<sup>2</sup> Pickelhaube (singular): En el prestigioso diccionario militar, "Handwörterbuch der Gesamten Militärwissenschaften", del coronel B. Poten, Bielefeld y Leipzig, de 1879, bajo el título "Pickelhaube", se señala: "Tocado marcial, ahora término vulgar para el casco prusiano".

El nuevo modelo de casco fue presentado mediante la A.K.O. del 23 de octubre de 1842, junto con la nueva túnica de combate del Ejército prusiano (Waffenrock).

Para marzo de 1841, el primer prototipo de pickelhaube fue presentado al Ejército. Su diseño era para uso de los coraceros montados, siendo fabricado en metal. Los ensayos de campo fueron satisfactorios, de hecho, el nuevo casco era un avance notable y muy adecuado para su tiempo, y el ministro de Guerra ordenó su desarrollo.

A pesar de que el primer diseño era metálico, fueron los cascos de cuero, destinados a la infantería (Preußischer Infanteriehelm, 1842) y artillería, los primeros en ser puestos en uso. Solo en 1843, el casco metálico fue adoptado por los coraceros.

Los cascos prusianos empleados por Chile y otras naciones americanas<sup>3</sup> son, en general, herederos directos de los últimos modelos de la industria alemana, con pequeñas diferencias.

Por sus características, los cascos de punta o bola se distinguen en los siguientes modelos: M/1842, M1856/57, M/1860, M/1867, M/1871, M/1887, M/1891, M1895/97, M1905/06, M/1908, M/1914 Ersatz, y el modelo que pone punto final a esta saga, el M/1915.

Sin embargo, de estos modelos, debemos señalar que algunos corresponden a versiones de tipo experimental o sustitutivo de las versiones anteriores, o bien modificaciones particulares aplicables solo a los modelos alemanes (como el M/1897). Fueron fabricados en cuero, fieltro prensado, papel maché, corcho, cartón, fibra vulcanizada, fibras sintéticas, latón estampado y materiales metálicos, sustitutivos de aquellos empleados en el esfuerzo de guerra de 1914-1918.

Los anteriores a 1891 son versiones altas y sin ciertos aditamentos que los hacen menos eficientes en su cometido. Después de 1890, en Alemania, es posible distinguir 4 tipos genéricos de cascos:

- Modelo Estándar: Visera frontal redonda y base de punta redonda.
- Modelo de Dragones: Visera frontal cuadrada y base de punta cruciforme.
- Modelo de Hessen: Visera frontal redonda y base de punta cruciforme.
- Modelo Sajón: Visera frontal cuadrada y base de punta redonda. Extrañísimo diseño, en Alemania, empleado solo por los generales sajones y algunos suboficiales y voluntarios de Württemberg, sin embargo, ampliamente usado en Chile.

<sup>3</sup> Naciones americanas que han empleado el casco modelo prusiano, en orden de uso: Perú, Estados Unidos de América, Nicaragua, Brasil, Chile, Paraguay, El Salvador, Honduras, Argentina, México, Colombia, Ecuador, Bolivia, Venezuela y Uruguay.

# Ejemplos de cascos prusianos modelo chileno



Modelo Estándar M/1891 1899-1927 Dibujo: propiedad del autor



Modelo de Dragones M/1891 1905-1925 Dibujo: propiedad del autor



Modelo de Hessen M/1891 1903-1905 Dibujo: propiedad del autor



Modelo Sajón M/1895 1905-1927 Dibujo: propiedad del autor

Nuestro país empleó los modelos de cuero M/1867, M/1891 y M/1895, en sus 4 tipos de diseño, especialmente el Modelo Sajón. Posterior a 1927, solo se mantiene el Modelo Estándar de la Escuela Militar.

Igualmente, utilizó un modelo de fieltro prensado del Modelo Experimental M/1904, que es anterior al modelo M1905/06 (Preußische Versuchshelm Model 1905/06) empleado por el Ejército imperial alemán. Se usó en versiones para infantería (en configuración para oficial y tropa) y artillería.



Modelo de fieltro prensado M/1904. 1904-1920 Dibujo: propiedad del autor

Respecto a las versiones metálicas de coraceros, se empleó el modelo genérico denominado "Modelo para Fähnrich o Fähnenjunker" tipo M1867/80/94, con una base de punta en forma de trébol, empleada por los Jäger zu Pferdes alemanes, desde 1895. Los regimientos de coraceros alemanes emplearon un diseño distinto al de trébol para sus cascos de tropa.



Modelo para Fähnrich o Fähnenjunker" tipo M1867/80 /94 Escolta presidencial. Colección del autor.

Los pickelhauben fueron diseñados para una vida útil de 18 años de servicio, en el Ejército imperial alemán. Muchos fueron alterados en sus depósitos, durante su tiempo de uso, para actualizarlos a las reglamentaciones vigentes, o modificados para adaptarlos a estos requerimientos, por sus usuarios. De esta forma, un casco de tropa M/1891, con tetón M1894 para empleo de barboquejo de escamas de tropas montadas, y nuquera metálica con tapa deslizante de ventilación M1895, recibía la denominación casco M1891/94/95 o casco M1891 en la forma de 1895, como ocurrió con los modelos de tropa, empleados por Chile.

En nuestro país se consideraba un tiempo de empleo de 6 años, según lo señalado, el 10 de octubre de 1899, por el sargento mayor asimilado Erich Herrmann, comandante y director del Batallón Escuela de Clases, que señaló: "El quepí vale \$ 2.50 y se gasta cada año, el casco vale más, pero dura 6 años"

Los cascos de oficiales eran fabricados de cuero de calidad (de 2-3 mm de espesor), y siempre presentaban una costura trasera, que se ocultaba bajo el nervio de la nuca. Los de tropa eran de cuero más grueso (3-4 mm), y usualmente termoformados en una sola pieza, sin costura trasera—todos fabricados con cuero de origen argentino, ¡hasta 1914!—. Las superficies exteriores eran terminadas en color negro, lacado en Shellac.

Los cascos de oficial eran más ligeros y las costuras más finas que sus contrapartes de tropa. Además, en su interior poseía una banda de cuero de piel de cordero, con un fino borde serrado, cubierto con un forro de seda.

Los de tropa mantuvieron, durante prácticamente toda su existencia, un sistema de suspensión en base a lengüetas de cuero, de puntas redondeadas, con una cuerda de retención, que pasa a través de perforaciones en cada una de ellas.

Los cascos de adquisición privada podían acceder adicionalmente a una suspensión mejorada, entre ellas la denominada "de Oficial pre-1880", en base a lengüetas de puntas rectas y con dos perforaciones en cada una, para la cuerda de retención. Como un contrasentido a su denominación, fue usada durante toda la existencia de los cascos de punta, empleándose además en los cascos de coraceros, tshako y tschapkas.



Ingeniero Domingo de Toro Herrera, comandante del Batallón Cívico Movilizado "Chacabuco", junto a un soldado con Pickelhauben.
Foto: Fb-006954 MHN.

La primera placa o blasón empleada por el Ejército de Chile, sobre un casco de punta, corresponde a aquellos cascos de origen prusiano, capturados al Perú al comienzo de las hostilidades de 1879, y previo al reemplazo del águila heráldica por los símbolos propios del Estado peruano. Perú fue el primer país latino-americano en emplear estos modelos, al comenzar a reemplazar sus uniformes franceses a partir de 1870. Su empleo se inició en 1872 —con su propio escudo y escarapela—, y fue reiterado en el Reglamento de Uniformes de 1873, en los uniformes de diario y parada. Curiosamente, dicho reglamento fue declarado vigente después de la guerra, hasta la aparición del "Reglamento de Vestuario para todas las Jerarquías del Ejército, Servicios y Dependencias", de 1898, que definitivamente desfasó el de 1872.

Algunas de las unidades que lo emplearon fueron el 2º Regimiento de Caballería "Lanceros de Torata", el 1er Batallón de Infantería de Línea "Pichincha" y algunos batallones de artillería.

Por lo anterior, se terminó empleando dichos cascos con su placa o Wappen original, del modelo de 1867, que es el producto de las mejoras realizadas después de la Guerra Federal de 1866, contra Austria y

Hannover, y perteneciente a los Regimientos de Línea. Esta placa presenta un diseño extendido, de gran formato, y que básicamente es una variante con enganche de pletinas del modelo de 1860, que representa simbólicamente al Estado prusiano y a su soberano.

El águila heráldica es el símbolo de las más altas deidades, de la Fuerza, el Valor y el Sol; del dios Zeus de los griegos, de Júpiter de los romanos y, entre las tribus germánicas, de Odín. Las alas extendidas se entienden como la protección que estas deidades, y sus valores intrínsecos, prestan a sus portadores, al Estado y al soberano.

La cabeza coronada y la cruz sobre ella representan la elección por Dios del soberano y la recompensa del cielo, por cumplir dignamente su misión.

El cetro en su garra derecha es un atributo real por excelencia, que representa la autoridad, el orden y la potencia. Podía estar rematada por el águila, o por la fruta del pino, símbolo de la vida eterna. En su garra izquierda, el orbe rematado por la Cruz de Cristo, representa al imperio defendido por el soberano, garante de los valores y virtudes del cristianismo.

Sobre su pecho, la cinta y el lema prusiano, conmemorativo de la guerra de liberación: "Mit Gott für Köening und Vaterland" o "Con Dios, por el Rey y la Patria", la divisa de Federico Guillermo III, inserta en su famoso llamado contra los franceses, de 1813. A lo cual se agrega el monograma del viejo rey Federico Guillermo I von Hohenzollern: "FR", por "Friedrich Rex".

El oro y la plata de estas placas simbolizan los metales nobles, según el rango de los esmaltes heráldicos, en donde el oro simboliza la generosidad y altura de miras, y la plata, la paz y sinceridad.

#### PLACA DE 1899



Cóndor de 1899.

La placa de 1899 es una modificación del águila heráldica prusiana, de alas extendidas, empleada por los Regimientos de la Guardia Prusiana (Garde-Regt. zu Fuß N° 2, 3 y 4, y otros), en la cual un tipo de águila ha sido adaptada como cóndor, mediante la adición de un cuello repujado sobrepuesto. Porta la Corona Naval, o *Corona Navalis*, distinción de origen romano, segundo en rango, concedida a los capitanes y soldados que eran los primeros en abordar los navíos contrarios, con espada en mano. Esta corona es un recurrente elemento heráldico, ampliamente usado por la Marina Real Británica, Italia, Brasil, Venezuela, y otros. En Chile su simbolismo queda reflejado por la asociación que Charles Wood le da en su diseño del Escudo Nacional de 1834, y que se señala más adelante.

Se representa como un cerco de metal precioso, adornada con una representación de la proa, popa y velas de una nave, en forma alternada.

La cinta sobre el pecho ha reemplazado el lema prusiano de Federico Guillermo III, por el antiguo lema de tiempos de la Independencia, adoptado por los patriotas chilenos "como juramento y compromiso con la liberación del yugo realista": "Por la Razón o la Fuerza".

Se ha mantenido la espada recta del blasón de la Guardia Prusiana, la cual representa el poder, y la fuerza de lo justo. El cetro imperial ha tornado en una granada flamígera, que simboliza el coraje de las tropas militares, recordando el valor de los primeros granaderos, manejando estos inestables proyectiles.

La estrella de la "Orden del Águila Negra" de los Regimientos de la Guardia ha sido reemplazada por la estrella de plata, de 5 puntas, en cuyo interior se encuentra el escudo y el timbre, bordeado de laureles.



Placa del casco del general Emil Körner. Foto: Sr. Víctor Lamme.

<sup>4</sup> SALAZAR NAUDÓN, Cristián. "Breve Estudio sobre la Historia y el Sentido Original del Lema del Escudo Patrio Chileno", presentado a la Comisión de Defensa del Senado, agosto 2009.

La Escuela Militar empleó este modelo desde 1899 y hasta 1927, el Ejército hasta 1905, el Batallón Escuela de Clases desde 1900 a 1903, y el Batallón de Infantería Nº 12 "Pudeto" desde 1904 a 1905.

#### PLACA DE 1900



Cóndor de 1900, para oficial. Esmaltado al Mercurio. Colección del autor.

La placa de 1900 mantiene las peculiaridades de la de 1899, con la adición notable del símbolo de la vieja República Romana, el "Faces Lictoriae", que reemplazó a la granada flamígera de su garra izquierda. Esta simboliza la "Fuerza a través de la Unidad", representando la forma republicana de gobierno, como una alianza de ciudadanos.

El haz de varillas unidas simboliza la fuerza que le faltaría a una sola de ellas. El hacha simboliza el poder y la autoridad del Estado. Las cintas de unión de las varillas simbolizan la obligación del Estado de actuar con moderación en el ejercicio de ese poder.

En su cabeza porta la Corona Castrense o *Corona Vallaris* (latín), Símbolo del valor, otorgada al primer combatiente que asaltase las defensas de un parapeto enemigo. Estaba formada por un cerco de estacas apuntadas y clavadas, que representaban un vallado.

La estrella de 5 puntas tornó en una estrella simple para las tropas, del color de la placa; para los oficiales se adicionó una escarapela con campos concéntricos de color rojo y azul, de 35 mm de diámetro, en vidrio fundido y esmaltado, y sobre ella una estrella de 5 puntas en color plata, de 30 mm de diámetro. Sobre sus alas mantiene la vieja divisa de los tiempos de la Independencia.



Cóndor 1900, para la tropa y escolta presidencial. Colección del autor.



Cóndor 1900, para las tropas del ejército. Colección del Sr. Raúl Yáñez Muñoz.

Esta placa se empleó en color bronce, plata y oro, esta última por medio del esmalte al mercurio. Fue empleada por el Escuadrón Escolta y la Escuela de Caballería sobre sus cascos de coraceros, y por las unidades del Ejército, sobre sus cascos de fieltro, al menos hasta 1919, en lo que respecta a Carabineros.



Casco y placa del escuadrón presidencial, ca. 1901. Foto: Colección Tte. Crl. Sr. Pedro Hormazábal Espinoza.



Tte. Manuel Bulnes, Escuela de Caballería, 1904. Colección: Museo Histórico y Militar.

El "Faces Lictoriae" aún se emplea en la placa frontal de los cascos prusianos de la hermana República de Ecuador y en la Sala del Congreso de Estados Unidos, se representa en gran formato.

#### PLACA DE 1905





Placas frontales, 1905. Infantería y Caballería "República de Chile". Colecciones: del autor y del Sr. Rafael Vargas Araya.

El Escudo Nacional empleado a partir de 1905 por el Ejército y hasta nuestros días por la Escuela Militar nace a partir del diseño de 1834, siendo su creador el teniente coronel Charles C. Wood Taylor (1792-1856), pintor, ingeniero y militar británico al servicio de Chile, quien expresó, en 1852, lo siguiente:

"Fui comisionado para formar el escudo de armas de la República de Chile, según las reglas del blasón. Mi modelo fue aprobado por el Congreso, y el escudo es el que se usa actualmente". <sup>5</sup>

Cabe señalar que el modelo aprobado llevó los animales heráldicos correctamente dibujados desde un comienzo, sin embargo la cinta con la divisa "Por la Razón o la Fuerza" no fue colocada por Wood en el original, aunque sí se incluye en el dibujo que aparece en el Boletín del Gobierno de 1834 (Libro IV, p. 110).

El Senado aprobó el proyecto el 24 de junio de 1834 y el presidente José Joaquín Prieto lo promulgó como ley el 26 de junio del mismo año.

Los considerandos previos al decreto detallan físicamente el escudo nacional, pero a la vez, y lo más importante, lo describen simbólicamente, señalando:

<sup>5</sup> Boletín de la Academia Chilena de la Historia Nº 7. Año IV, p. 248.

"Santiago, agosto 22 de 1834

La República debe tener un escudo de armas que la simbolice conforme al uso casi inmemorial de todos los pueblos y naciones; no puede considerarse como tal el que se introdujo en los primeros fermentos de la revolución, porque a más de haber carecido de la sanción de autoridad competente, no contiene pieza alguna alusiva al grande objeto a que se encamina. Ha creído pues, el Gobierno, que no debiéndose tolerar por más tiempo ese escudo insignificante y abortivo, se sancione de una vez el que reúna a la legalidad de su origen, la propiedad de la alusión.

Al efecto, se ha hecho presentar varios diseños y entre los que parece haberse acercado más a desempeñar el asunto, es el que se tiene la honra de adjuntar.

En él observará el Congreso un campo de dos esmaltes, cuyos bien conocidos atributos cuadran perfectamente con la naturaleza de nuestro país y el carácter de sus habitantes. Alude también al antiguo distrito colonial de Chile y al territorio de Arauco, importante adquisición de la República.

La estrella de plata es el blasón que nuestros aborígenes ostentaron siempre en sus pendones, y el mismo que presenta ese caro pabellón, a cuya sombra se ha ceñido la patria de tantos y tan gloriosos laureles; puede también referirse a nuestra posición geográfica, la más austral del orbe conocido.

La insignia que se ve por timbre es la que adorna el sombrero del Presidente de la República, como característico de su dignidad suprema.

Los soportes representan un huemul y un cóndor, este ave más fuerte, animosa y corpulenta que puebla nuestros aires, y aquél, el cuadrúpedo más raro y singular de nuestras sierras, de que no hay noticia que habite otra región del globo, y de cuya piel, notable por su elasticidad y resistencia, hacen nuestro valientes naturales sus corceles y botas de guerra. Por último, la corona naval que supera la cabeza de ambos animales será el monumento que recordará siempre el glorioso triunfo de nuestras fuerzas marítimas sobre las de España, en las varias aguas del Pacífico, triunfo de eterna nombradía, menos por lo heroico del suceso que por su trascendental y dilatado influjo, pues a la vez que afianzó sólidamente nuestra independencia, franqueó paso a nuestras armas para que llevasen tan inestimable bien al antiguo imperio de los Incas.

Si como es de esperar esta idea la aprobación del Congreso, el Gobierno somete a su deliberación el siguiente proyecto:

Decreto:

El escudo de armas de la República de Chile presentará, en campo cortado de azul y gules, una estrella de plata: tendrá por timbre un plumaje tricolor de azul, blanco y encarnado y por soportes un huemul a la derecha y un cóndor a la izquierda, coronado cada uno de estos animales con una corona naval de oro.

Dios guarde a V.E.

Joaquín Prieto

Joaquín Tocornal"

En 1920, mediante el Decreto de Guerra Nº 2.271, del 4 de septiembre, se incorpora un encaracolado, cruzado por una cinta con la divisa "*Por la Razón o la Fuerza*", en homenaje al Director Supremo Bernardo O´Higgins. Ello no hace más que reafirmar por escrito, lo que el escudo señala en su gráfica simbólica.

Este fue ratificado por el Decreto Supremo Nº 1.534, del 18 de octubre de 1967, del Ministerio del Interior de Chile. En la actual versión oficial, el conjunto reposa sobre un repujado con la cinta que proclama: "Por la razón o la fuerza".

El Ejército comienza a utilizar el escudo con la cinta y la frase "República de Chile" ya a partir de 1905. Sus medidas, de conformidad al modelo establecido por el "Reglamento General de Uniformes para Oficiales", de 1906, Sección 1ª, Nº 1.315, Título I, Art. Nº 4, era "de 10 cm de alto, por 10 cm de ancho y 13 cm en los laureles, la parte del centro esmaltada, la superior azul y rojo la inferior, con la estrella nacional en relieve al centro".

Dicha descripción se mantuvo en el "Reglamento de Uniformes para Oficiales del Cuerpo de Carabineros" —del Ejército—, Nº 15, D.S. Nº 202, del 31 de enero de 1922, Título II, Art. Nº 5. Sin embargo en el "Reglamento de Vestuario y Equipo para Oficiales" del Ejército, de 1939, en su Art. Nº 60,pág. 31 y 32, se estipula una altura de 12 cm, de tipo convexo, para el escudo.



Escudo de 1920, tipo convexo.



Casco de escolta Regimiento "Esmeralda", 1925. Colección del autor.



Escudo de 1905. Propiedad del autor.



Cabo 1º Hermann Boysen, 1920. Regimiento de Infantería Nº 4, "Rancagua", Tacna. Colección del autor.

La divisa va sobre la cinta en los laureles que, desde 1905 y hasta 1920, fue: "República de Chile"; y, oficial a partir de 1920, fue la vieja divisa de la Independencia: "Por la Razón o la Fuerza".

El escudo nacional fue esmaltado simbólicamente en oro y plata noble, reservándose esta última exclusivamente para la Caballería y, a partir de 1922, para el Cuerpo de Carabineros del Ejército.

A partir del término del uso del casco prusiano por parte de las unidades del Ejército, este se ha mantenido en la Escuela Militar, la cual ha empleado una serie de escudos nacionales, entregados por el proveedor de turno, que han ido desde la fina filigrana y detalladas terminaciones, empleando matrices por estampación de gran calidad, hasta modelos de muy baja calidad, y poco detalle en sus acabados.



Escudo. Colección del Sr. Raúl Yáñez M.



Placas modernas. Casco colección del autor.

Las actuales especificaciones<sup>6</sup> de este elemento, solicitadas por la Escuela Militar, señalan: "...De bronce con huemul y cóndor en relieve, con escritura: Por la Razón o la Fuerza. Sus dimensiones serán de 10,5 cm de alto, por 14 de ancho; espesor de 1 mm, con recubrimiento niquelado en matriz. Su escudo

<sup>6</sup> Especificaciones técnicas del casco prusiano, Escuela Militar, año 2012.

central será esmaltado con estrella plateada, fondo de escudo con color rojo y azul. En la parte posterior, dos pernos de bronce de 2,5 cm de largo, soldados en plata y tuerca de bronce...". El escudo ha variado no solo en calidad, sino también en tamaño, como se ha indicado, de acuerdo a los reglamentos y especificaciones del Ejército.

#### GLOSARIO:

Cetro: Distintivo de mando y autoridad, en forma de bastón, el cual simboliza el eje del mundo y el centro del cosmos, haciendo de quien lo porta, el eje rector de dicho universo.

Esmaltado al mercurio: Proceso químico, empleado hasta fines del siglo XIX y principios del XX. El proceso de dorado se realizaba sobre una amalgama de oro y mercurio, el cual mediante un proceso de calentamiento, evaporaba este último, quedando depositado sobre la superficie el contenido de oro. Luego se bruñía, obteniendo así un oro brillante, parejo y duradero.

Esmaltado en vidrio: Se obtiene al moler "vidrio de color", el que es llevado al estado líquido dentro de un horno, enfriado, pulido y luego vuelto a calentar, para abrillantar. Este proceso se realizaba con trozos de vidrios austriacos, que eran procesados para obtener colores, producto de óxidos de minerales y otros. La excelencia en la molienda era garantía de la transparencia pareja.

Federico Guillermo III (1770-1840): Rey de Prusia, accedió al trono a la muerte de su padre, el emperador Federico Guillermo II. Reestructuró la administración estatal y el ejército prusiano, lo cual permitió ver resultados positivos a partir de 1813 y 1815, con importantes victorias contra Napoleón.

Guardia Prusiana: Tropas de élite, equivalente a las tropas de choque de la Guardia de Napoleón. Eran reclutados en toda Alemania, pero predominantemente en Prusia, y compuestas de 2 y luego 3 divisiones. Las unidades de la Guardia Prusiana tenían sus acantonamientos en los alrededores del Gran Berlín y Potsdam. Durante la Primera Guerra Mundial mantuvieron de manera efectiva su estatus de élite y la destreza en la lucha.

Júpiter: Es el principal dios de la mitología romana, padre de dioses y de hombres.

Odín: Es el dios principal de la mitología nórdica, dios de la sabiduría, la guerra y la muerte; y, en menor medida, dios de la magia, la victoria y la caza.

Orbe: Designa al globo o esfera de joyería utilizada por un monarca, que representa el mundo cristiano.

Orden del Águila Negra: Es una orden de caballería, creada por Federico Guillermo, primer rey de Prusia, en 1701. Su divisa era una cruz de ocho puntas, con una pequeña águila al centro, con un fondo

cobrizo y rodeada por la divisa "Suum Cuique" —a cada uno lo suyo—, lema de la monarquía prusiana de la Casa de Hohenzollern.

Pickelhaube (singular): Tocado marcial, ahora término vulgar para el casco prusiano. El actual "Deutsche Wörterbuch", de Gerhard Wahrig (Gütersloh, Berlín, 1973) define "Pickelhaube" de la siguiente forma: "Originalmente Bascinet (casco de visera baja) de la armadura, (luego) casco de cuero con punta de metal".

Wappen: Placa o blasón frontal de los cascos prusianos. Es probablemente el elemento más importante de un Pickelhaube. En Alemania, estos cascos portaban más de 30 placas frontales diferentes, solamente para los regimientos de pie (infantería, granaderos, etc.), sin incluir las distinciones estatales y las banderas adicionales, portadas por los regimientos de élite e históricos. Una característica de las placas de los oficiales es su fijación mediante pernos y tuercas, a diferencia de la placa de tropa, en que su retención se efectuaba mediante un bucle y una cuña de cuero.

Zeus: En la mitología griega, es el padre de los dioses y de los hombres, a quienes gobernaba desde el Olimpo.

## BIBLIOGRAFÍA

#### Fuentes

"Reglamento de Uniformes para el Personal del Ejército", Sección 1<sup>a</sup>, Nº 118, febrero de 1905.

"Reglamento General de Uniformes para Oficiales", Sección 1a, Nº 1.315, noviembre de 1906.

"Reglamento de Uniformes para Oficiales del Cuerpo de Carabineros", Nº 15, D.S. Nº 202, enero de 1922.

"Reglamento de Vestuario y Equipo para Oficiales", E.Ch., Servicio Serie D, 1939.

## Libros y artículos

- AHO, James A., *Religious Mythology and the Art of War: Comparative Religious Symbolisms of Military Violence.* Greenwood Publishing Group, Inc., Westport, Connecticut, 1981.
- BRAND, K. H. Frh. von (Oberstleutnant der Infanterie), "Die Pickelhaube", en "*Deutschen Soldaten-jahrbusch 1967*", pp. 134 a 141. Schild-Verlag G.m.b.H., München Lochhausen, 1967.
- ESCUELA MILITAR, "Especificaciones Técnicas del Casco Prusiano", Santiago, 2012.
- HERRMANN, Reiner, "Militärische Kopfbedeckungen der Kaiserzeit", Motorbush Verlag, Stuttgar, diciembre de 1999.
- KUBE, Jan K., "Die Tradition. Informationen für Militariasammler", Jan K. Kube, Kunsthandel-Militaria-Auktionen, München, octubre de 1993.
- LIHAT, A.; MONLANI, E.; VITTE, B., *Uniformes, Hors-Série 31, Le Casque á Pointe.* Edité par Regi´Arm. Paris. 2012. 15. Rue Cronstadt 75015. París.
- MANZO G., Rodolfo. Los Verdaderos Emblemas de la República de Chile, 1810-2010. ISBN: 9781257124336. marzo de 2011.
- MÁRQUEZ A., Alberto (Crl.), La Escuela Militar y el Casco Prusiano. Antecedentes Históricos. Monografía, Santiago, 2012.
- MÁRQUEZ ALLISON, Alberto y Antonio. *Cuatro Siglos de Uniformes en Chile*. Ed. Andrés Bello, Santiago, 1976.

- MAXFIELD, Valerie A, "The Military Decorations of the Roman Army", University of California Press, 1981. ISBN-10: 0520044991.
- PIETSCH, Paul von, "Formations und Uniformierungsgeschichte der Preußischen Heeres 1808 bis 1914, Vol. I & II", Hamburgo, 1963.
- RUHL, Moritz. "Die Uniformen der Deutschen Armee I", Verlag von Moritz Ruhl, Leipzig, 1884.
- SALAZAR NAUDÓN, Cristián. Monografía: "Breve Estudio sobre la Historia y el Sentido Original del Lema del Escudo Patrio Chileno", presentado a la Comisión de Defensa del Senado, agosto 2009. http://www.alertaaustral.cl/descargas/historialdellema.pdf
- TURINETTI, James D. & O'CONNOR, Jn. Albert, "Imperial German Headgear (1888-1914) Field Guide". Turcon Publishing, Fairborn, Ohio, 2006. ISBN: 0-9788716-O-X.
- U.S. AIR FORCE HISTORICAL RESEARCH AGENCY, Organizational Lineage, Honor and Emblem, Manual AFI January 2013, 84-105.